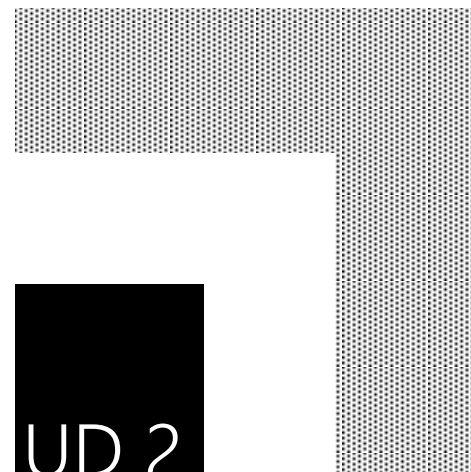


Textos de trabajo
TP N°2

2026

Universidad Nacional de Córdoba
Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño

Cátedra B
INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA
DE LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO



Universidad Nacional de Córdoba
Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño

Cátedra B

**INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA
DE LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO**

Equipo docente 2026

Joaquín Emiliano Peralta	Profesor titular
María Lorena Fernández	Profesora adjunta
Juliana Asís	Profesora asistente
Silvia Costanzo	Profesora asistente (bajo licencia)
Mariana Amanda Eguía	Profesora asistente
Ana Cecilia Gialluca	Profesora asistente
Florencia Martínez	Profesora asistente (bajo licencia)
Jimena Ramé	Profesora asistente
Alejandro Romanutti	Profesor asistente
María Inés Sciolla	Profesora asistente
M. Florencia Sosa	Profesora asistente
Jorge Vidal	Profesor asistente
Florencia Masino Pereyra	Ayudante alumna
Martina Neustadt	Adscripta estudiante (en trámite)
Luna Del Castillo	Adscripta estudiante (en trámite)
Ariana Scaraffia Torazza	Adscripta estudiante
Martín Ruiz	Adscripto egresado
Lautaro Tochi	Adscripto egresado (en trámite)

La presente selección de textos ha sido elaborada por la cátedra, para uso exclusivo de los alumnos de la carrera de arquitectura de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad Nacional de Córdoba.

Córdoba, mayo de 2026

Compilación y diagramación: Arq. Joaquín Peralta, Florencia Martínez y Patricia Buguñá
Responsable de edición: Joaquín Peralta joaquin.peralta.115@unc.edu.ar

Colaboran en esta versión:

Selección de textos: Patricia Buguñá, Catalina Cometta, Lorena Fernández, Joaquín Peralta, Florencia Martínez

Procesamiento gráfico Patricia Buguñá, Joaquín Peralta, Florencia Martínez

Guía de lectura y procesamiento didáctico de textos: Cristian Terreno, Diana Cohen, Patricia Buguñá, Florencia Martínez; Joaquín Peralta; Natalia Destefanis

Corrección de originales: Alejandro Romanutti; Florencia Martínez y Joaquín Peralta

Presentación

Esta selección de textos para la Unidad Didáctica 2, fue elaborada como material complementario para la realización del Trabajo Práctico Número 2, correspondiente a la Segunda Larga Duración, según el criterio de periodización que plantea la cátedra.

El material consiste en compilaciones de textos seleccionados por su claridad y posibilidad de procesamiento por parte de alumnos que se encuentran en etapas iniciales de la carrera, considerando, además, su pertinencia en relación a los contenidos de la unidad didáctica.

Los autores seleccionados son referentes indiscutidos en la materia, y se han seleccionado los libros más utilizados por diferentes generaciones de estudiantes, de ediciones históricas algunas, pero que mantienen su vigencia y actualidad, pese a los años transcurridos desde que fueran escritos. Se agrega en esta versión el texto reciente de Antonio Elio Brailovsky, sobre los efectos de la peste en las ciudades medievales, por su capacidad evocativa. Se han incorporado textos referidos a ciudades americanas en el momento inmediato anterior a la conquista española, como testigos de las preexistencias

urbanas en América antes de la imposición planificada europea.

Se ha recurrido en este caso al libro de Jorge Hardoy, *Ciudades precolombinas*, por su amena y muy documentada descripción de las ciudades de Cuzco y Tenochtitlan.

La lectura de estos textos permitirá, en una primera instancia, comprender procesos generales y particulares vinculados a la 2ª Larga Duración, los cuales servirán de marco al posterior desarrollo de los trabajos prácticos. En una segunda instancia permitirán detectar conceptos claves y responder a preguntas planteadas que tienen una implicancia directa con los trabajos a desarrollar.

No es intención de esta compilación sustituir las fuentes originales, sino complementar la información disponible, y contribuir a su acceso inmediato por parte de los estudiantes, como material de apoyo al trabajo práctico. La selección forma parte del material puesto a disposición de los alumnos, junto con el programa de trabajo, la guía de estudio y las consignas para su procesamiento.

Joaquín Peralta
Prof. Titular Cátedra IHAU B

Índice

Pág. 04

EDAD MEDIA EN EUROPA

. Mumford, Lewis.

Claustro y Comunidad. La ciudad del cielo.

Pág. 05

. Pirenne, Henri

La formación de las ciudades y la burguesía

Pág. 14

. Brailovsky, Antonio Elio

La Peste Negra en la Europa del Medioevo

Pág. 20

RENACIMIENTO EN EUROPA Y AMÉRICA

. Munizaga Vigil, Gustavo

La ciudad ideal del renacimiento

Pág. 28

. Rojas-Mix, Miguel

La Plaza Mayor, módulo de estructura urbana en las ciudades de América Española

Pág. 30

SIGLOS XVII y XVIII EN EUROPA (BARROCO)

. Giedion, Sigfried

Sixto V (1585-1590) y el plano regulador de la Roma Barroca

Pág. 38

. Mumford, Lewis

Corte, Desfile y Capital

Pág. 51

AMBIENTES URBANOS AMERICANOS PREHISPÁNICOS SIGLOS XV Y XVI

. Hardoy, Jorge Enrique

Ciudades precolombinas . Capítulo 5. Tenochtitlán

Pág. 58

. Hardoy, Jorge Enrique

Ciudades precolombinas . Capítulo 12. La ciudad incaica. Cusco

Pág. 74

Claustro y Comunidad

1. La ciudad del cielo

En el siglo V la sangre manaba de las venas abiertas de Roma y las manos que en otro tiempo habían gobernado un Imperio ya no podían mantener un control seguro sobre parte alguna de él. Al aflojarse la presión de los dedos en que habían estado retenidas rodaron las partes. Pero la agonía fue un proceso lento; y en medio de la decadencia urbana brotaba vida nueva, como las semillas de la basura acumulada en un montículo de abono. La nueva visión religiosa que hizo posible esta vida confirió un valor positivo a todas las negaciones y derrotas que habían experimentado los pueblos romanizados: convirtió la enfermedad física en salud espiritual, la presión del hambre en el acto voluntario del ayuno, la pérdida de bienes terrenales en mayores perspectivas de salvación celestial. Hasta el pecado ofrecía un camino hacia la salvación.

Al renunciar a todo aquello que el mundo pagano deseaba y buscaba, el cristiano dio los primeros pasos hacia la construcción de una nueva estructura a partir de los escombros. La Roma cristiana fundó una nueva capital, la Ciudad Celestial; y un nuevo vínculo cívico, la comunión de los santos. He ahí el prototipo invisible de la nueva ciudad.

Muchos motivos se han atribuido al triunfo del cristianismo; pero el más evidente de ellos es que la previsión cristiana de un mal radical — pecado, dolor, enfermedad, debilidad y muerte— estaba más cerca de la realidad de esta

civilización que se desintegraba que todo credo basado en las antiguas imágenes de

"vida, prosperidad y salud". El drama entero de la vida derivaba, para el cristianismo, de su método para ir al encuentro de las negaciones. En tanto que en todas las civilizaciones más antiguas los hombres habían sido sacrificados allí reservas a sus dioses, en el caso del cristianismo, su dios había asumido la forma humana y había aceptado el sacrificio, a fin de redimir al hombre pecador y liberarlo de la angustia y la culpabilidad que resultaban de su condición.

En vez de eludir las feas realidades de su tiempo, el cristiano las abrazaba. Al hacer voluntariamente lo que los paganos se empeñaban en evitar, neutralizaba y en cierta medida superaba las fuerzas que lo amenazaban. Visitaba al enfermo, consolaba a la viuda y al huérfano, redimía las ignominias del hambre, de la enfermedad y la escualidez al convertirlas en ocasión de compañerismo y amor. En vez de adherirse en pos de seguridad y confortación a la presencia de grandes muchedumbres, aceptaba su dispersión y buscaba el solaz en una unión más íntima en que sólo dos o tres personas se reunían, en nombre de Cristo; a decir verdad, los más santos se retiraban juntos, en busca de silencio y soledad.

Todas estas transformaciones internas dejaron su impronta, durante los mil años siguientes, sobre las ciudades de Europa occidental. Pero antes de que Roma cayera, a decir verdad, ya en el siglo ni, la secta cristiana había comenzado a anticipar lo peor; y sus miembros, amenazados, con persecuciones y matanzas, habían empezado a establecer para sí un nuevo orden de vida en las cuevas que perforan las

Reedición a partir del libro

La ciudad en la historia.
Sus orígenes, transformaciones y perspectivas

Mumford, Lewis

Capítulo IX Claustro y Comunidad

Versión castellana E. L. Revol.
Buenos Aires, Argentina: Ed. Infinito 1979

Páginas 298 y ss.

En esta parte del texto verás las transformaciones que se darán en la situación urbana y como la ideología del momento, es religiosa cristiana, se convertirá en el centro de la vida de la época.

El cristianismo como modo de vida.

Permanencias en el tiempo

colinas de Roma, donde daban cristiana sepultura a sus hermanos de fe, tallando capillas y altares subterráneos, así como tumbas. El nuevo sentido de compañerismo que se expresara primeramente en las religiones griegas de misterios, encontró ahora una expresión más cabal.

En el curso del Imperio, el cristianismo fue, durante largo tiempo, un movimiento clandestino, considerado oficialmente, hasta el año 313 de nuestra era, como una actividad subversiva. Así, no fue por accidente que, en Tréveris y Metz, los cristianos establecieran inicialmente sus capillas en las viejas murallas romanas y en cámaras subterráneas de los circos. En Metz, la primera iglesia cristiana estaba en el interior del antiguo anfiteatro. He aquí una nueva clase de *ecclesia* o asamblea, para la que ni el templo clásico ni el propio foro proporcionaban una forma urbana adecuada.

No sólo se trataba de que los viejos edificios romanos fueran espiritualmente detestables, con sus imágenes y sus símbolos paganos, sino que muchos de ellos se volvían funcionalmente ineficaces, como el teatro, el circo y el baño, ya que contradecían todo el modo de vida cristiano. Sólo los viejos templos y basílicas, contruidos para que dieran cabida a muchas personas, fueron convertidos fácilmente en refugios para las congregaciones cristianas; y así, el templo de Antonio y Faustina. en Roma, se convirtió en la iglesia de San Lorenzo, y el edificio del Senado, en la iglesia de San Adrián; y hacia el siglo XIV de nuestra era, casi la mitad de las mil o más iglesias existentes en Roma indicaban todavía, por sus nombres o su estructura visible, su origen pagano. Pero los baños ya no eran usados como baños, ni los circos como circos. Su inutilidad permitía prever su ruina ulterior.

Por cierto, Roma no murió de muerte repentina ni las ciudades del Imperio se derrumbaron rápidamente y se hicieron inhabitables. Las invasiones de los bárbaros habían comenzado, en realidad, en el siglo III, y en un

sentido continuaron, esporádicamente, durante más de mil años. Incluso en el siglo XX un arqueólogo italiano explicaría las dificultades del ejército italiano para parar a los austríacos y a los alemanes en el Piave recordando que esa fue la abertura a través de la cual habían llegado los godos y los hunos, mucho tiempo atrás. En realidad, **las ciudades son como los árboles**¹: una vez establecidas, se hace necesario destruirlas hasta las raíces para que dejen de vivir; de otro modo, incluso cuando se voltea el tronco, nuevas ramas se formarán alrededor de la base, como ocurrió en Jerusalén, después de su destrucción en el año 70 de nuestra era. Lo que Lavedan llama "ley de persistencia del plan" podría incluso extenderse con la designación de "persistencia del arquetipo urbano individual".

Así ocurrió en el caso de Roma y de las ciudades que ella había colonizado o gobernado: mermó la población que albergaban, sus actividades se redujeron, sus vidas estuvieron, cada vez más, supeditadas a invasiones contra las que ya no podían protegerse; las mismas carreteras, que en otros tiempos les llevaban seguridad y riqueza, ahora sólo servían para facilitar el paso de los conquistadores bárbaros. Con un ejército invasor, un viaducto roto y una serie de malas cosechas locales, la población restante optaría por marcharse a las montañas.

Todo esto anunciaba el fin del urbanismo romano, repitiendo la triste historia que Pausanias contara cuando visitó las regiones devastadas y desiertas de Grecia, cuyas ciudades se habían convertido en caparazones rotos. A medida que la vida urbana empeoraba por falta de mano de obra que se hiciera cargo de las rutinas habituales, los viejos edificios serían saqueados en busca de piezas sueltas de mobiliario y vajilla, al modo de las familias necesitadas, que fueron ricas en otros tiempos y que van vendiendo, una a una, sus viejas posesiones.

Nuevas sedes institucionales en relación a los cambios socio-culturales.
¿Cómo se manifiesta la ideología dominante en el Campo Físico- Espacial?

¹ Transformaciones urbanas
Procesos de cambio

¿Cuáles son los cambios que se producirán en este momento histórico en relación a las ciudades romanas en ruinas?

Pero un escondrijo en el campo bien valía un palacio en la ciudad. En el interior de la propia ciudad de Roma se hubiera podido seguir una transformación que se estaba produciendo en todas partes. Entre los siglos VIII y XII, uno de los primeros indicios de la nueva ciudad medieval fue el traslado del mercado del Foro a la colina del Capitolio, de más fácil defensa. Con el mercado se trasladó el gobierno municipal mismo, de modo que ya mucho antes del año 1145, cuando fue reconstruida casi por completo, este último quedó establecido en esa empinada colina. Pero los viejos hábitos también se adhieren firmemente. **A medida que la vida se tornaba más insegura** ², los frentes de las tiendas también serían recubiertos de ladrillos para protegerlos; pero el tipo más antiguo, por completo abierto a la calle, y el nuevo tipo amurallado pasaron a la Edad Media en Italia, del mismo modo que las casas de inquilinato del siglo XIV conservaron en Florencia la forma de las *insulae* romanas. Ni el modo de vida romano ni las formas romanas desaparecieron del todo, como ha demostrado Axel Boethius. Todavía en el siglo XV, los carniceros estaban instalados en el Foro de Nerva y bajo las arcadas inferiores del teatro de Marcelo.

Durante los primeros quinientos años, **los cambios de hábitos** ³, costumbres y leyes fueron más notables que los cambios en las estructuras circundantes: estos últimos estuvieron señalados por la invasión de hierbas y matorrales, la caída de piedras, la acumulación de escombros y la destrucción del pavimento, más que por la construcción de nuevos edificios. Sin lugar a dudas en el campo se hubieran podido apreciar los mismos efectos aún con más rapidez que en las ciudades. Pues si una parcela desmontada de tierra, en la estación agrícola experimental inglesa de Rothamsted, pudo convertirse en un monte salvaje en el lapso de un siglo, el mismo retorno de la hierba y los árboles silvestres debió producirse a través de Europa

occidental, en particular después del siglo VII. Hacia el siglo XI se planteó un grave problema de desmonte de tierras: la desecación de pantanos, el **talado de los bosques y la construcción de puentes** ⁴ reclamó una nueva camada de pioneros.

En esto, como en otros dominios, las disciplinadas **órdenes monásticas** ⁵ tomaron la iniciativa. Se carecerá de una clave para la comprensión de la nueva forma urbana si se hace caso omiso del papel desempeñado por la vida monástica: fue una influencia formadora. Pues la retirada más cabal de Roma no fue la de los refugiados que trataban de poner a salvo sus cuerpos, sino, sobre todo, la retirada del devoto que deseaba salvar su alma. Los grandes espíritus que encabezaron esta retirada no desconocían todas las alegrías y virtudes que dejaban tras sí: tanto Agustín como Jerónimo tendrían la sinceridad suficiente para confesar que, por lo menos en sueños, eran tentados y atormentados por las imágenes sensuales de Roma. Pero, en el siglo III, el retiro había entrado en una fase colectiva: grupos de ermitaños, que compartían la soledad y desarrollaban una **nueva rutina de vida** ⁶, se reunían, al principio al borde de una gran ciudad como Alejandría, de cara al desierto, después a lo lejos, en cumbres rocosas, como el Monte Casino o el Monte Athos, o, posteriormente, en el elevado Monte Senario, próximo a Florencia (1233 de nuestra era), donde el aire fragante de los pinos es aún hoy más dulce que cualquier incienso.

El **monasterio** ⁷ constituía, en realidad, una nueva especie de *polis*; era una asociación o, mejor aún, una compacta fraternidad de personas que pensaban del mismo modo, que no sólo se reunían en ceremonias ocasionales sino para cohabitar permanentemente, en un esfuerzo por lograr sobre la tierra una vida cristiana, puesta únicamente al servicio de Dios. Agustín, obispo de Hipona, fundó una orden de esta naturaleza en el siglo IV, y en el

² Inicio de los elementos de defensa. Incipientes "murallas"

³ Procesos de cambios y permanencias en el CSC Y CFE

⁴ Uso de los recursos naturales
Relación Sociedad- Naturaleza

⁵ ¿Qué rol cumplieron los monasterios en cuanto a las nuevas formas urbanas?

⁶ Cambios en la forma de apropiación del territorio

⁷ Nueva sede institucional
Base: religiosa
Ideología dominante: cristianismo

⁸ Cultura religiosa

Manifestación de la ideología dominante en el CFE

⁹ Relación ciudad clásica- ciudad medieval

¹⁰ Permanencia en el tiempo

¹¹ Institución dominante

¹² ¿Cuál fue la influencia de los monasterios en las ciudades?

siglo VI Benedicto de Nursia le dio la forma que influiría, por impacto directo o por estímulo y desafío indirectos, sobre todas las ulteriores órdenes monásticas.

He aquí el punto nodal de una nueva **clase de cultura religiosa**⁸. Esta cultura procuraba trascender las limitaciones de las civilizaciones anteriores, alejándose para ello de sus instituciones típicas; en principio, negaba la propiedad, el prestigio y el poder. Quienes aceptaban la pobreza como forma de vida redujeron todo el aparato físico para el sostén del cuerpo y ennoblecieron el trabajo, convirtiéndolo en una obligación moral.

La colonia monástica pasó a ser, en realidad, la nueva ciudadela: un baluarte religioso que impedía que la retirada general se convirtiera en una derrota. Pero se trataba de **una ciudadela del alma y su palacio era la iglesia abacial**. Este paralelo no es inexacto. Si fue en el palacio real donde los instrumentos seculares de la civilización urbana se modelaron inicialmente, fue en el monasterio donde los objetivos ideales de la ciudad quedaron clasificados y donde se los mantuvo vivos y, con el correr del tiempo, se los renovó. Fue allí, también, donde se estableció el valor práctico de la moderación, el orden, la regularidad, la honradez y la disciplina interior, antes de que estas cualidades fueran transmitidas a la ciudad medieval y al capitalismo postmedieval, en forma de invenciones y prácticas comerciales: el reloj, el libro de contabilidad, el día ordenado.

Con prescindencia de las confusiones del mundo exterior, el monasterio estableció, dentro de sus muros, una fuente de orden y serenidad. Nadie dudaba de que los valores esenciales de una vida cristiana estaban concretados allí, por más que no todos los hombres tuvieran las condiciones necesarias para vivir con un grado tal de concentración y devoción; ni siquiera, según podría verse, los monjes más afortunados. Tan atractivos eran estas manifestaciones de la vida cristiana que Joaquín de

Flora, en el siglo XII, preveía un período final de desarrollo humano, el período del Espíritu Santo, en el que toda la humanidad estaría unida en el Monasterio Universal, como hermanas y hermanos monásticos. En el mismo siglo, para Bernardo de Clairvaux el claustro constituía el baluarte del paraíso, y llegó a acuñar la expresión *paradisus claustralis*. De modo que el vínculo más estrecho entre la **ciudad clásica y la ciudad medieval**⁹ no fue formado por los edificios y costumbres subsistentes sino por el monasterio. Fue en el monasterio donde los libros de la literatura clásica, contenidos en papiros que se disgregaban, fueron trasladados al resistente pergamino; fue allí donde el latín se hablaba en la conversación diaria, eludiendo en parte la diversificación y la incomprensión mutua del italiano, el español, el francés, el rumano y sus incontables dialectos regionales y variantes aldeanas; fue allí, por lo menos en las abadías benedictinas, donde se **mantuvieron**¹⁰ las prácticas adelantadas de la agricultura romana y de la medicina griega, con un correlativo aumento de la productividad y de la salud.

La **Iglesia secular**¹¹ estaba enredada en responsabilidades terrenales, a merced de gobernantes mundanos, sometida a la tentación de pactar con creencias e instituciones paganas, como en el caso del culto de los santos. Bajo la amenaza de la anarquía, los obispos se vieron impulsados a ejercer una autoridad política e incluso a asumir la jefatura militar, cuando los otros poderes fallaban. Como gobernadores municipales, los obispos unieron los oficios de sacerdote y gobernante, a la antigua usanza romana.

Pero los monasterios mantuvieron viva la imagen de la Ciudad Celestial.

Cuando las nuevas comunidades urbanas empezaron a adquirir forma, después del siglo X, **el monasterio dejó una impronta más profunda en su vida**¹², en un comienzo, que el mercado. Allí estaban la paz y el orden, la quietud y la vida contemplativa, amadas por

los cristianos. Las abadías de Westminster, de Clairvaux y St. Denis, Monte Casino y Fulda ejercieron un dominio sobre la vida urbana, incluso sobre sus formas arquitectónicas, totalmente sin proporción con su número. Cuando Hrabanus, el célebre abad de Fulda, se refería a "la vida común" como una característica de las ciudades, trasladaba a la ciudad la función específica del monasterio. En realidad, el monasterio, en su forma ideal, era la sociedad de iguales, concebida por Aristóteles, de iguales que aspiraban a la mejor vida posible. Esa vida común era factible en la pobreza y hasta atrayente. ¿Sería igualmente viable en la prosperidad?

2. Necesidad de protección

Era necesario que la antigua vida se desintegrara más todavía para que una **vida nueva pudiera modelarse**¹³ en la Edad Media. Pero este cambio no fue repentino o uniforme.

Pocas dudas caben que en general la vida, a través de toda Europa, se tornó más tosca y caótica; y ya antes de que el Imperio se desintegrara, las fuerzas formadoras no eran "romanas". En un caso, las naves que transportaban papiro desde Egipto serían interceptadas por los piratas; en otro, se extinguiría el servicio postal; o, si no, un viejo patricio romano que iba en camino de convertirse en el funcionario civil más importante en Roma, desaparecería de la escena, para reaparecer, después de cuatro años de silencio, en un monasterio español.

El hambre y las enfermedades redujeron la población, en conjunto; disminuyó la natalidad, aunque resulta difícil decir hasta qué punto.

Sin lugar a dudas, quedaba menos gente en las ciudades; y las antiguas poblaciones dejaron de funcionar como centros de producción y comercio. Debido a la abundancia de fuentes bibliográficas,

tenemos una imagen más clara de lo que ocurrió en la Galia que en otras partes.

Y no hay duda de que las ciudades que consiguieron fortificarse contra los bárbaros **ocupaban una superficie mucho más pequeña**¹⁴ que la que abarcaban anteriormente. Burdeos quedó reducida, por sus murallas, a una tercera parte de su tamaño anterior; y Autun, fundada por Augusto, se encogió en forma tal que de una ciudad de doscientas hectáreas pasó a ser una aldea de diez. Poseemos una imagen más clara aún de lo que sucedió en Nimes y Arles, en Provenza. En Nimes, el antiguo anfiteatro fue transformado por los visigodos en una pequeña población, con dos mil habitantes y dos iglesias; después de cerrar las entradas del teatro, los pesados muros de mampostería sirvieron como fortaleza. Y aunque las **murallas**¹⁵ de Arles habían sido reconstruidas por Teodorico, quedaron nuevamente en ruinas en el curso de la lucha entre Carlos Martel y los árabes; tras lo cual, también el anfiteatro de Arles sirvió de fortaleza, desarrollándose en su interior una pequeña población medieval, más populosa que la mayoría, como todavía nos lo muestra un grabado del siglo XVII; pues los edificios de este pequeño centro sólo fueron destruidos a comienzos del siglo XIX.

La nueva cultura cristiana que surgió en estas circunstancias no adquirió forma urbana hasta el siglo XI. Pero sus semillas ya estaban plantadas en la iglesia y el monasterio; ya que la arquitectura subsistente expresa las necesidades de esta época de confusión, con su insistencia en el cercado, la protección, la seguridad, la durabilidad y la continuidad. Así lo atestiguan San Stefano Rotundo, Albi o Durham.

Pero, entre los siglos VI y XI, cuando por fin las ciudades de Occidente surgieron a la vida y comenzaron a crecer y multiplicarse, se extiende un período "románico" cuyos aspectos contradictorios se hace necesario comprender. Las nubes que surcaban el horizonte eran oscuras y turbulentas; pero entre ellas, de tiempo en tiempo, se

¹³ Procesos de cambio

¹⁴ Paso de ambientes urbanos a ambientes rurales

¹⁵ ¿Cómo se refleja la necesidad de protección en el espacio físico?

¿Cómo se produce el resurgimiento urbano-medieval?

Procesos de cambio de vida urbana a vida rural (feudos)

Permanencia

Antecedentes de la ciudad renacentista

abrían claros y pasaba la luz, como en el caso de la gran creatividad monástica de Irlanda. Pero entre los siglos VIII y XI, las sombras se hicieron más tupidas; y el período inicial de violencia, parálisis y terror empeoró con las invasiones de los sarracenos y los vikingos.

Todo el mundo buscaba seguridad. Cuando cada posibilidad podía ser un infortunio, cuando cada momento podía ser el último, la necesidad de protección se antepuso a cualquier otra consideración. El aislamiento ya no garantizaba la seguridad. Si el monasterio había dirigido la retirada, la ciudad encabezaba el contraataque.

Ahora bien, en Italia y Francia las viejas costumbres no desaparecieron nunca del todo, por más que decayeran. A esto se deben las subrepticias tendencias paganas existentes en esa vida, tendencias subrepticias, pero tan profundas que la Venus negra y blanca conocida en el mundo romano reaparecerían más adelante en las imágenes negras y blancas de la Virgen María. El fenómeno que ha sido llamado Renacimiento, del siglo XII, fue, más bien, el retorno a la plena conciencia de algo que no había sido nunca desalojado, u olvidado por entero. ¿Acaso John de Salisbury no citaba a Platón siglos antes de que los filósofos platónicos volvieran a Italia?

¿Y qué es el Campo Santo de Pisa, el cual data del siglo XII, sino un grupo de edificios públicos separados, que se levanta dentro de su espacioso recinto, más acrópolis o foro que mercado medieval? Verdad es que los arquitectos, según Varesi, se inspiraban en parte en las antigüedades y sarcófagos que las naves de Pisa traían de Oriente. Pero esta admiración por la antigua labor romana no era el producto de un humanismo ulterior; era, más bien, la reconstrucción de un legado viviente que, debido a desgraciados accidentes, se había visto privado de sus mejores ejemplos locales. ¿Acaso el baptisterio mismo no procede, en parte, del baño

romano, siendo una suerte de baño purificado y espiritualizado para una ablución ceremonial, pero de escala igualmente noble? Quizá no sea por accidente que el baptisterio alcanza singular magnitud como edificio separado, sobre todo en la tierra que originalmente produjo el prototipo romano secular.

Pero, incluso allí donde la antigua vida subsistió, como planta perenne aparentemente muerta, ennegrecida por la escarcha invernal, no se puede negar la disminución general de energía y creatividad. La vida fue cayendo hacia un nivel de subsistencia; nada más que por la seguridad personal, alegremente se sometían a la protección de algún jefe bárbaro; a decir verdad, en tanto que la ciudad se desintegraba, sus diversas partes originales reaparecían por separado. Y así reaparece el antiguo jefe, con su banda de guerreros, en su baluarte fortificado, gobernando un nido de aldeas. Ahora podemos documentar sobre el terreno, en cualquier parte de Europa, transformaciones urbanas sobre las que sólo es posible especular con cautela cuando se trata de Palestina y la Mesopotamia.

Si bien el cerco sarraceno al Mediterráneo apresuró el tránsito de la organización imperial uniforme a una economía de producción local y de trueque, con una mezcla de costumbres locales, leyes locales y jurisdicciones rivales, el golpe final llegó del otro extremo de Europa, con las invasiones nórdicas del siglo IX. El golpe final y el primer paso hacia el restablecimiento. Estas incursiones frenéticas se efectuaban en pequeñas embarcaciones que traspasaban hasta el corazón de los campos, entre Bretaña y el Elba; ningún distrito era inmune a sus saqueos, incendios y matanzas. El temor a estas correrías creó, tal vez, un nuevo vínculo de interés entre el jefe feudal y sus tributarios campesinos.

Pero también demostró la inferioridad técnica de las dispersas bandas guerreras locales que acudían a pie para hacer frente a los ataques lanzados por

aquellos señores del mar, de movimientos veloces, que estaban especializados en la guerra.

La pura necesidad llevó al redescubrimiento de esa antigua protección urbana que es la muralla¹⁶.

Contra las súbitas incursiones resultaba más útil una muralla, guardada a toda hora, que la mayor dosis posible de coraje militar. La firmeza y la seguridad de un baluarte instalado en una roca empinada podían reproducirse incluso en las tierras bajas, siempre que los habitantes de una aldea construyeran un muro de mampostería o, por lo menos, una empalizada. Poseemos pruebas de la existencia de estas empalizadas en Polonia, ya posiblemente en el siglo V antes de Jesucristo, aunque no se sabe a ciencia cierta si se las levantaba para guardar el ganado y los niños o bien para protegerse de los merodeadores. **Pero un pesado muro de piedra, en especial si estaba rodeado por un foso**¹⁷, mantenía a raya al atacante.

Por terror a los invasores, los habitantes de Maguncia, por ejemplo, restauraron finalmente sus destruidas murallas romanas. Y, por encargo del emperador alemán Enrique I, se levantaron murallas incluso alrededor de los monasterios y conventos de monjas para defenderlos de los ataques paganos. Dos veces en el curso del siglo IX, en los años de 860 y 878, el monasterio, de St. Omer fue arrasado por los nórdicos. Pero cuando estos vikingos volvieron, en el año 891, se encontraron con que, por fin, la abadía había levantado murallas y podía hacerles frente. Tanto éxito tenía, en realidad, este modo renovado de lograr seguridad que ya en el siglo X el monasterio de St. Omer se había convertido en una población.

En el año 913, la *Crónica anglosajona* consigna, por su parte, que la edificación de fortalezas y murallas en

torno de las poblaciones era una de las actividades principales del ejército del rey. Con esto se tienen nuevas pruebas, en caso de hacer falta, del papel desempeñado por los reyes como constructores de ciudades en razón de su capacidad para movilizar mano de obra suplementaria. Pero la misma *Crónica* muestra que, ya en el año 855, Rochester estaba amurallada y era defendida con éxito por sus vecinos, en tanto que al año siguiente el mismo rey Alfredo fortificó la ciudad de Londres. El servicio militar se convirtió en una exigencia de la ciudadanía e incluso es posible que la capacidad para proveer un ejército permanente y reparar las murallas de la ciudad fuera, según sugiere Frederick William Maitland, uno de los requisitos necesarios para el privilegio urbano en corporación. El recinto amurallado no sólo dio protección contra la invasión exterior. Desempeñó una nueva función política, pues resultó un arma de doble filo. Invertiendo el precedente de la ciudad antigua, podía utilizarse la muralla para mantener la libertad en el interior. Por medio de la muralla, una pequeña población, que antes se hallaba desvalida incluso ante el ataque de una mínima fuerza armada, se convertiría en un baluarte. Las gentes acudirían en tropel a estas santas islas de paz, del mismo modo que en un comienzo se habían sometido, desesperadas, a los caudillos feudales, convirtiéndose en vasallas y siervas a cambio de un mendrugo de tierra y seguridad; o bien, como habían abandonado todas las esperanzas de felicidad doméstica, para encontrar un refugio estéril en el monasterio o el convento.

Una vez levantada la muralla, el número significaba seguridad. La vida aislada en el campo, incluso bajo la sombra de un castillo próximo, dejó de ser tan atractiva como la vida en la ciudad populosa. La misma participación en la labor de construcción de la muralla resultaba un precio bajo como pago por

¹⁶ ¿Por qué surge la necesidad de murallas?

¹⁷CFE. Factores de materialización. Tecnología (ver documentos en conceptos instrumentales)

¿Qué variables del método de estudio propuesto por la Cátedra se analizan en esta parte del texto?

Reflexione acerca del proceso de cambio hacia ambientes urbanos. Vea que variables del método de estudio se están analizando en esta página.

Actividades sociales y su ubicación en el espacio físico

¹⁹Proceso de cambio de sistema feudal a sistema urbano

¹⁸ ¿Cómo es la organización social en la ciudad bajo-medieval?

Nuevas clases sociales

la seguridad y la regularidad en el comercio y el trabajo.

Si bien el derecho de edificar murallas siguió siendo, sintomáticamente, una prerrogativa regia, la Paz de Constanza, en el año 1184, cedió este derecho a las ciudades libres de Italia.

Obsérvese la secuencia. Primeramente, el campo a la defensiva, con su producción local y su comercio de trueque, casi exclusivamente local.

Sólo las abadías y los dominios reales traficaban con su vino, su grano y su aceite a grandes distancias. Todo tráfico que llegaba a una población desde la distancia era caprichoso e inseguro. Pero, cuando una población quedaba circundada por su muralla, aparecerían otros atributos normales de la vida urbana: el receptáculo, reconstruido, se convertía asimismo en imán. La prolongación de la muralla desde el castillo o la abadía hasta la aldea vecina marcó, a menudo, **el comienzo físico de la ciudad**, aunque los plenos privilegios jurídicos de una corporación municipal activa sólo podrían conseguirse mediante arduas negociaciones con el obispo o el propietario feudal que poseía la tierra.

El **mayor privilegio económico**, el de celebrar un mercado regular una vez por semana, reuniendo para el intercambio de sus productos a los labriegos, pescadores y artesanos de las proximidades, dependía, por una parte, de la seguridad física, y, por la otra, del refugio legal. Así, al igual que en la antigua Grecia, quienes acudían al mercado quedaban protegidos, durante las horas de funcionamiento del mismo, por la Paz del Mercado, simbolizada por la cruz de la plaza del mercado.

Allí, una nueva clase gozaba de protección contra los robos y los tributos arbitrarios, una nueva clase que empezó a establecerse con carácter permanente, en un comienzo apenas al otro lado de las murallas: los **mercaderes**. Cuando éstos se volvieron miembros

permanentes de la corporación municipal, se inició una nueva era, que contribuyó a la reapertura de las antiguas vías de comunicación terrestre y acuática.

Que los mercaderes representaban una nueva clase puede deducirse de su situación topográfica en el "suburbio" recién trazado, el cual estaba ubicado justamente al otro lado de las murallas. Si en un - comienzo el castillo o el monasterio fueron el centro urbano, después del siglo XI las nuevas actividades de la comunidad empezaron a trasladarse hacia la plaza del mercado; y la incorporación de mercaderes y artesanos, en calidad de ciudadanos libres, quedaría marcada, en más de un sitio, por la prolongación de la muralla alrededor de su suburbio. Resulta interesante señalar que, como observa Hegel, el barrio *nuevo* de Regensburg, en el siglo XI —para distinguirlo de los barrios reales y religiosos—, era el de los mercaderes.

En la ciudad medieval, estos poderes, los espirituales y los temporales, con sus órdenes profesionales, el guerrero, el mercader, el sacerdote, el monje, el bardo, el erudito, el artesano y el tendero, **llegaron a una especie de equilibrio**¹⁸. Ese equilibrio siguió siendo delicado e inestable; pero el esfuerzo por mantenerlo era constante y el efecto concreto, ya que cada uno de los componentes sociales era sopesado y cada uno de ellos estaba debidamente representado. Hasta fines de la Edad Media —y, en realidad, este es uno de los síntomas de su fin—, ningún elemento tenía fuerza suficiente como para establecer permanentemente su propio dominio sobre todos los demás. Como consecuencia, tanto en el plano físico como en el político, la ciudad medieval, aunque recapitulaba muchos de los rasgos del anterior orden urbano, era, en algunos aspectos, una creación original. En ninguna ciudad medieval se alcanzaron plenamente la libertad, la igualdad corporativa, la participación democrática y la autonomía; pero en

todas ellas hubo, acaso, una medida mayor de estas cualidades que la que se hubiera exhibido antes en cualquier parte, incluso en Grecia. Por un momento, la *communitas* se impuso al *dominium*.

Entre los siglos XI y XIV¹⁹, la práctica de conceder libertad a las ciudades constituía, en realidad, una renuncia por parte de los señores de la ciudadela, a los mismos tributos y exacciones que, originalmente, dieron nacimiento a la ciudad. Aunque el castillo a menudo se erguía sombríamente sobre la ciudad, amenazando siempre retomar sus prerrogativas iniciales, en las ciudades libres el señorío feudal ocupó un lugar semejante al de cualquier otra entidad semi-corporativa: el primero entre iguales; si bien unos pocos siglos después, debido al desarrollo de los absolutismos centralizados, los príncipes recuperaron el terreno que habían perdido e incluso lo extendieron considerablemente. Sin embargo, se comprueba hasta qué punto debía ser completa la renuncia original cuando se considera el caso del otorgamiento de la libertad a Barcelona, acto en virtud del cual el rey decretaba que ni los portazgueros ni los recolectores de impuestos ni ningún otro funcionario podían impedir o detener el movimiento de sus ciudadanos o de sus funcionarios, de sus mensajeros, sus productos o sus mercancías.

Este movimiento urbano, que salió de la inseguridad y el desorden de la Europa románica, tuvo una existencia multicolor: marchó bajo diversas banderas, levantadas en diferentes circunstancias, y produjo diversos resultados.

A veces, la urbanización era fomentada deliberadamente por los señores feudales, quienes procuraban aumentar sus rentas mediante el aprovechamiento de los alquileres de terrenos urbanos, tomando una parte de los peajes en el mercado local y haciendo uso de un vasto conjunto de consumidores para aumentar el valor de los productos de sus tierras que no se consumían en ellas. A menudo también, los propietarios feudales se opondrían al reclamo de independencia por parte de las ciudades. Esto se vio, sobre todo, en el caso de los obispos, más temibles que los señores de la guerra porque eran los agentes de una institución de vasto alcance y tenían bajo su control inusitados recursos, tanto materiales como espirituales.

En ciertos países, como en Inglaterra y Francia, la libertad municipal fue promovida por una coalición momentánea con el poder central, como medio para debilitar a los nobles feudales que desafiaban el dominio del rey.

Pero, resistida o alentada, la población afluyó a estos centros protegidos, los construyó y reconstruyó, y elevó partes descuidadas de su vida a un nuevo grado de actividad y productividad.

En unos pocos siglos, las ciudades de Europa recuperaron, en gran parte, el terreno perdido con la desintegración del Imperio Romano.

¿Qué variables del CSC se están analizando en esta parte del texto?

Henri Pirenne

Las ciudades de la edad media

Título original : Les villes du Moyen Age

Traductor: Francisco Calvo

Capítulo 6

La formación de las ciudades y la burguesía

El libro de bolsillo

Alianza Editorial

Madrid

Henri Pirenne (1862-1935) inició su trayectoria como historiador con investigaciones sobre historia social y política de los Países Bajos.

El texto *Las ciudades de la Edad Media*, es un fragmento de la obra más general de Pirenne, *Las ciudades y las instituciones urbanas*, publicada póstumamente en 1939.

La constitución plena de las ciudades medievales vendrá dada por el renacimiento comercial que empieza a esbozarse en el siglo X y se consolida en el XI. En este proceso Pirenne considera decisiva la recuperación para el comercio cristiano de algunas rutas del Mediterráneo. En el Mar del Norte los escandinavos abandonan la guerra y se dedican al comercio, lo que favorecerá la prosperidad de los Países Bajos y una mayor relación comercial entre Londres y Francia. Un factor esencial para la formación de una nueva clase mercantil es el aumento de la población a partir del siglo X, que provoca una fuerte emigración del campo a la ciudad. Masas de campesinos desarraigados se asientan en el entorno de los asentamientos preexistentes y acabaron por consolidarse como un espacio en el que se instalaban mercaderes que generaban una vida comercial estable y bien localizada.

(Comentario síntesis a partir de Serrano, Esteban Ruiz. *La ciudad medieval en Henri Pirenne*) en: <http://saavedrafajardo.um.es>

Pirenne, Henri

Las ciudades de la edad media

Capítulo 6

La formación de las ciudades y la burguesía

En ninguna civilización la vida urbana se ha desarrollado independientemente del comercio y de la industria. La diversidad de climas, razas o religiones, así como de las épocas, no afectan en nada a este hecho, que se impuso en el pasado en las ciudades de Egipto, Babilonia, Grecia, el imperio romano o el árabe, como se impone en nuestros días en la Europa o América, India, Japón o China. Su universalidad se explica en función de su necesidad. En efecto, una aglomeración urbana sólo puede subsistir mediante la importación de productos alimenticios que obtiene de afuera. Pero esta importación, por parte, debe responder a la exportación de productos manufacturados que constituye su contrapartida o contravalor. Queda instituida de esta manera, entre la ciudad y sus alrededores, una relación permanente de servicios. El comercio y la industria son indispensables para el mantenimiento de esta dependencia recíproca: sin la importación que asegura al aprovisionamiento y sin la exportación que la compensa gracias a los objetos de cambio, la ciudad desaparecería.¹ Según las épocas y los lugares, la actividad comercial y la industrial han sido más o menos preponderantes en las poblaciones urbanas.

Es bien sabido que en la antigüedad una parte considerable de ciudades se componía de propietarios hacendados que vivían de un trabajo o de la renta de

las tierras que poseían en el exterior. Pero no es menos cierto que a medida que las ciudades se agrandaron, fueron más numerosos los artesanos y los comerciantes. La economía rural, más antigua que la urbana, continuó coexistiendo a su lado sin impedir para nada su desarrollo.

Las ciudades medievales nos ofrecen un espectáculo muy distinto.

El comercio y la industria las conformaron tal como fueron, y no dejaron de desarrollarse bajo su influencia. En ninguna época se ha podido observar un contraste tan acentuado como el que enfrenta la organización social y económica de las ciudades medievales a la organización social y económica del campo. Según parece, jamás hubo en el pasado un tipo de hombre tan específico y claramente urbano como el que compuso la burguesía medieval.

Es imposible dudar que el origen de las ciudades medievales se vincula directamente, como el efecto a su causa, al renacimiento comercial del que ya hablamos en los capítulos precedentes. La prueba es la chocante coincidencia que aparece entre la expansión del comercio y la del movimiento urbano. Italia y los Países Bajos, donde la expansión comercial se manifestó en primer lugar, son precisamente los países en los que el movimiento urbano se originó y se afirmó con más rapidez y vigor. Es obvio señalar que las ciudades se multiplican a medida que progresa el comercio y que aparecen a lo largo de todas aquellas rutas naturales por las que éste se expande. Nacen, por así decirlo, tras su paso. Inicialmente las encontramos al borde de costas y ríos. Más tarde, al ampliarse la penetración comercial, se fundan sobre los caminos que unen entre sí estos primeros centros de actividad.

¹ PIRENNE. H. *L'origine des constitutions urbaines au Moyen Age* (Revue historique, t. LVII, pp. 25-34).

El ejemplo de los Países Bajos es en este sentido un caso típico. A partir del siglo X comienzan a fundarse las primeras ciudades al borde del mar o en las riberas del Mosa y el Escalda; la región intermedia, Brabante, no posee todavía ninguna. Hay que esperar al siglo XII para verlas aparecer a lo largo de la ruta que se establece entre los dos grandes ríos. Y se podrían destacar en todas partes casos análogos. Un mapa de Europa en donde se resaltara la importancia relativa de las vías comerciales, coincidiría, sin apenas diferencias, con otro que mostrara la importancia relativa de las aglomeraciones urbanas.

Las ciudades medievales presentan una variedad extraordinaria. Cada una de ellas posee una fisonomía y un carácter propios. Se diferencian entre sí, igual que se diferencian los hombres, se puede, sin embargo, agruparlas por familias conforme a ciertos tipos generales, que, a su vez, se parecen entre sí por sus trazos esenciales. Por consiguiente, resulta posible, tal y como se intentará hacer aquí, describir la evolución de la vida urbana en el Occidente europeo. El cuadro que se obtendrá de esta manera presentará necesariamente un carácter demasiado esquemático y no se ajustará exactamente a ningún caso particular. En él sólo podremos hallar los caracteres comunes, hecha la abstracción de los individuales. Únicamente aparecerán los grandes rasgos como si se tratara de un paisaje contemplado desde lo alto de una montaña.

Sin embargo, el tema es menos complicado que lo que pudiera parecer a primera vista. Efectivamente, es inútil, en un ensayo sobre el origen de las ciudades europeas, dar cuenta de la infinita complejidad que presentan. La vida urbana en un principio sólo se desarrolló en un número bastante restringido de localidades pertenecientes tanto a la Italia septentrional como a los Países Bajos y regiones vecinas. Bastará con tener en cuenta estas ciudades primitivas, no considerando las formaciones posteriores que por mucho interés que tengan no son en suma más que simples repeticiones.

Además, se concederá, en las páginas siguientes, un lugar privilegiado a los Países Bajos, debido a que proporcionan al historiador, en lo referente a las primeras épocas de la evolución urbana, más claridad que cualquier otra región de Europa Occidental.

La organización comercial de la Edad Media, tal y como se ha intentado describir, hacía indispensable el establecimiento en puntos fijos de viajante de comercio sobre los que descansase esa organización. En los intervalos de sus viajes y sobre todo cuando el mal tiempo hacía inabordable el mar, los ríos, los caminos, debían necesariamente congregarse en ciertos puntos del territorio. Naturalmente en un primer momento se concentraron en aquellos lugares cuya situación facilitaba las comunicaciones y donde podían al mismo tiempo guardar con seguridad su dinero y sus bienes. Por consiguiente, se dirigieron hacia aquellas ciudades o burgos que mejor respondían a estas condiciones.

Su número era considerable. El emplazamiento de las ciudades venía impuesto por el relieve del suelo o la dirección de los cursos fluviales, en una palabra, por las circunstancias naturales que precisamente determinaban la dirección del comercio y de esta manera dirigían hacia ellas a los mercaderes. En cuanto a los burgos, destinados a oponerse al enemigo o a proporcionar un refugio a las poblaciones, no dejaron de construirse en lugares cuyo acceso fuese especialmente fácil. Por estas mismas rutas eran por donde pasaban los invasores y circulaban los comerciantes, y por esta razón las fortalezas levantadas contra aquellos eran excelentes lugares para atraer a estos al interior de las murallas. Sucedió, por lo tanto, que las primeras aglomeraciones comerciales se establecieron en los lugares que la naturaleza predisponía a ser, no a volver a ser, centros de circulación económica.

Se podría creer, y efectivamente así lo han creído ciertos historiadores, que los mercados (*mercatus*, *mercata*), cuyo número es tan extraordinariamente

elevado a partir del siglo IX, han sido la causa de estas primeras aglomeraciones.

Esta opinión, por seductora que parezca a primera vista, no resiste a un examen.

Los mercados de la época carolingia eran simples mercados locales, frecuentados por los campesinos de los alrededores y por algunos buhoneros.

Tenían como único fin el de solucionar el aprovisionamiento de las ciudades y de los burgos. Sólo se reunían una vez por semana y sus transacciones estaban limitadas por las necesidades domésticas de unos habitantes muy poco numerosos, para cuyo servicio habían sido establecidos.

Mercados de esta clase han existido siempre y hoy en día aún existen en miles de pequeñas ciudades y pueblos. Su poder de atracción no era ni lo bastante poderoso, ni lo bastante extenso, como para que una población comercial se fijara a su alrededor. Por lo demás, se conocen infinidad de lugares que, aunque están provistos de esta clase de mercados jamás consiguieron el rango de ciudades. Así ocurrió, por ejemplo, en los que el obispo de Cambrai y el abad de Reichenau establecieron, uno en el año 1001 y Câteau-Cambrésis y el otro en el año 1100 en Radolfzell. Ahora bien, Radolfzell y Câteau siempre fueron localidades insignificantes y el fracaso de las tentativas de que fueron objeto demuestra perfectamente cómo los mercados estaban desprovistos de esta influencia que a veces se la ha querido conceder.

Otro tanto se puede decir de las ferias (foro.) y, sin embargo, las ferias, a diferencia de los mercados, fueron instituidas para servir de lugares de reunión periódicos a los comerciantes profesionales, para ponerles en contacto entre sí y para hacer que las visitasen en determinadas épocas. De hecho, la importancia de muchas de estas ferias ha sido considerable.

En Flandes, las de Thorout y Mesines y en Francia las de Bar-sur-Aube y Lagny figuran entre los centros

principales del comercio medieval hasta finales del siglo XVIII aproximadamente. Puede, pues, resultar extraño a primera vista que ninguna de estas localidades se haya convertido en una ciudad digna de este nombre, pero las transacciones que allí se realizaban carecían del carácter permanente indispensables para la radicación del negocio.

Los comerciantes se dirigían hacia ellas porque estaban situadas en la gran vía de tránsito que iba desde el mar del Norte hasta Lombardía y porque los príncipes territoriales las habían dotado de franquicias y privilegios.

Eran los centros de reunión y los lugares de intercambio donde se encontraban vendedores y compradores procedentes del norte y del mediodía; luego unas semanas más tarde, la exótica clientela se dispersaba para no volver hasta el año siguiente.

Indudablemente ocurrió, incluso con cierta frecuencia, que una feria se radicara en un lugar donde más tarde existió una aglomeración comercial. Este es, por ejemplo, el caso de Lille, Ypres, Troyes, etcétera. La feria seguramente debió favorecer el desarrollo de estas ciudades, pero es imposible admitir que lo hayan provocado. Numerosas ciudades importantes proporcionan fácilmente la prueba. Worms, Spira, Maguncia, no fueron jamás sede de una feria; Tournai no celebró ninguna hasta 1184, Leyden hasta 1304 y Gante únicamente en el siglo XV.

Se deduce pues, que la situación geográfica, unida a la presencia de una ciudad o un burgo fortificado, se muestra como condición esencial para un establecimiento comercial.

No hay nada menos artificial que la formación de un establecimiento de este tipo. Las necesidades primordiales de la vida comercial, la facilidad de comunicaciones, y la necesidad de seguridad dan cuenta de ello de la manera más natural. En una época más avanzada, cuando la técnica permitió al hombre vencer a la naturaleza e imponer su voluntad a pesar de los

obstáculos del clima o del relieve, fue posible sin lugar a dudas edificar las ciudades allí donde el espíritu de empresa y la búsqueda de intereses determinan su emplazamiento. Pero las cosas discurren de otra manera en un momento en que la sociedad no ha adquirido todavía el vigor suficiente para dominar el medio ambiente. Obligada a adaptarse, es este medio precisamente el que marca la pauta de su habitat. La formación de las ciudades en la edad media es un fenómeno casi tan claramente determinado por el medio geográfico y social como lo está el curso de los ríos por el relieve de las montañas y la dirección de los valles.² A medida que se acentúa, a partir del siglo X, el renacimiento comercial de Europa, las colonias mercantiles, instaladas en las ciudades o al pie de los burgos, van creciendo ininterrumpidamente. Su población se acrecienta en función de la vitalidad económica. El movimiento ascendente que se evidencia desde sus orígenes continuará de manera ininterrumpida hasta finales del siglo XIII. Era imposible que ocurriera de otra manera. Cada uno de los nudos del tránsito internacional participaba naturalmente de la actividad de este y de la multiplicación de los comerciantes tenía necesariamente como consecuencia el crecimiento de su número en todos los lugares donde se había asentado inicialmente, porque esos lugares eran precisamente los más favorables para la vida comercial. Si estos lugares atrajeron a los comerciantes antes que otros fueron porque respondía a sus necesidades profesionales mejor que los demás. Así se puede explicar de la manera más satisfactoria porqué, por regla general, las ciudades comerciales más importantes de una región son también las más antiguas (...)

Los detalles de cómo se pueblas las ciudades se nos escapan. No se sabe de que manera se instalaron los primeros comerciantes, si en medio o al lado de la

² El medio geográfico sólo no basta. Sobre las exageraciones a las que ha dado lugar, véase L. FEBVRE *La terre et l'évolution humaine*, pp. 411 y ss. (París, 1922)

población preexistente. Las ciudades, cuyos recintos comprendían con frecuencia espacios vacíos ocupados por campos y jardines, debieron proporcionarles inicialmente un lugar que pronto llegaría a ser demasiado reducido. Es cierto que, desde el siglo X, en muchas de ellas se les obligo a instalarse extramuros. En Verdún construyeron un recinto fortificado (*negociatorum claustrum*)³, unido a la ciudad por dos puentes; en Ratisbona, la ciudad de los comerciantes (*urbs mercatorum*) se levanta en las inmediaciones de la ciudad episcopal, e igual ocurre con Utrecht, Estrasburgo, etc.⁴ En Cambrai los recién llegados se rodean de una empalizada de madera que, al poco tiempo, es sustituida por una muralla de piedra. Sabemos que el recinto urbano de Marsella debió ser ampliado a comienzos del siglo XI. Sería fácil multiplicar estos ejemplos que muestran de forma inapelable la rápida expansión adquirida por las viejas ciudades que, desde el período romano, no habían conocido ninguna expansión.

En asiento de la población en los burgos se debió a la misma situación que el de las ciudades, pero se produjo en condiciones bastante distintas. En estos, electivamente, falta espacio disponible para los que llegaban.

Los burgos eran únicamente fortalezas cuyas murallas encerraban un perímetro extraordinariamente limitado, y por esta razón, desde un principio, los comerciantes se vieron obligados a instalarse, por la falta de sitio, en el exterior de ese perímetro. Construyeron un burgo de extramuros a su lado, es decir un suburbio (*forisburgus*, *suburbium*). Este suburbio es llamado por otros textos también burgo nuevo (*novus burgus*), por oposición al burgo feudal o burgo viejo (*vetus burgas*) al que estaba adosado.

³ RICHER. *Historial*, lib. III, § 103 (c. 985)

⁴ En el antiguo derecho municipal de Estrasburgo la nueva aglomeración se llama 'urbs exterior'. F. LAEUTGEN, *Urlanden Fur Städtiscben Verfassungsgeschichte*, p. 93 (Berlín, 1899).

Para designarle encontramos en Inglaterra y en los Países Bajos, un término que responde admirablemente a su naturaleza: portus. En el lenguaje administrativo del imperio romano se llamó portus, no a un puerto marino, sino a un recinto ceremonial que sirve de almacén para las mercancías de paso. La expresión pasó, sin transformarse apenas, a las épocas merovingia y carolingia. Resulta fácil comprobar cómo todos aquellos lugares a los que se aplica están situados en cursos fluviales y todos tienen un telonio establecido. Eran, pues, desembarcaderos en los que se acumulaban, en virtud del juego de la circulación, mercancías destinadas a ser transportadas más lejos. Entre un Portus y un mercado o una feria la diferencia es muy clara. Mientras que en estos dos últimos son centros de reunión periódica de compradores y vendedores, aquél es una plaza comercial permanente, un centro de tránsito ininterrumpido. Desde el siglo VII, Dinant, Huy, Maestricht, Valenciennes y Cambrai eran sedes de portus y, por consiguientes, lugares de tránsito. La decadencia económica del siglo VIII y las invasiones normandas arruinaron el negocio. Hay que esperar al siglo X para ver, no sólo como se reaniman los antiguos portus sino también como se fundan, al mismo tiempo, otros nuevos en numerosos sitios; Brujas, Gante, Ypres, Saint-Omer, etc. En la misma fecha descubrimos en los textos anglosajones, la aparición de la palabra port empleada como sinónimo de las palabras latinas urbs y civitas, y ya sabemos con qué frecuencia se emplea la desinencia port en los nombres de todos los países de habla inglesa. No hay nada que demuestre con mayor claridad la estrecha conexión que existe entre el renacimiento económico de la edad media y los comienzos de la vida urbana. Están tan estrechamente emparentados que la misma palabra que designa un establecimiento comercial ha servido, en uno de los más importantes idiomas europeos, para designar también el de la ciudad. El antiguo neerlandés presenta además un fenómeno análogo. La palabra poort y la palabra

poorter son empleadas en este idioma, la primera con el significado de ciudad, la segunda, con el de burgués. Podemos concluir casi con absoluta seguridad que los portus, mencionados tan frecuentemente durante los siglos X y XI junto a los bourgs de Flandes y regiones vecinas, son conglomerados de mercaderes (...) De la fusión gradual de estos dos elementos, en la que el primero será lentamente absorbido por el segundo, surgirá la ciudad.

Observemos antes de ir más lejos cuál ha sido la suerte de aquellas ciudades y burgos a los que su emplazamiento no les ha reservado la fortuna de convertirse en centros comerciales. Por ejemplo, para no salir de los Países Bajos, el caso de la ciudad de Teruana o el de los burgos construidos alrededor de los monasterios de Stavelot, Malmédy, Lobbes, etcétera. En el período agrícola y señorial de la Edad Media, todos estos lugares se distinguieron por su riqueza y su influencia. Pero, alejados en exceso de las grandes vías de comunicación, no fueron alcanzados por el renacimiento económico, ni si es que se puede decir de esta manera, fecundadas por él. En medio del florecimiento que éste provocó, permanecieron estériles como semillas arrojadas entre las piedras. Ninguna de ellas se erigió, antes de la época moderna, por encima del rango de una simple aldea semirural. Y no se necesita más para precisar el papel jugado en la evolución urbana por las ciudades y los burgos. Adaptados a un orden social muy distinto del que vio crecer las ciudades, no provocaron su aparición. No fueron, por hablar de alguna manera, sino los puntos de cristalización de la actividad comercial. Esta no procede de ellos, llega de fuera cuando las circunstancias favorables del emplazamiento la hacen confluir allí. Su papel es esencialmente pasivo. En la historia de la formación de las ciudades, el faubourg comercial sobrepasa en mucho la importancia del bourg feudal. Aquél es el elemento activante y gracias a él, como se podrá ver, se explica el renacimiento de la vida

municipal que no es sino la consecuencia del renacimiento económico.

Las aglomeraciones comerciales se caracterizan, a partir del siglo X, por su crecimiento ininterrumpido. Por esta misma razón presentan un gran contraste con la inmovilidad en la que persisten las ciudades y los burgos en cuya base se han asentado. Atraen continuamente a nuevos habitantes. Se dilatan con su constante movimiento cubriendo un espacio cada vez mayor de forma que, a comienzos del siglo XII, en un buen número de lugares, rodean ya por todas partes a la primitiva fortaleza en torno a la cual construyen sus casas. Desde el comienzo del siglo XI, se hizo indispensable crear nuevas iglesias y repartir la población en nuevas parroquias. En Gante, Brujas, Saint-Omer y otros muchos lugares, los textos señalan la construcción de iglesias frecuentemente a refugio en las ciudades. El renacimiento comercial sobreexcitó de tal modo los ánimos de los bandidos de todo tipo, que la imperiosa necesidad de protegerse contra ellos fomentó la iniciativa de comerciantes enriquecidos. En cuanto a la instalación y disposición de estos arrabales, sólo podemos hacernos una idea de conjunto en la que falta precisar los detalles. El modelo original es generalmente muy sencillo. Un mercado, situado junto al río que atraviesa la localidad o bien en su centro, es el punto de intersección de sus calles (*plateae*) que, partiendo desde allí, se dirigen hacia las puertas que dan acceso al campo; porque el suburbio comercial, y es importante destacar este hecho con especial atención, se rodea en seguida de construcciones defensivas.

Era imposible que fuera de otro modo en una sociedad a la que, a pesar de los esfuerzos de los príncipes y de la Iglesia, la violencia y la rapiña azotaban de manera permanente. Antes de la disolución del imperio carolingio y de las invasiones normandas, el poder real había conseguido bien que mal garantizar la seguridad pública y parece que los puertos de aquella época, o al menos una gran mayoría, fueron lugares abiertos. Pero

ya a mediados del siglo IX no existe para la propiedad mobiliaria otra garantía que el refugio de las murallas. Un texto del 845-846 indica claramente que las personas más ricas y los escasos comerciantes que aún subsistían buscaron refugio en las ciudades. Por la misma razón que los mercaderes no se atrevían a viajar sin armas, convirtieron sus residencias colectivas en plazas fuertes. (...)

Antonio Elio Brailovsky

La guerra contra el planeta.

*Los grandes desastres ecológicos de la historia
(Y cómo prevenirlos)*

Capítulo I

La Peste Negra en la Europa del Medioevo

Capital Intelectual, 2017.
Buenos Aires.

Antonio Elio Brailovsky, nacido en 1946 y licenciado en Economía Política por la Universidad de Buenos Aires en 1969, es uno de los más reputados especialistas en ecología de la Argentina. Su dedicación profesional a los estudios del medio ambiente se manifestó en la cátedra, en cargos públicos y en la escritura de numerosos libros, algunos de ellos emblemáticos, como los dos volúmenes de la Historia ecológica de Iberoamérica, que abarca De los Mayas al Quijote (2006) y De la Independencia a la Globalización (2009); Ésta, nuestra única Tierra (1992), o Introducción al estudio de los recursos naturales (1987), de la que fue compilador y coautor. Dentro de esta disciplina se pueden señalar obras como Memoria verde: Historia ecológica de la Argentina (1992), o El ambiente en la Edad Media (1997). Ha sido profesor titular en la Universidad de Buenos Aires y en la de Belgrano, y convencional constituyente, director general de la Comisión de Ecología de la Legislatura y Defensor del Pueblo Adjunto para temas de Medio Ambiente y Urbanismo de la Ciudad de Buenos Aires.

Brailovsky, Antonio Elio

La Peste Negra en la Europa del Medioevo

El ambiente en la ciudad medieval

Hace unos mil años, al comienzo de la Baja Edad Media, el aumento del comercio estimuló el crecimiento de las ciudades europeas. Una oleada inmigratoria proveniente del campo llenó las calles tortuosas y los recién llegados construyeron casas y mercados, murallas y catedrales. Junto con ellos llegaron los grandes señores, muchos de los cuales tenían sus castillos en el campo.

En esa ciudad medieval, los poderosos construyeron sus palacios, a los que les adosaron grandes torres, que les permitieron dominar militarmente a sus vecinos y se transformaron en la expresión física de su poder. En Bolonia, Italia, las familias Garisenda y Asinelli levantaron dos torres de casi 100 metros de alto, que hoy son el símbolo más conocido de esa ciudad. En San Gimignano, Italia, el perfil de las torres de los nobles y los ricos se recorta entre las colinas toscanas por encima de la muralla medieval. Por el contrario, en Cáceres, España, las torres fueron desmochadas por orden de la reina Isabel La Católica para reprimir una desobediencia de sus dueños⁸.

Desde el año mil, entonces, las altas torres son el símbolo físico del poder y el sitio desde el cual los que mandan intimidan a los que deben obedecerles. De este modo, los rascacielos de Manhattan fueron mucho más que una forma de ahorrar espacio construyendo en altura en un sitio congestionado.

Sin embargo, esa contundente expresión de poder económico y político esconde una enorme fragilidad ante cualquier contingencia.

El derrumbe de las Torres Gemelas en Nueva York puso en cuestión el modelo de levantar grandes edificios como una forma de exhibir riqueza y poder. Esto hizo que en muchos lugares se abandonaran otros proyectos para edificar nuevas torres medievales en nuestras ciudades.

“Son muy vulnerables ante un ataque terrorista”, se dijo en ese momento. El incendio y destrucción de la Torre Windsor, en Madrid, demuestra que estos edificios también son muy vulnerables ante un simple corto circuito. El rascacielos Windsor, un edificio de 106 metros de altura ubicado en pleno centro de Madrid, se incendió en enero de 2005. Bastó el roce de dos cables, provocado tal vez por una falla de material, por una pequeña gotera o por la mordedura de un roedor, para terminar con una de las grandes expresiones de soberbia económica de nuestro tiempo. El incendio comenzó en el piso 23 y, como en la película *Infierno en la Torre*⁹, los bomberos (aún con sus equipos de última generación) no pudieron llegar a esa altura para apagarlo.

En otras palabras, cada modalidad de urbanización tiene sus fortalezas y debilidades, y su especificidad en los riesgos ambientales que pueden correr. Por su forma de crecimiento, la mayor parte de las veces espontáneo y no planificado, las ciudades medievales presentan una variedad extraordinaria. “Cada una de ellas posee una fisonomía y un carácter propios.

⁸ Brailovsky, Antonio Elio, *El ambiente en la Edad Media*, Prociencia-CONICET, Buenos Aires, 1997.

⁹ Guillermin, John (director), *Infierno en la torre* [cinta cinematográfica], Estados Unidos: Twentieth Century Fox Film Corporation, Warner Bros, 1974.

Se diferencian entre sí, igual que se diferencian los hombres”¹⁰.

Estas peculiaridades de las ciudades medievales hacen que sea particularmente rico tratar el ambiente urbano en algunos ejemplos seleccionados.

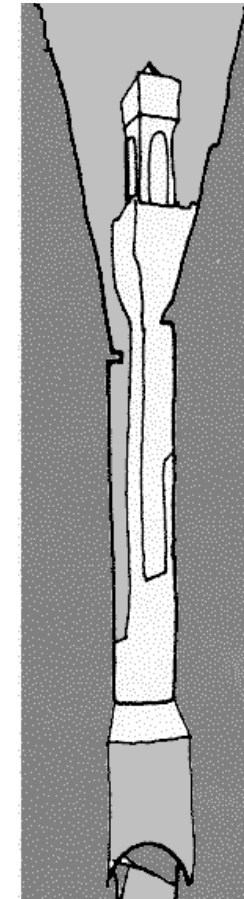
Venecia es el mejor regalo que nos dejó la violencia de su tiempo. Fundada en el agua para protegerla de las invasiones de los bárbaros, su historia muestra una evolución ligada a las modificaciones del medio natural. El primitivo emplazamiento de Venecia era la isla de Torcello. Sin embargo, “las transformaciones físicas del ambiente, debidas a la aportación de los ríos y a la formación de zonas pantanosas, la desaparición total de algunos islotes, por motivos no fácilmente identificables, llevaron bastante rápidamente a la decadencia y el abandono de este archipiélago por otras costas”¹¹.

La ocupación de las diferentes islas de la laguna de Venecia se hizo según criterios ambientales. Por ejemplo, las fábricas de vidrio venecianas fueron trasladadas a Murano en prevención de los incendios, en una época en que las casas y los edificios eran de madera. Poco después, se decidió transformar la ciudad entera a ladrillo y mármol, lo que significó un enorme esfuerzo, ya que todos los materiales de construcción llegaban en botes. También los venecianos se adelantaron en varios siglos a las normas sobre ambiente laboral, al establecer restricciones sobre el trabajo infantil en las industrias peligrosas¹².

Los venecianos eran conscientes de que su destino estaba ligado al del agua. A tal punto que, durante la Edad Media y el Renacimiento, cada nuevo duque de

la República Veneciana asumía su cargo en una gran ceremonia nupcial en la que se casaba con la mar y arrojaba un anillo de oro al agua. Un edicto del siglo XVI de los Magistrados de las Aguas, que refleja esta antigua concepción, trata a la contaminación del agua de un modo semejante a la traición a la patria. “La ciudad de los venecianos, fundada por la Divina Providencia en el agua, y protegida por ésta, está defendida como por un muro de agua. Por tanto, cualquiera que ose infligir daño a las aguas públicas será considerado enemigo de la patria, y castigado con una pena no menor que la aplicada a quien violare las sagradas fronteras de la patria.”¹³

Este temprano ecologismo de los venecianos tiene su razón de ser: la extrema vulnerabilidad de la ciudad con respecto a la provisión de agua potable, que tenía que traerse en botes aguateros. “Un viajero describe las embarcaciones que cargan agua dulce. ‘La barca va a tierra firme para las cosas necesarias e, incluso, para el agua’, dice. Traen la necesaria para la vida de la ciudad, aunque también en ella se hallan cisternas en cada casa e incluso fuentes comunales.”¹⁴ En cambio, el paisaje y el ambiente urbano de Constantinopla eran completamente distintos. La capital del Imperio bizantino no era como Roma, que se contentaba con consumir sin producir nada. Constantinopla era un enorme taller industrial y artesanal, que producía para la exportación y tenía los problemas del ambiente urbano derivados de ese conjunto de actividades. En ella vivían casi un millón de personas, lo que significaba un fuerte contraste con las pequeñas ciudades europeas. Tenía un importante sistema de provisión de agua, basado en grandes



La torre como símbolo del poder ciudadano y la prosperidad burguesa.
Fuente: Baker, Geoffrey. *Análisis de la forma. Urbanismo y arquitectura*. México. GG. 1998.

¹⁰ Pirenne, Henri, *Las ciudades de la Edad Media*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1992.

¹¹ VV. AA., *Venecia y sus tesoros*, Edizioni Storti, Venecia, 1977.

¹² Derry, Thomas y Williams, Trevor, *Historia de la tecnología: desde la Antigüedad hasta 1750*, Siglo XXI Editores, Ciudad de México, 1994.

¹³ Citado en el Museo Naval de Venecia.

¹⁴ Guglielmi, Nilda, *Guía para viajeros medievales: Oriente. Siglos XIII-XV*, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Programa de Investigaciones Medievales, Buenos Aires, 1994.

acueductos que terminaban en cisternas monumentales¹⁵.

En medio de la ciudad había cultivos en “valles en los que sembraban trigo, tenían viñas y había también muchos huertos”. El gran palacio de los emperadores bizantinos sobre el Bósforo era una verdadera ciudad dentro de la gran ciudad: la suntuosidad de sus edificios y jardines ejercía un efecto de gran fascinación. Sin embargo, “las viviendas eran a menudo construcciones primitivas de ladrillo, las calles estrechas, oscuras y llenas de basura”¹⁶. De uno de sus barrios [Gálata], se decía que los zocos de esta parte eran sucios, “atravesados por un riachuelo inmundo”¹⁷. No sólo había cultivos en el interior de las murallas de Constantinopla. La ciudad alemana de Colonia mantuvo durante siglos amplias zonas reservadas a la agricultura. También hubo espacios verdes en el interior de otras ciudades. “En muchas ciudades [francesas], la mayoría de las casas estaban provistas, por su parte trasera, no sólo de un patio donde se llevaban a cabo actividades profesionales o domésticas, sino de un jardín o huertecillo. Ni siquiera el urbanismo regional, más restringido, ignoraba totalmente este fenómeno. El catastro más antiguo de Arlés señala la presencia de un jardín en las Arenas. El arzobispo de Arlés tenía el suyo en su *cit *, igual que el papa en Aviñón. Por muchos más motivos, los jardines abundaban en toda la Francia del norte y del oeste. Lo cierto es que buscaban con predilección la sombra de las murallas, del lado de adentro.”¹⁸ Hay datos semejantes sobre Reims y Besanz n.

¹⁵ Brailovsky, Antonio Elto, *El ambiente en la civilización grecorromana*, Prociencia-CONICET, Buenos Aires, 1997.

¹⁶ VV. AA., *Bizancio el magnífico*, SARPE, Madrid, 1985.

¹⁷ Guglielmi, Nilda, *Guía para viajeros medievales: Oriente. Siglos XIII-XV*, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Programa de Investigaciones Medievales, Buenos Aires, 1994.

¹⁸ Ari s, Philippe y Duby, Georges, *El individuo en la Europa Feudal*, Taurus, Madrid, 1991.

Las diferentes condiciones ambientales de las ciudades medievales generaban, a su vez, normas y políticas diferentes hacia el ambiente urbano. En 1099, en Beauvais, Francia, la autoridad municipal llevó a cabo un proceso contra los tintoreros que habían contaminado de tal manera el curso del río que no podían funcionar los molinos¹⁹.

Durante la Edad Media, París estaba bastante lejos de ser un paraíso. En el año 500, los reyes francos ocuparon las ruinas de un viejo castillo romano, pero no tuvieron ningún interés en construir una ciudad. Fueron las organizaciones religiosas las que se encargaron de poblar París a partir de monasterios ubicados en las colinas de ambos lados del Sena. La base de su existencia fueron las tierras. En consecuencia, el antiguo París tenía un muy pequeño núcleo fortificado y amplias zonas de cultivo, las que permanecieron así hasta que la Revolución Francesa obligó a los monasterios a convertir las tierras de labranza en parcelas para construir viviendas.

En cada momento de la Edad Media, las ciudades se fundaron o se desarrollaron con criterios distintos. “[En Francia] las ciudades nuevas del siglo XIII, planificadas por las autoridades responsables, muestran calles sensiblemente más anchas, hasta de 11 metros por ejemplo en Libourne, plazas espaciosas y una cuadrícula geométrica de vías rectilíneas. Las raras operaciones de urbanismo, llevadas a cabo a finales de la Edad Media atestiguan, a la vez, un innegable sentido del espacio y la armonía. Lo mismo se diga de las miniaturas que pretenden representar la ciudad ideal. Cuando una ciudad tenía la suerte de poseer una plaza de bellas dimensiones, se esforzaba por conservarla resistiendo a los apetitos de los promotores

¹⁹ Pirenne, Henri, *Las ciudades de la Edad Media*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1992.

y ‘vendedores de lotes’ y, en caso de necesidad, revalorizándola”²⁰.

Hacia el fin de la Edad Media, un viajero describió el uso del espacio y la infraestructura de saneamiento de Malinas, Bélgica: “Soberbia ciudad, enorme y muy fortificada. En ninguna otra parte habíamos podido advertir calles más espaciosas y más elegantes. Están pavimentadas con piedras pequeñas, y los lados se inclinan con una ligera pendiente, de suerte que el agua y el barro corren perfectamente”²¹.

Las viviendas

Las condiciones ambientales de las viviendas urbanas presentaban toda clase de contrastes. Hay casos en los que predominaba la piedra o la madera, la arcilla seca o el ladrillo. En algunos, la pizarra o la laja de piedra; en otros, las tejas o los techos de cubierta vegetal. Los problemas se plantean de diferentes maneras, en función del clima, del tamaño de la ciudad, de la densidad de población, de las actividades productivas o de la coyuntura histórica.

Las casas de la gente común no eran tan estrechas para nuestros criterios actuales, como podría pensarse. Un frente podía tener entre tres y siete metros, y una profundidad del orden de los siete a diez metros, en dos plantas. A lo largo de la Edad Media, muchos municipios primero recomendaron y después impusieron la eliminación de los techos de paja por los continuos incendios.

La ausencia de patios hacía que las casas fueran a menudo oscuras y mal ventiladas y generaba la costumbre, tan extendida aún, de colgar la ropa en las ventanas que dan a la calle.

²⁰ Ariès, Philippe y Duby, Georges, *El individuo en la Europa Feudal*, Taurus, Madrid, 1991.

²¹ Ariès, Philippe y Duby, Georges, *El individuo en la Europa Feudal*, op. cit.

Muchas casas, pero no todas (y con frecuencia, ni siquiera la mayoría), tenían letrinas o retretes. Recién a fines del siglo XV, se consideró normal su presencia. El Parlamento de Ruan fue uno de los primeros consejos municipales en establecer su obligatoriedad. A veces, los vecinos se ponían de acuerdo para cavar un pozo negro de uso común y pagar a medias los costos de su limpieza. Sin embargo, esos retretes seguían siendo pocos en la mayoría de las ciudades europeas. Un indicio de que su uso no era frecuente (y que en muchos sitios no había costumbre de usarlos) es la queja de los indígenas mexicanos contra los conquistadores españoles por hacer sus necesidades en cualquier parte en vez de emplear las letrinas.

Por eso, algunos municipios avanzados (como Ruan) hicieron edificar en el siglo XV letrinas comunes, por ejemplo, sobre las murallas o sobre las canalizaciones, y establecieron una separación entre las destinadas a los hombres y las reservadas a las mujeres o a los niños²². Puede observarse un modelo de este tipo de letrinas en la Fortaleza de Santa Teresa, ubicada en el departamento de Rocha, Uruguay. El hueco de la letrina daba al lado de afuera de la muralla, donde se formaba un estercolero, que se utilizaba para fertilizar los campos. De este modo, la ciudad medieval transformaba los desechos humanos en recursos productivos, mientras que nuestras ciudades los emplean para contaminar los ríos²³.

El fantasma de la peste

Mientras las ciudades eran pequeños asentamientos aislados, no sufrieron eventos catastróficos. Si había una enfermedad o una epidemia en una población pequeña, el evento afectaba a muy pocas personas.

²² Ariès, Philippe y Duby, Georges, *El individuo en la Europa Feudal*, Taurus, Madrid, 1991.

²³ Puede verse una descripción del rol de este tipo de estercoleros en una abadía benedictina en la novela de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*. Lamentablemente, la adaptación cinematográfica de la novela no lo muestra adecuadamente.

Los intercambios humanos entre unos y otros grupos eran escasos, y con ellos, también eran escasos los contagios.

A fines de la Edad Media, las ciudades crecieron por efectos del comercio. Al poner la mirada en el intercambio, se organizaron nuevas y mayores corporaciones, se ampliaron los barrios, el orden urbano y social se hizo más complejo. El crecimiento urbano genera siempre en los habitantes una sensación de seguridad y orgullo. Pero no se toman las precauciones sanitarias que, mal o bien, tomaban los romanos y que les permitían atenuar en algo los riesgos de epidemias. Así, al fin de la Edad Media volvió a aparecer dramáticamente el problema de la insalubridad de las ciudades.

Entre 1348 y 1350, una epidemia de peste mató a la cuarta parte de la población europea, en el peor desastre de la historia de la humanidad. La peste es una enfermedad bacteriana, de efectos mortales, transmitida por una pulga que llevan ratas y roedores. La enfermedad también es mortal para las ratas, lo que hace que las pulgas que la transmiten recién comiencen a buscar seres humanos cuando los roedores que parasitan ya han muerto²⁴. Produce fiebres altas, grandes dolores y postración, y causa la muerte en cinco o seis días.

La Peste Negra debe su nombre a las manchas oscuras que aparecen en los cuerpos de los enfermos. Comenzó en 1348 en Italia, donde la habían llevado los barcos mercantes que venían de los puertos del Mar Negro. Su efecto era más catastrófico en las poco higiénicas y hacinadas ciudades de la época que en el campo.

El mal viajaba en los barcos

²⁴ Benedictow, Ole, *La peste negra, 1346-1353. La historia completa*, AKAL, Madrid, 2011.

Para ver por qué los barcos eran los vehículos necesarios para transmitir las epidemias, tenemos que describir un poco cómo era la higiene a bordo. Fray Félix Fabri hace el peregrinaje a Tierra Santa en 1480 y 1483, y describe el interior de una de las galeras en que viajó.

“La higiene era sumamente precaria —dice la investigadora Nilda Guglielmi—. Se detiene fray Félix en la consideración de los lugares destinados en la nave a responder a las necesidades naturales de los pasajeros. Cada uno de ellos estaba provisto de un orinal. Pero, puesto que el lugar era sumamente estrecho y oscuro y muchos los que deambulaban, era raro que durante la noche no tropezaran unos con otros. Además, si alguno de los durmientes se veía constreñido en las horas de reposo a ascender a cubierta, fácilmente volcaba unos cinco o seis de tales vasos. ‘Lo que determina un hedor intolerable’. A la mañana, cuando los pasajeros se levantaban y deseaban atender a sus necesidades, tenían que ascender a cubierta, donde había lugares especiales a una y otra parte de la popa. [Estos lugares] eran menos confortables aún durante las tempestades, ya que quien estaba adentro corría el riesgo de mojarse completamente, por lo que algunos optaban por despojarse de sus vestiduras antes de entrar. Para no hacer tan penosa la convivencia en tan estrecho e inhóspito lugar, es necesario que los pasajeros se aseen todo lo posible. Considera fray Félix que debido a los muchos sudores y olores crecen gusanos tanto en las vestiduras como en los pelos de la barba y de la cabeza. La difícil higiene, única posible en la nave, la escasa pulcritud de algunos tripulantes hacía que la galera exhalara un terrible hedor, que se hace más intenso en las galeras viejas que en las nuevas. Esa fetidez surge ‘de los orinales, de los vasos de los enfermos, de las cajas de los alimentos, de los quesos y de las carnes, de las aguas corrompidas, de los lechos y las vestimentas traspasadas por los sudores, del establo de las bestias, de la cocina, de la sentina, de los miserables galeotes, de todo ello se exhala un hedor como si fuera un hospital lleno de enfermos yacientes.

Además, hay que contar con el hedor de la sentina, con las pulgas, las moscas, los gusanos, las ratas ‘que corren durante toda la noche y roen las cajas de alimentos y los

ensucian, y destruyen las almohadas y los zapatos y caen sobre los rostros de los que duermen”²⁵.

Ciudades devastadas

La epidemia mostró que las ciudades medievales, más allá de sus grandes diferencias, no estaban en condiciones ambientales de resistirla. La peste se extendió gradualmente por Italia y a los dos años había llegado ya a España, Francia, Inglaterra, Europa central y Escandinavia. “Cada año, la epidemia llegaba a su punto máximo a finales del verano, cuando las pulgas eran más abundantes, desapareciendo en invierno sólo para surgir de nuevo en primavera”²⁶.

Las víctimas fueron tantas, que durante mucho tiempo se creyó que los testimonios de época eran exagerados. Recién ahora se los empieza a tomar al pie de la letra. Florencia redujo de 90 mil habitantes a la mitad. Siena pasó de 42 mil habitantes a 15 mil. Hamburgo perdió dos tercios de su población. Venecia perdió 47 mil personas de una población de 160 mil. Marsella tenía 90 mil habitantes y murieron 40 mil. París perdió gran parte de su población. Desde el siglo XI hasta el XIV, París había estado en continuo crecimiento. Después llegó la Guerra de los Cien Años contra Inglaterra, la peste y diversas formas de crisis económica que provocaron un período de decadencia. “Antes de la peste, París contaba con 200 mil habitantes. Hacia el año 1400 oscilaban entre 60 y 80 mil. El proceso depresivo siguió su curso hasta el último tercio del siglo XV. El mantenimiento de las calles y edificios sobrepasó, en tiempos de crisis, los ingresos de la economía. Los reyes habían abandonado su capital y organizado su corte en castillos situados en el

campo. En las enlodazadas calles de París se corría el peligro de morir devorado, de noche, por los lobos”²⁷. Para el conjunto de Europa, la mortalidad fue tan grande que tardaron dos siglos en recuperar los niveles de población anteriores a la peste. El avance de las ciudades sobre los barrios bajos, en zonas crecientemente insalubres, planteó situaciones de riesgo ambiental para toda la población de la ciudad y no solamente para los que ocuparon esas áreas.

También hubo epidemias en las ciudades musulmanas. Los viajeros dicen que, en 1476, una epidemia mató a 124 mil personas en El Cairo. También afirman que, durante la peste de 1492, que azotó a la ciudad durante dos meses y medio, habrían muerto 1.700 mil personas²⁸. Recordemos que la ciudad medieval musulmana es mucho más grande que la ciudad cristiana, lo que hace previsible una mayor cantidad de víctimas.

El campo no está a salvo

Hasta aquí, lo que sabíamos o, en realidad, lo que creíamos saber. Cuando hay muchas personas juntas y una se enferma, contagia enseguida a las demás. Por consiguiente, en una epidemia debería morir más gente en las ciudades que en el campo. Sólo que nunca hay que dar nada por sabido. Ese modelo sirve muy bien para comprender la viruela, que se contagia de persona a persona. Pero la peste se contagia a través de las pulgas de las ratas, que están más en contacto con la gente de campo que con las de la ciudad. En este caso, la mortalidad fue mucho mayor en las zonas rurales que en las urbanas, precisamente por la



Carro cargado con víctimas de la peste, en Elliant, tirado por una mujer con la ropa hecha jirones. Litografía de Moynet basada en las Colecciones de Duveau. (Wikimedia Commons)

²⁵ Guglielmi, Nilda, *Guía para viajeros medievales: Oriente. Siglos XIII-XV*, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Programa de Investigaciones Medievales, Buenos Aires, 1994.

²⁶ Langer, William, “La muerte negra”. En: *La ciudad, su origen, nacimiento e impacto en el hombre*, Ediciones del Scientific American, Barcelona, 1962.

²⁷ Braunfels, Wolfgang, *Urbanismo occidental*, Alianza, Madrid, 1987.

²⁸ Guglielmi, Nilda, *Guía para viajeros medievales: Oriente. Siglos XIII-XV*, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Programa de Investigaciones Medievales, Buenos Aires, 1994.

mayor proximidad de los vectores. Pero la mayoría de los registros eran urbanos²⁹.

Dios y el Diablo

La forma en que una cultura absorbe y retraduce los efectos de una catástrofe ecológica puede darnos una idea de las dificultades concretas para hacerle frente. La imaginación popular no reconoce causalidades médicas ni ambientales, sino que entra en el terreno de lo divino o lo demoníaco.

En ocasiones, la peste es castigo de Dios y las ciudades se llenan de penitentes y flagelantes que tratan de adelantar con un látigo los daños que Dios pretende cobrarse sobre sus cuerpos. En su película *El séptimo sello*, Ingmar Bergman muestra una ola de arrepentimiento místico que alcanza las fibras más íntimas de la gente. Es por un acto, quizás por un pensamiento o eventualmente por un sueño, que Dios se lleva a tantas personas aparentemente inocentes. Nadie está libre, nadie, y mucho menos aquellos que no saben de qué arrepentirse.

Pero también se puede morir por obra del demonio: “¡Los leprosos han envenenado el agua!”, dicen en un pueblo. En otros, son las brujas o los judíos. Las voces susurran historias de desconocidos que llegan de noche y reparten unos polvos extraños entre los pobres y las brujas, para que ellos dispersen el veneno. En otras ciudades, los aliados del diablo serán los ricos, inquietos por la excesiva proliferación de los pobres. La proximidad de la muerte relaja los controles sociales. Aparecen bandas de saqueadores, que logran llevarse el contagio junto con el oro.

El rey francés Felipe de Valois preguntó a la facultad de Medicina de París la causa de la epidemia de la Peste Negra. Le contestaron que era “una enfadosa

²⁹ Suárez, Susana, “La Muerte Negra. La catástrofe más grande de todos los tiempos”, Estudios Históricos- CDHRP-, N° 5, Año 2, noviembre de 2010.

conjunción entre los tres planetas superiores, Saturno, Júpiter y Venus, en el signo de Piscis”. En epidemias anteriores habían decidido excomulgar a los insectos, ratas, babosas y caracoles, pensando que podían ser responsables de la enfermedad³⁰.

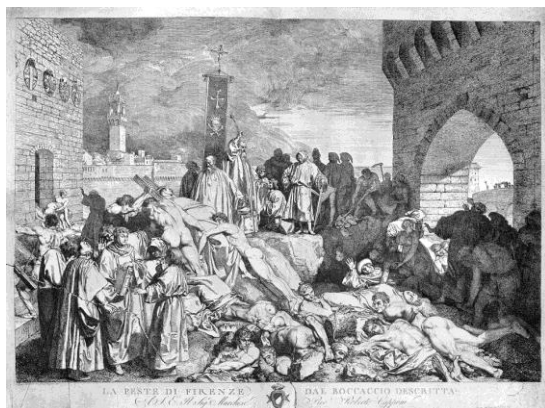
Las medidas de prevención fueron escasas. Unas de ellas fue la exigencia de algunas ciudades europeas de que los visitantes dejaran sus ropas para entrar a la ciudad y utilizaran otras provistas por la misma ciudad. Como el vehículo de contagio eran las pulgas y estos insectos se ocultan entre los pliegues de las telas, suponemos que la medida fue adecuada.

La muerte en Florencia

Un cronista florentino de la época cuenta:

Todos los ciudadanos hacían poco más que cargar cadáveres para que fueran enterrados [...] En cada iglesia cavaban profundas fosas hasta la napa de agua; y así, aquellos que eran pobres y morían durante la noche, eran recogidos rápidamente y arrojados a la fosa. Por la mañana, cuando un gran número de cuerpos de hallaba en la fosa, tomaban un poco de tierra y la echaban con palas sobre ellos; más tarde otros cadáveres eran depositados sobre ellos y entonces ponían otra capa de tierra, tal como uno hace lasaña con capas de pasta y queso³¹.

En un ámbito donde el sexo es considerado pecaminoso, hombres y mujeres unen sus cuerpos en una triste orgía final. Los nobles y los ricos —relata Boccaccio en *El Decamerón*— se aíslan en casas de campo y se cuentan unos a otras historias eróticas para olvidarse del fin del mundo.



La peste en Florencia. Ilustración del Decamerón de Bocaccio. Wellcome Library
<https://elpais.com/elpais/imagenes/2015/02/23>

³⁰ Gargantilla, Pedro, *Enfermedades que cambiaron la historia*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2016.

³¹ Suárez, Susana, “La Muerte Negra. La catástrofe más grande de todos los tiempos”, Estudios Históricos- CDHRP-, N° 5, Año 2, noviembre de 2010.

Todos, de este modo, parecía que se cuidaban sólo de aguardar la llegada de la muerte, desentendiéndose de los futuros frutos de los ganados y de la tierra, y de sus pasados sudores, esforzándose únicamente en consumir lo que tenían a mano. Fue tanta y tan grande la crueldad del cielo, y quizá la de los hombres, que, desde marzo a julio siguiente, a causa del poder de la peste, eran muchos los enfermos necesitados y, a la vez, abandonados por el miedo de los sanos. Créese que alrededor de unos cien mil seres humanos perecieron dentro de los muros de la ciudad de Florencia, donde antes de la mortandad no se creía que hubiese tantos moradores³².

En todo esto hubo más una preparación para la muerte que un intento de evitarla. Fueron tantas las energías volcadas en los aspectos simbólicos de la peste, que se destinaron muy pocas a sus aspectos materiales: limpieza de edificios y de personas, cuarentena de viajeros, controles sanitarios, entierro de muertos, consuelo a los familiares de las víctimas, estrategias de prevención o de evacuación ordenada. El terror fue tan grande que neutralizó las posibilidades de defenderse. Quizás reflexionar sobre este aspecto nos ayude a evitar que se repita lo mismo en otras emergencias.

La economía del desastre

Todos los desastres tienen sus facetas económicas, aunque lo habitual es que sus protagonistas no puedan percibirlas. Sabemos que las poblaciones humanas tienen escasos enemigos naturales que controlen su crecimiento. La Europa previa a la Peste parece haber estado superpoblada. La reducción en, por lo menos, la cuarta parte de la fuerza de trabajo hizo que muchos campos de cultivo quedaran abandonados, “con el consiguiente avance del bosque, la maleza y la vegetación espontánea a expensas de las tierras de cultivo”³³.

³² Boccaccio, Giovanni, *El Decamerón*, Bruguera, Barcelona, 1979.

³³ Wickham, Chris et al. *Las crisis en la historia*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1995.

La reducción de los cultivos genera condiciones de escasez. Durante un período muy prolongado, del orden de un siglo, regiones que anteriormente eran agrícolas se vieron forzadas a importar trigo o a reemplazarlo por otros granos en la elaboración de pan. Inclusive, se armaron barcos corsarios para robar cargamentos de trigo a fin de abastecer a las ciudades que sufrían la escasez³⁴.

Como la ganadería requiere menos mano de obra, se expande esta actividad. Aumenta la incidencia de las carnes y los lácteos en la dieta europea. “La contracción del área roturada, además de generar más pastos para las ovejas y las cabras permitió, al reducir la demanda de animales de trabajo, destinar una parte de la cabaña vacuna a la producción de leche”³⁵. En otras palabras, el enorme peso que tiene el queso en la dieta europea es una lejana consecuencia de la Peste Negra del período medieval.

La Peste cambió la relación entre la tierra y el trabajo. El fenómeno tiene dos caras. En algunas zonas (principalmente en Europa Occidental), al faltar trabajadores, estos pudieron hacer valer mejores condiciones de contratación. Hubo una etapa de incremento de los salarios reales, que duró hasta que la población aumentó lo suficiente como para satisfacer la demanda de mano de obra. En otras zonas (especialmente de Europa Oriental) se reforzaron los vínculos feudales y el trabajo forzoso³⁶.

³⁴ Salas Salvadó, Jordi et al., *La alimentación y la nutrición a través de la historia*, Glosa, Barcelona, 2005.

³⁵ Salas Salvadó, Jordi et al., *La alimentación y la nutrición a través de la historia*, op. cit.

³⁶ Covarrubias, Isaías, *La economía medieval y la emergencia del capitalismo*, B – EUMED, 2000.

La ciudad ideal del Renacimiento

A partir del libro:

Las Ciudades y su historia.
Una aproximación

Gustavo Munizaga Vigil
Ed. Alfaomega Chile. 1999
Edición original. 1997

Con el Renacimiento de Europa, se introducen en la civilización nuevos conceptos políticos y filosóficos que actuaron sobre la trama social y física medieval pre-existente. Con el desarrollo de la filosofía y el humanismo, de las ciencias positivas de las artes clásicas y la geometría, en este período y sobre todo en Italia, la ciudad europea se tornó gradualmente en un objeto de arte y de especulación política y arquitectónica. En este período se desarrollaron conceptos innovativos y esquemas teóricos ideales de la ciudad, sea como construcciones estéticas o políticas, las que sólo algunas veces, las menos, llegan a ser realizadas. Así, Campanella, al plantear un nuevo orden social en su obra «La Ciudad del Sol», describió a la ciudad que imaginara precisada en sus detalles físicos y geométricos:

«... en el centro de una vastísima llanura surge una elevada colina, sobre la cual descansa la mayor parte de la ciudad. Sin embargo, sus numerosas circunferencias se extienden mucho más allá de las faldas del Monte, de modo que el diámetro de la ciudad tiene dos o más millas, y siete el recinto íntegro. Por el hecho de encontrarse edificada la ciudad sobre una colina, su capacidad es mayor que si estuviera en una llanura. Se halla dividida en siete grandes círculos o recintos, cada uno de los cuáles lleva el nombre de uno de los siete planetas»
....

El Renacimiento y la ciudad ideal europea

Hacia fines del siglo XVI, cuando comenzaba el Renacimiento, la población de Inglaterra, el país más urbanizado de Europa, era de cinco millones y medio de habitantes, incluyendo como relata Tomás Moro, «Cerca de medio millón de vagabundos y gente incapaz de subsistir sin la caridad pública». Sin embargo, pese a sus problemas, las ciudades comenzaron a predominar en la vida social y económica, aunque la agricultura era todavía la ocupación principal y casi la totalidad de los habitantes aún vivía en el campo.

La relación campo-ciudad se daba en forma más fluida posiblemente en Italia. Pero ninguna ciudad europea en el siglo XVI, excepto Londres, tenía más de 80 000 habitantes. Europa todavía no llegaba a los índices de urbanización, a los niveles de organización administrativa ni a la escala tecnológica de una gran capital del mundo antiguo como fueron Roma o Alejandría. El hombre renacentista se desarrolló con un criterio inquisitivo y artístico universal, configuró el espacio y tendió a ordenar lo informe, lo natural por la geometría y la perspectiva que eran las leyes que determinarían a las ciudades. Así, por el poder de la política estatal naciente de los príncipes, que culminaría en los siglos XVI y XVII, las ciudades se renovaron en toda Europa y especialmente en Italia. Así como las ciudades fueron llevadas al plano de utopías geométricas, rara vez apoyadas en la realidad geográfica, igualmente las estructuras sociales urbanas fueron llevadas a la utopía política. En los siglos XVI y XVII aparecieron como ejemplos la «Utopía» de Moro,

la «Civitas Solis» de Tomaso Campanella y la «Nueva Atlántida» de Francis Bacon (fig.10).

En general, estas sociedades ideales apuntaron hacia una homogeneización y ordenamiento social de sus ciudadanos con jerarquías de deberes y derechos, en contra de toda actividad meramente lucrativa y a favor de una tecnología, en un sentido «futurista» y mágico, en la cual el ciudadano viviría feliz en sociedades autoritarias y sin conflictos.

En los años siguientes a las guerras religiosas europeas por la reforma protestante de los siglos XVI y XVII, se produjo un crecimiento significativo de la población urbana y migración de la población rural en Europa. Hacia 1650 el mundo llegó a contar con 400 millones de habitantes y en 1700 tenía ya 800 millones. El uso del espacio se incrementó desde 1650; la densidad media en Europa se calcula en 9 personas/milla. En 1800, en los albores de la Revolución Industrial, llegó a 19 personas/milla

La ciudad artefacto

El complejo organismo de la ciudad del Medioevo, con sus múltiples tradiciones, ya es algo extraño para el Renacimiento. Con el descubrimiento del espacio matemático y de la geometría, que la imagen entera está calculada desde el único punto de vista del individuo» se produce la reformulación como un objeto de la ciudad». El Renacimiento no fue tiempo del construir espontáneo sus múltiples complejas funciones, sino del diseño, formalizando geoméricamente la ciudad. En el Renacimiento la ciudad cae en manos de especialistas, teóricos y arquitectos, y por ello fue vista como una obra de arte, ya no resultado de una comunidad en desarrollo gradual, sino generalmente, de la visión de un príncipe y de la genialidad del artista que busca su perfección estética. (Roma, Milán, Rímini, Escorial, Fontainebleau, Tívoli, Vicenza, Charlesville) (fig. 11).

El Renacimiento, por ello, apareció centrado en un esquema o arquetipo de la ciudad concéntrica y geométrica, que dominó por siglo y medio, desde Campanella en la teoría a Filarete y Di Giorgio entre los urbanistas. En la base del trazado renacentista urbano «estaba la teoría de la construcción central» como explica Gideon, dominó como modelo y método el punto de vista único y la perspectiva, y las ciudades fueron casi siempre esquemas formalísticos similares de la ciudad ideal radioconcéntrica. A la preocupación por la forma, el Renacimiento añadió, la de la defensa, en fortificaciones contra una incipiente artillería. La seguridad del muro medieval que en cierto modo fue un límite de lo que era ciudad, en el siglo XVI había desaparecido por la utilización de la pólvora y las nuevas máquinas de guerra. Apareció la nueva ciencia de las fortificaciones y una nueva arma, la artillería. De aquí se desarrolló el esquema de la ciudad estelar que dominó tan insistentemente en los trazados; dentro de un polígono regular de bastiones, las calles radiales conducen a un edificio central. Son ejemplos Palmanuova (1593), Vitry-le-François (1545), Wilhelmstadt (1647) y los esquemas de fortificaciones de Leonardo de Vinci para Ludovico Sforza, duque de Milán.

La ciudad estelar del Renacimiento fue la racionalización del tipo ideal definido en aquel período, con la catedral, el castillo o la plaza como núcleo de la ciudad y uno, dos o hasta cuatro anillos o polígonos regulares que la circundan.

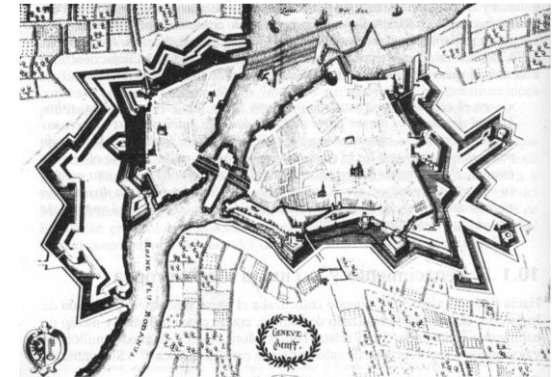


Figura 10. Ginebra. 1642

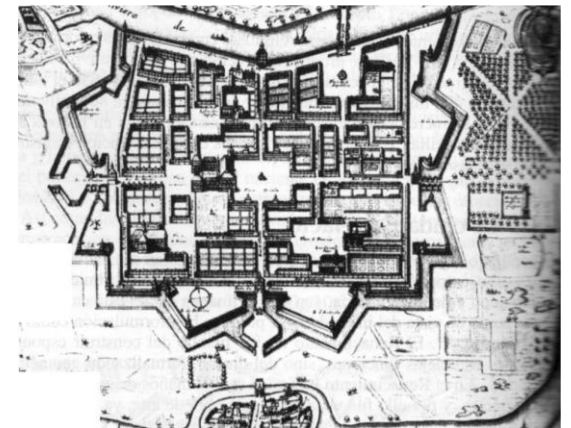


Figura 11 Charlesville. Bélgica. 1656

Reedición del capítulo 6 del libro:
La Plaza Mayor
El urbanismo, instrumento de dominio
colonial

Miguel Rojas-Mix
Muchnik Editores
Barcelona 1978

Miguel Rojas Mix nació en Chile en 1934. Cursó estudios de abogacía e Historia y Geografía en Chile. Es Doctor en Filosofía por la universidad de Colonia, Alemania. Se desempeña como profesor de economía política, Historia antigua y de Historia del arte, en las facultades de Santiago, Concepción y Valparaíso. Funda y dirige el Instituto de Arte Latinoamericano. Desde 1973, reside en Francia, y se desempeña como docente de la Universidad de Vincennes y en la Sorbona. Recientemente ha sido distinguido Doctor Honoris causa por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Rojas-Mix produce una interpretación de la ciudad americana a partir de la descripción de uno de sus espacios significativos, la plaza mayor.

“La plaza aparece como un signo de valor con relación a su entorno y toda la ciudad se refleja en ella”. (Rojas-Mix, 1978, 187).

El autor se propone reconstruir el funcionamiento de la plaza como sistema de significación considerando el espacio urbano como significante. Según sus propias palabras, el corpus sobre el que recae la investigación es el conjunto de fenómenos que constituye “la plaza”.

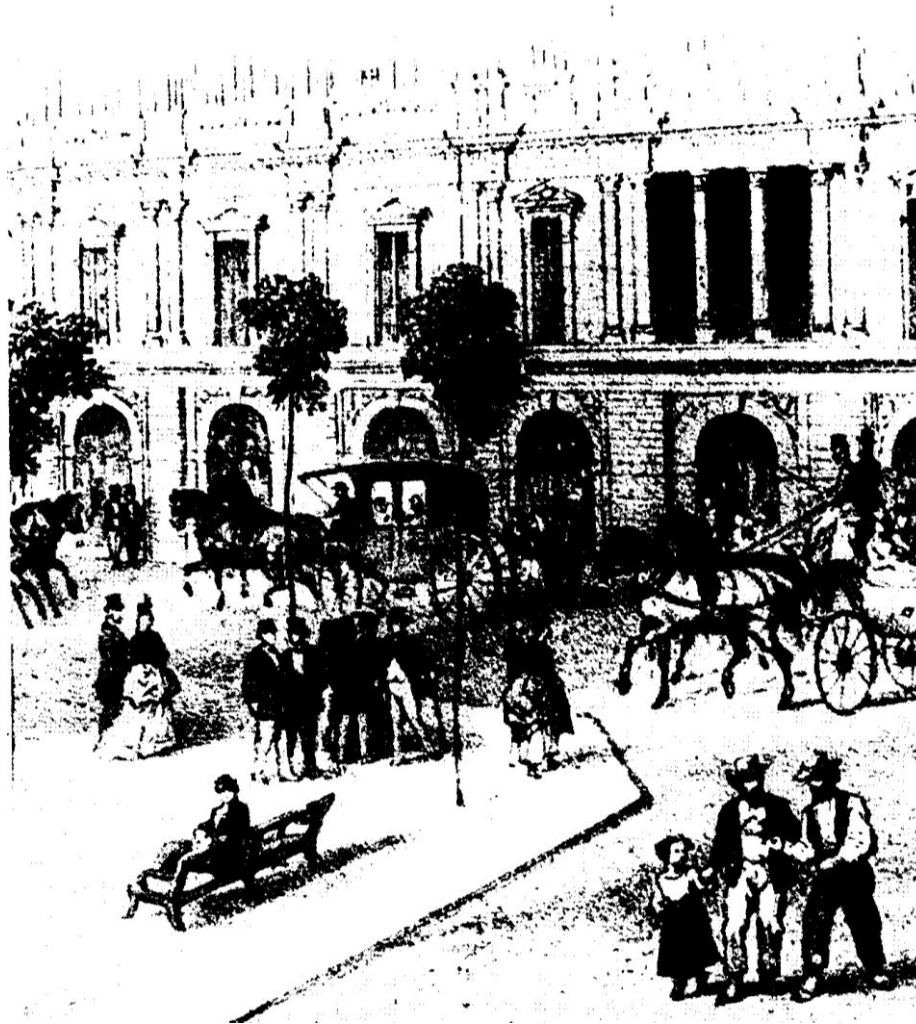
Con relación a la temporalidad, utiliza simultáneamente métodos diacrónicos y sincrónicos, es decir, toma la historia como sucesión de acontecimientos (diacrónica) pero que puede detenerse en determinados cuadros, que representan los cortes sincrónicos sobre los que se centrará el análisis.

Aclara el autor que los cortes sincrónicos no representan en este caso cortas duraciones.

Con relación al método, plantea como principio que “no se puede entender la ciudad si no se ve la vida circulando por ella. El fenómeno urbano es la villa y sus habitantes.” (ibíd., 188).

Rojas-Mix, Miguel

La Plaza Mayor, módulo de estructura urbana en las ciudades de América Española



Vista de la Plaza Mayor y de la Catedral de Guatemala (detalle).

La plaza es un módulo que se repite en todas las ciudades, pueblos o villorrios que se fundan en América española. Es un módulo estructural. Al enfocar la vida de la ciudad dentro de los límites de la plaza, observamos una historia que transcurre semejante en el «cada día» de todas las villas hispánicas en el Nuevo Continente. En efecto, en todas aquellas ciudades que nacieron bajo el dominio español el pulso de lo cotidiano parece latir, durante siglos, a igual ritmo. Si se comparan los grabados —documentos gráficos— y las descripciones literarias —documentos escritos— de las diferentes villas de la época, se advierte que los edificios pueden ser más o menos monumentales y suntuosos, el poblado más o menos extendido; pero la «plaza», como punto central, como remate de la armazón de la planta, se encuentra en todas partes. En todas partes resuena también el mismo tono de la vida: en los personajes cotidianos que describen viajeros y literatos y que aparecen como pequeñas figuritas circulando por los grabados, animando las imágenes de las diversas plazas americanas con la cadencia del diario vivir. No importa que en el siglo pasado el santiaguino o el porteño bonaerense —y con excepción de algunos intelectuales esta afirmación vale sin reservas para las clases dominantes— haya querido identificar su modo de vida con el de algún país europeo, buscando en dicha analogía un signo de prestigio que lo pusiera por encima de los demás pueblos de América. Este afán forma también parte del modelo, una de cuyas funciones más características es desarrollar la mentalidad de colonizado.

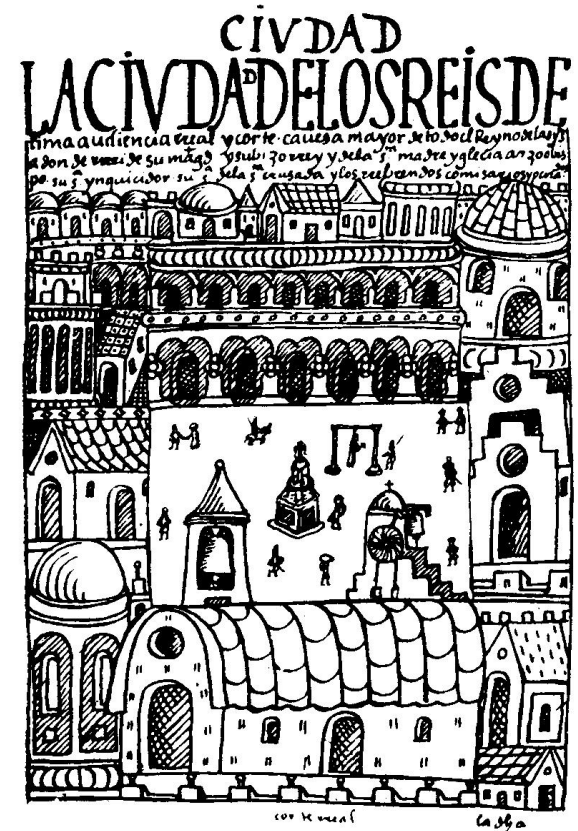
Si parece probable que la plaza, como dominante de la armazón urbana, surge como hecho singular en el Nuevo Mundo; como concepción teórica nace, o más bien renace, con los preceptistas italianos del Renacimiento. Desde los comienzos de la Edad Moderna las plazas adquieren un sentido representativo y monumental, ya sea porque en torno a ella se reúnen los principales edificios del Estado o de la administración municipal (plaza mayor), o porque en su centro se levanta el monumento a un príncipe.

Plaza Mayor y Plaza Real

Hay que evitar confundir la plaza mayor con la plaza real a la francesa. Lavedan, en su fundamental historia del urbanismo, define ésta como la que se construye para servir de marco a la estatua de un príncipe o un soberano. Como forma es muy posterior a las explanadas centrales americanas —la primera es la plaza Dauphin, inaugurada en París en 1614 para servir de pedestal a la estatua de Enrique IV— y se diferencia de ésta en que es un espacio cerrado al margen de la circulación.³⁴

Fueron los arquitectos italianos los que valorizaron la función de la piazza como llave del esqueleto urbano; empero, rara vez encontraron sus ideas posibilidades de realización en Europa. (España, donde la plaza mayor deviene una forma urbana propia, constituye la excepción). En el Viejo Continente resultaba difícil quebrar la desorganizada urdimbre de los antiguos burgos para abrir una plaza. En el Nuevo, en cambio, el terreno esperaba núbil. Allí la plaza se transforma en algo propio del mundo americano. Aludiendo a este carácter singular comenta Fernand Braudel: «Todavía ayer sostenía Ortega y Gasset, que el español, cosa que es tal vez cierta, no es el tipo del Mediterráneo, sino un hombre de la Plaza Mayor, de esa plaza que a menudo se alza, ritualmente, con su vasto rectángulo, en el corazón mismo de las ciudades de la Península o de ultramar. Es decir, un hombre del corazón de la ciudad. O, lo que es lo mismo, un hombre que vive para los demás y a quién los demás rodean y vigilan, para quién vivir es aparentar, representar la comedia humana ante los demás. Un ser social, esto, ante todo. Los demás lo acosan, lo vigilan desde que nace hasta que muere».

En mayor medida que en España, la plaza marcaba en América el tono de la vida. En mayor medida, porque en ella se concentraban las características esenciales de la ciudad occidental.



Guaman Poma de Ayala, «La ciudad de los reís de Lima...», Dibujo.

³⁴ Lavedan, 1941, p. 277



Guaman Poma de Ayala, «Conzederación ciudad del cielo para los buenos pobres personas»),

En efecto, si tan sólo recurrimos al esquema clásico, según el cual Max Weber define la ciudad occidental: 1) fortaleza; 2) mercado; 3) tribunal; 4) asociación; 5) autonomía administrativa; y, finalmente, como secuelas, poder militar y poder impositivo, vemos que todas las funciones que incluye el modelo —y más aún, la religiosa, que él no considera— se encuentran radicadas en la plaza. Es por ello que esta estructura no sólo absorbe y centraliza la vida urbana, sino que se convierte también en el símbolo, en la fachada, en el rostro de la ciudad. Cuando en el siglo XVII, un extraordinario cronista gráfico como es Guaman Poma de Ayala, quiere representar una ciudad, nada le parece más natural que dibujar la plaza mayor. Incluso la imagen de la ciudad de Dios la transforma en una plaza. «Podría decirse sin gran exageración, que una ciudad hispanoamericana es una *Plaza Mayor* rodeada por calles y casas, más que un conjunto de calles y casas en torno a una plaza mayor».³⁵

A grandes trazos, se puede describir así la plaza colonial, que en el hecho dura hasta mediados del siglo XIX: superficie rectangular no edificada, enteramente rodeada por las construcciones más importantes y monumentales de la ciudad. A uno de sus frentes daban las fachadas de los edificios en que tenía su asiento el poder público: la Casa de Gobierno, el Cabildo o la Municipalidad y la cárcel. A otro, los centros de la vida religiosa: la Catedral y el arzobispado. Por los flancos corrían amplias galerías con arcadas, los portales o soportales, y se levantaban algunas casas. En el centro de la explanada se encontraba la fuente de agua de que se abastecía la población. Más allá el *rollo* o la *picota*, que podía ser desde un modesto tronco

hasta una elegante torre de estilo morisco como la que todavía se ve en Tepeaca, México,³⁶ símbolo de la jurisdicción y desde el cual se administraba justicia. La plaza mayor era también un mercado. Heredera del *forum romano*, desempeñaba las mismas funciones en el interior de la urbe. Esta destinación es especialmente importante en la historia de la ciudad occidental, la que incluso ha sido caracterizada como una «localidad de mercado».³⁷ De hecho, sólo desde que se funda el *triánguez* podemos hablar de ciudad; antes se trataba únicamente de un campamento fortificado. Ese era el escenario.

¿La escena? La misma todos los días con ciertos «pasos» extraordinarios en ocasiones de alguna festividad. El cotidiano circular de los «elegantes» a la hora del «paseo» —que avanzaban haciéndole el quite a los vendedores que los acosaban—, la charla en los cafés instalados sobre los portales —donde se discutía de política, se conspiraba, se hablaba de mujeres, de riñas de gallos y se jugaba al billar—, se veía en ocasiones trastornados cuando la plaza se animaba con el colorido de las procesiones o de las paradas militares.³⁸ En la lista de los espectáculos figuraban también los ajusticiamientos y, de cuando en cuando, alguna corrida de toros (origen de la expresión *plaza de toros*), razón por la cual se mantenía el terreno sin empedrar durante la época colonial. La plaza, era, realmente, el patio de una gran casa: la ciudad. «La *Plaza Mayor* puede así ser comparada con el *patio* de la casa andaluza: es el punto en que todo el mundo se encuentra».³⁹

La figura enseña el módulo central de la ciudad hispanoamericana: la plaza. En el característico damero que se utiliza en forma general como planta, se deja en el centro, libre de construcciones, una «manzana» o

³⁵ Ricard. 1950, p. 325: por cierto, que este carácter emblemático de la plaza no es exclusivo de Hispanoamérica. Los viejos Atlas con vedutas de ciudades europeas enseñan, como su corazón, la plaza del mercado. Y todavía hoy, en muchas ciudades del viejo continente, el turista sólo tiene la sensación de haber llegado realmente a la ciudad, cuando alanza la plaza (Ver Norberg Schulz, 1971, p. 84)

³⁶ Mc Andrew, 1965 p. 99

³⁷ Weber, II, 1964, p. 939

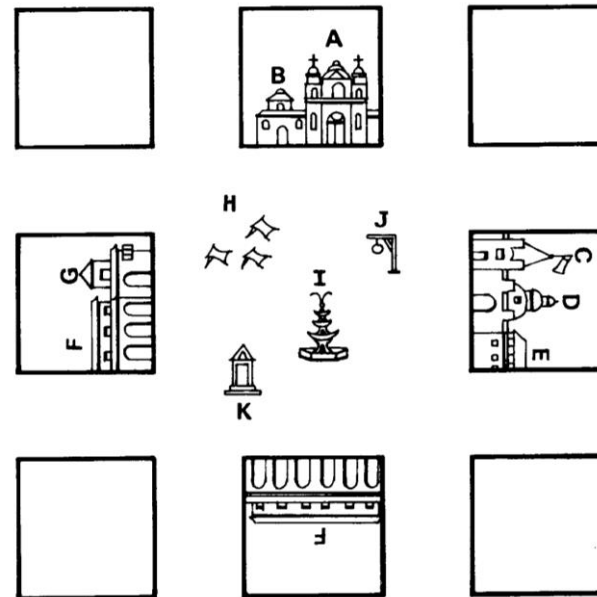
³⁸ La plaza enteramente despejada al intento, forma un campo de maniobras elegante, en el cual pudieron ser revisados diez mil hombres (Johnston, Cartas escritas durante una residencia de tres años en Chile, en Latcham, 1941, p. 85)

³⁹ Ricard, 1950, p. 322.

cuadra, como una especie de llave de la estructura. La cara de todas las «manzanas» con frente a la plaza está ocupada por los edificios asientos del poder urbano, por los «portales» que cobijan el comercio y algunas casas de los «principales».⁴⁰ El cuadro central se deja despejado como un centro de cruce y confluencia en el que desembocan los diversos sectores de la villa y que permite y facilita el tráfico, tanto de personas como de animales y vehículos. Este es un rasgo propio que deriva fundamentalmente de su carácter de fundación nueva. Las plazas de la Antigüedad y la Edad Media eran cerradas; nunca fueron, en el sentido de las americanas, superficies de tránsito. Las plazas modernas, que se abren posteriormente en estas ciudades como consecuencia de una concepción más suelta de la construcción, nacen con la ruptura de los muros de la ciudad y por la incorporación de amplios espacios nuevos a ella. En todos los grabados, en cambio, que muestran la plaza colonial, obsérvanse circulando jinetes y carretas. Esto cambia radicalmente cuando la plaza pierde su carácter colonial y es remodelada de acuerdo al gusto neoclásico o romántico. Con la transformación económica y social que experimentan las nuevas Repúblicas a mediados del siglo XIX la plaza pierde la fuerza centrípeta que poseía debido a su condición de principio organizador del espacio.⁴¹ La ciudad se descentraliza. La nueva plaza, que podríamos denominar de la «independencia» como opuesta a colonial, pierde la mayoría de sus antiguas funciones y se transforma en una especie de gran *podium* que impide el tráfico de vehículos y que está concebida principalmente como horuelo, como paseo, con sofás de madera y jardines. Los vehículos sólo pueden circular por las calles que la circundan. La «plaza-paseo» corresponde a una estructura económica

y a una ideología completamente diferente de la del terreno colonial.

El modelo desarrollado en la figura corresponde a la estructura colonial. Este modelo, aun cuando en general se impone con bastante rigor, sufre a menudo modificaciones como consecuencia de las circunstancias estratégicas o topográficas a que debe adaptarse.



- | | |
|----------------------------|-----------------------------------|
| A: Catedral | G: Casas de particulares ilustres |
| B: Palacio arzobispal | H: Puestos de vendedores |
| C: Casa de Gobierno | I: Fuente |
| D: Cabildo o Municipalidad | J: Horca |
| E: Cárcel | K: El árbol de la picota (rollo) |
| F: Portales | |

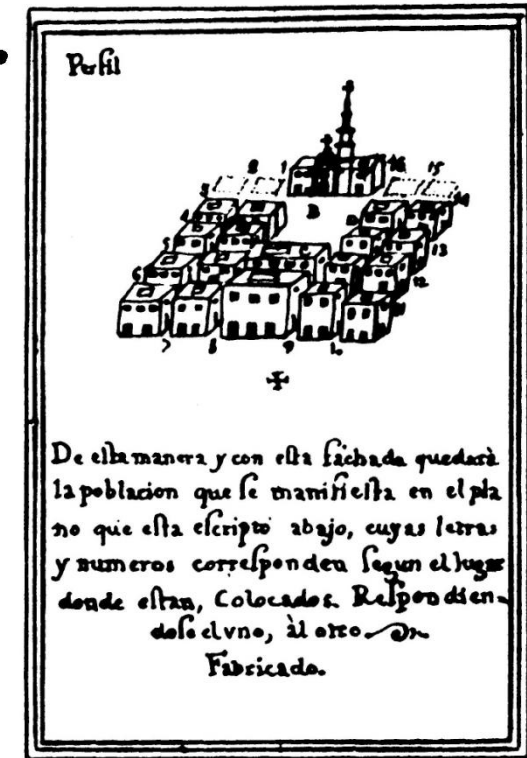
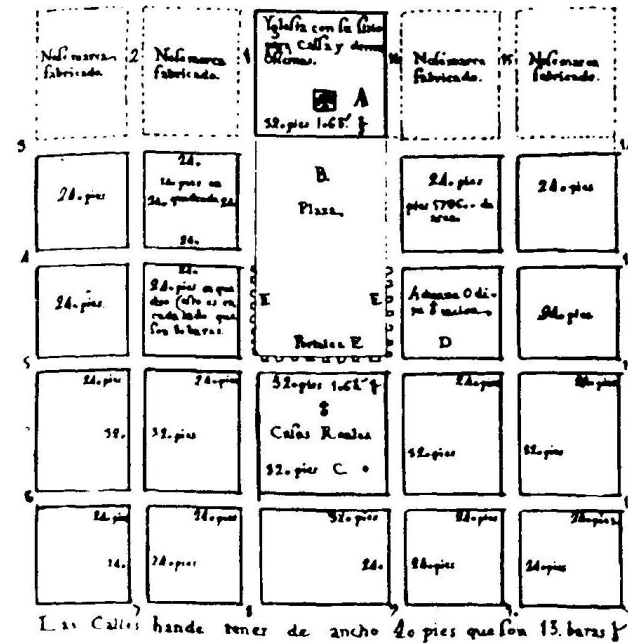
⁴⁰ En la ciudad las clases sociales se dividían, centrífugamente, desee el centro habitado por la oligarquía, hacia afuera. Kubler, 1966, p. 884

⁴¹ Gil Munilla, 1955, p. 296. Alude a esto refiriéndose a la ciudad; pero se aplica, incluso con mayor rigor, a la plaza.

San Fernando de Bejar (San Antonio), Texas, «Plano de la población», 1730. Anotación: «Mapa de plano y perfil de la población que se ha de hacer la qual esta rreglada a las leyes Reales de Indias en la qual consta la plaza de Seiscientos bars de largo y quatro cientos de ancho y las calles tienen quatrocientos bars declaro con todo lo demás que expresa: Siendo la letra A, el Templo con su sitio, la B la plaza de la población, la C las Casas Reales, la D la Duana ó alhendiga, la E los Portales, y los números del contorno las bocas de las calles. Componese este plano, y su sitio de diez y seis quadras de vecindario las menores cinquenta y siete mili y seiscientos pies Geométricos de Área, y las mayores de ciento dos mili quatrocientos; cuyas cuadras se reputan por familias fundadoras para que las lebanten en quadro y gozen su recinto los decendientes. D. Joseph de Villaseñor fecit». Reproducido en Reps., J. W., 1965, fig. 17.

Ídem. «Perfil». Anotación: «De esta manera y con esta fachada quedará la población que se manifiesta en el plano que esta escripto abajo, cuyas letras y números corresponden según el lugar donde están, colocados. Respondien- do el uno, al otro. Fabricado».

PLANO DE LA POBLACIÓN.



Otras veces, resulta modificado por el devenir histórico; así, por ejemplo, en el siglo XIX la Casa de Gobierno de Santiago de Chile se traslada a otro emplazamiento en los alrededores. Y, luego de la remodelación, la fuente central, aun cuando se conserva, deja de ser funcional, de servir vitalmente a las necesidades urbanas y se transforma en un mero monumento decorativo.

En realidad, donde el modelo se aplica con mayor rigor es en las ciudades del interior. En aquéllas que tienen flanco al mar o a un río, el esquema se modifica. Dado que el primer problema que tienen que resolver es el de la defensa de este flanco, la piedra angular de la estructura urbana va a ser el fuerte que la protege, que reemplaza la Casa de Gobierno y a partir del cual, abriéndose la plaza hacia su cara interior, se aplica el resto del esquema.

La plaza mayor en los puertos de mar [Provisión de 1573, en que se declara el orden que se ha de tener en Indias, en nuevos descubrimientos y poblaciones que en ella se hicieren]:⁴²

Numerosos ejemplos se pueden citar para poner de manifiesto cuan generalizado estaba este esquema. En una reseña de 1610 de algunos lugares de las Indias se describe la plaza mayor de Panamá: «La plaza mayor es de noventa y quatro pasos de largo de Levante á Poniente, y de ochenta y ocho de ancho. Al Levante las casas del cabildo de cal y canto, con portales, la iglesia mayor al Poniente tiene seis casas, las cinco con portales. Al Sur, nueve casas con portales; en una está la cárcel de la ciudad en lo alto, y en lo bajo están los tribunales de provincia.»⁴³

Una magnífica imagen de la plaza mayor de Lima aparece en el relato del viaje de Jorge Juan y Antonio de Ulloa y en el manuscrito de Diosdado Caballero; quien, pintando la villa de Puebla de los Ángeles, destaca su plaza mayor «grande y cuadrada, con los tres lados de pórticos vistosos y el cuarto ocupado de la gran catedral...»⁴⁴

La plaza y la individualidad histórica de América española

La estructura urbana con calles tiradas a cordel y con una gran plaza central dominante, que organiza el espacio y la vida del pueblo, es uno de los rasgos más característicos de la América española y uno de los elementos más importantes para definir su individualidad histórica.

En efecto, la ciudad colonial americana difiere de casi todas las villas europeas de trazado regular, especialmente por la incorporación de una explanada central de dimensiones y estructura incomparables.

Un tal diseño revela un claro afán racionalista. De hecho, en él parece aplicarse la concepción renacentista de la ciudad ideal. Una concepción que no podía injertarse en localidades viejas, como eran las europeas, pues requería un espacio virgen donde se pudiera empezar desde cero y que sólo en América encontró las condiciones necesarias para cristalizar. A diferencia de lo que ocurre en la América anglosajona e incluso portuguesa, el desarrollo urbano o, mejor aún, la grandiosidad urbana, es característica de América española. Y hablar de grandiosidad urbana no implica únicamente referirse al número de habitantes; apunta además al símbolo e imagen de esa grandiosidad: a la plaza. Ella es la fachada de la ciudad, la expresión más patente del espíritu urbano que dominaba a los colonizadores españoles, que prefirieron siempre asentarse en grandes grupos poblacionales a establecerse dispersos a lo largo o en el radio de los territorios conquistados. Este espíritu —como ya se ha visto— es expresión de una visión del mundo, radicalmente distinta de la de los colonizadores puritanos, que prefirieron la *diáspora* como forma de asentamiento a la concentración. Es por ello que no hay grandes ciudades anglosajonas en los primeros siglos de la colonización; ni siquiera Filadelfia, que es la gran ciudad del norte, se puede comparar con las capitales hispanas. Mientras que el principio urbanístico que caracteriza a la América española es la planificación, en la colonización inglesa, holandesa, francesa e incluso en la portuguesa es el empirismo lo que prima. Boston, la primera ciudad importante fundada por los ingleses, era en el siglo XVII, en lo que hoy es el North End, un reflejo de la ciudad gótica: una malla de calles estrechas y tortuosas.⁴⁵

Las ciudades holandesas: Fort Orange (1624), Albany y Fort Amsterdam (1626) son verdaderas factorías de la Compañía de Indias Occidentales. En los orígenes de la colonización francesa (Port-Royale 1606) «no se ve en ninguna parte que haya habido una aglomeración de

«113. La plaza mayor de donde se ha de comentar la población, siendo en costa de mar se deue hazer al desembarcadero del puerto, y siendo en lugar mediterráneo, en medio de la población...»

«121. Para el templo de la yglesia mayor, siendo la población en costa, se edifique en parte que en saliendo de la mar se vea, y su fabrica que en parte sea como defensa del mismo puerto».

«122. Señálese luego sitio y lugar para la casa Real casa de Concejo y Cabildo, y Aduana, y Atarazana junto al mismo templo y puerto, de manera que en tiempo de necesidad se puedan fauorecer las vnas a las otras...»

⁴² Encinas, IV, p. 242 y ss.

⁴³ Col. Doc. Ind. Arch. Ind. Serie 1, T9, pp. 83 y ss.

⁴⁴ Muñoz Pérez, 1954, p. 103

⁴⁵ Tunnard and Reed, 1956, p.33



Hildebrandt, «Fuente en Rio de Janeiro con figuras». Anotación: «(A. Cario... "Rio de Janeiro April 1844)", 257 X 363 mm., Berlín, National Gal. Inv. 30.



Rugendas, J. M., «La plaza frente a la catedral en Lima» (Perú), dibujo a lápiz, Muenchen, Staatl. Graph. Samml. Reproducido en Richter, G., 1959, p. 121

carácter urbano».⁴⁶ Quebec, fundada en 1608 por Champlain no se puede considerar una ciudad hasta fines del siglo. El título de *ville* se le da únicamente en 1663. Incluso a fines del siglo XVII los viajeros se lamentaban que la ciudad conservase un aire tan miserable. Montreal se funda sin ningún proyecto previo. Tan sólo con Nueva Orleans se puede hablar de urbanismo. Esta ciudad se traza en un damero muy regular; pero ella data del siglo XVII, cerca de ciento cincuenta años después de que se han fundado las más importantes ciudades españolas.⁴⁷

Lo mismo ocurre con las colonias lusitanas. Los portugueses venían al Brasil como comerciantes y agricultores; por ello sus ciudades debían servir, en primer lugar, a un fin comercial, para lo cual se constituían como puertos o factorías.⁴⁸

Sus ciudades —dice un texto— «no tienen planificación y fueron establecidas a lo largo de la costa» sobre la base de «simples consideraciones de hecho».⁴⁹

A semejanza de los puritanos de Virginia y en un claro contraste con los colonizadores españoles que escogieron las ciudades como domicilio, los portugueses prefirieron asentarse en el Brasil como terratenientes. Construyeron así, una oligarquía rural de los «señores de ingenio» que vivían en sus «casas grandes». El desarrollo en el Brasil de una economía básicamente agraria, originó una estructura semi-feudal, que fue primero característica del norte, pero que luego se extendió a todo el país. El núcleo social estaba formado por la familia blanca y los esclavos negros o mulatos que eran su mano de obra. Este

sistema patriarcal da lugar a dos formas arquitectónicas características: la *casa grande* y la *senzala*. Clara expresión de una división social marcada en forma tajante por el color. Sólo a fines del siglo XVII, cambia la situación, Al surgir una clase de comerciantes en oro y diamantes, comienza a formarse una burguesía, que se robustece, en la segunda mitad del siglo XIX, con la llegada de los «barones del café» que van a ejercer actividades urbanas. Aparece entonces una forma arquitectónica de la oligarquía ciudadana: el *sobrado*, palacio de varios pisos, que se transforma en el rival de la *casa grande*.⁵⁰

En Portugal y Brasil se desconoce la Plaza Mayor. En Lisboa la *Praça do Commercio*, aun cuando juega un papel vital en la vida comercial de la ciudad, no es una plaza mayor, sino una plaza real, con la estatua del soberano José I.⁵¹ Pese a ello y como expresión, al igual que entre los españoles, de una concepción abierta de la ciudad, genérase en las villas coloniales del Brasil un centro de convergencia en que se asienta el poder público y se realiza la función social y comercial. El *Patio do Colegio*, en Sao Paulo, es un claro ejemplo. El es el centro de la ciudad en los siglos XVI, XVII y XVIII, desde donde irradiaban las principales vías públicas. En el siglo XVIII se transforma, además, en un centro administrativo. En 1766 el antiguo colegio jesuita pasa a servir de residencia a los *capitães-generais*. Y luego, en la primera mitad del diecinueve se instalan allí la Asamblea Provincial y las oficinas públicas. En esa misma época conviértese en el corazón de la actividad comercial, concentrándose en las arterias que lo rodeaban los vendedores ambulantes, sobre todo en el *Largo de Misericórdia*, donde las *quitandeiras* llenaban de colorido los escalones de piedra de los grandes edificios.⁵²

⁴⁶ Lavedan, 1941, p.475

⁴⁷ Lavedan, 1941, pp.475 y ss. Curioso es el caso de La Martinica. Se sabe que Colbert hizo elaborar en 1668 un plan de la ciudad futura, Fort-de-France probablemente, a François Blondel, el arquitecto de Rochefort. El primer plano ha desaparecido, pero se conoce otro de 1680, que puede ser una copia del primero, el cuál muestra una planta tablero regular.

⁴⁸ Dorselaer, II, 1962, p. 22.

⁴⁹ Nestor dos Santos Lima. «Brasília, la nueva capital de Brasil». Estudios Americanos, 86-87, Sevilla, 1958 p.283, cit. por Guarda, 1965, p. 12, nota 9.

⁵⁰ Angulo, II, 1945, pp. 251 y ss; Dorselaer, II, 1962, p.24. ver:

Larse, Erik Frans Post, Interprète du Bresil, Ámsterdam-Río de Janeiro 1962.

⁵¹ Lavedan, 1941, pp. 330-331.

⁵² Acevedo, Aroldo et al, II, 1958, pp. 128 y ss.

En Río de Janeiro la misma función la cumple el *Largo do Rossio*. En Portugal, lo que de hecho equivale a la plaza mayor es el Rocío o Rossio, nombre con el que se designa una extensión de terreno baldío, sin fisonomía arquitectónica, que, ubicado originalmente en los límites de la ciudad, termina por encontrarse en el centro debido al crecimiento de ella. Sus funciones son análogas a las de la plaza mayor: allí se instala el mercado, tienen lugar los autos de fe, las fiestas, las ejecuciones y las corridas de toros.⁵³

En Europa no se encuentra nada semejante a lo que son las ciudades de ultramar. Las que se fundan a partir del siglo XVI (Mannheim, Karlsruhe, Postdam, etc.) son *Residenzstädte*, destinadas a ser el lugar de descanso de un príncipe o de un señor.⁵⁴ De los seis países que fundaron ciudades en el Nuevo Mundo, sólo España lo hizo de acuerdo a una regla fija, de acuerdo a un esquema racional, pues la aplicación de un patrón uniforme, la imposición de una planificación rígida que fijaba un módulo para todos los nuevos asentamientos sólo era posible en las ciudades construidas bajo una autoridad fuertemente centralizada.⁵⁵ Un valioso manuscrito de 1789 del abate Ramón Diosdado Caballero que, con el título de *Consideraciones Americanas*, se conserva en la Biblioteca del Palacio de Madrid, hace importantes consideraciones sobre la significación histórica de las ciudades en América española. El abate, como tantos otros escritores de fines del siglo XVIII, desarrolla su argumentación como defensa de la labor española frente a las numerosas diatribas que se escribían sobre América y la Metrópolis. Para Diosdado uno de los rasgos más singulares y que con mayor propiedad demuestra la importancia de la labor hispánica en el Nuevo Mundo, es el carácter de las ciudades: «A los españoles, no se les puede disputar la gloria de que sobre franceses e ingleses han sido más celosos en este punto, y que ellos solos cuentan con más

floridas capitales que las dos naciones juntas».⁵⁶ Comparando las ciudades españolas con las francesas e inglesas, demuestra que sólo México basta para superar las seis mayores ciudades extranjeras juntas: Kingston (Jamaica), Filadelfia, Charlestown y Boston, entre las colonias inglesas del norte y Quebec y Guarico en la Isla Española, entre las francesas.



Nebel, C., «Plaza mayor de México», lito/color, 1836, en *Voyage pittoresque et archéologique...*, París, 1836.



Hildebrandt, «Iglesia en Panamá» (plaza mayor de Panamá), acuarela, Berlín, Nat. Gal. Inv. 505.

⁵³ Ricard, 1950, p. 327.

⁵⁴ Mumford, 1945, p. 160

⁵⁵ Mc. Andrew, 1965, p. 93.

⁵⁶ Fol. 109, cit. por Muñoz y Pérez, 1954, p. 95.

Espacio, tiempo y arquitectura. Parte II. Nuestra herencia arquitectónica. (pág. 76 a 104)
Título original. *Space, Time and Architecture.*
Harvard University Press Cambridge, Mass. USA
Versión española a cargo de Isidro Puig Boada.
Quinta Edición. Madrid: Editorial Dossat S.A. 1978.

En este texto podrás ver cómo un poder en este caso religioso, se materializa en el espacio.

Giedion, Sigfried **Sixto V (1585 - 1590) y el plano regulador de la Roma Barroca**

Roma, París y Londres —los más importantes hogares de la civilización occidental— crearon el prototipo de las grandes ciudades modernas. Pero Roma es única. Habían existido, en períodos precedentes, ciudades con un millón y aún más de habitantes, puntos focales de vastos imperios y grandes culturas. Pero cuando imperios y culturas decayeron, también sus nudos nerviosos, las capitales, se desintegraron completamente y no tuvieron jamás ocasión de resurgir. También Roma, que había dado su nombre a un imperio universal, se arrastró, después del fin del Imperio, durante casi diez siglos, en un estado de decadencia y miseria. Pero en torno al 1500 había resurgido y vuelto a ser, por otro siglo y medio, el centro principal de la creación artística y, después, de la urbanística. Sobre el suelo de Roma alcanza el Renacimiento su apogeo, y fue aquí donde halló su fórmula el lenguaje expresivo del barroco, que se difundió entre toda la cultura occidental, sin que fronteras territoriales o religiosas bastaran para contenerlo⁵⁷.

Anticipemos el concepto: en Roma, la unidad de medida de la ciudad renacentista fue destruida de una vez para siempre. En lugar de la ciudad estelar circunscrita, encerrada entre murallas, se perfiló, durante los cinco años del pontificado de Sixto V, una evolución de gran

⁵⁷ Ha sido demostrado, por recientes investigaciones llevadas a cabo en Inglaterra la Catedral de San Pablo, de Cristóbal Wren, construida entre 1675 y 1710, se halla inspirada en un excelente conocimiento de la arquitectura barroca. La "Frauenkirche" de Dresde, templo protestante debido a Jorge Báhr, y desdichadamente destruido por las bombas en el transcurso de la Segunda Guerra mundial, era una de las más bellas iglesias barrocas.

importancia. En Roma fueron trazadas por primera vez, y realizadas con seguridad absoluta, las líneas de la red fundamental del tráfico de una ciudad moderna.

El desarrollo de Roma por obra de artistas no romanos

También por otras razones Roma es única entre todas las ciudades: razones que quizá sea más difícil demostrar. La Santa Sede no se apoya en ningún imperio temporal, y el Papado es un poder religioso universal. Los ciudadanos de Roma, súbditos de la dictadura papal, tuvieron poco que hacer con el desarrollo de su ciudad. Sin embargo, precisamente entonces fue alcanzado uno de los más espléndidos resultados de la arquitectura urbana; la Roma barroca, que aún hoy domina la entera fisonomía de la Urbe⁵⁸. Del Renacimiento en adelante, el desarrollo de Roma fue casi enteramente la obra de hombres procedentes del exterior, artistas, banqueros, comerciantes e industriales. Cuando los Papas se trasladaron del Laterano al Vaticano, se hallaba en construcción, en torno a la Basílica de San Pedro, el barrio llamado *Borgo Nuovo*; y en la mitad del Cuatrocientos, el Papa Nicolás V (1447-55) tuvo la idea de crear aquí una magnífica residencia eclesiástica, aislada y grandiosa. Este proyecto, que no fue nunca llevado a cabo, fue estudiado por el florentino León Battista Alberti. Hacia el 1500, cuando verdaderamente se comenzó a reconstruir Roma y los Papas se convirtieron en los máximos constructores de Europa, Julio II, de la rama de los Urbino, y León X, un Medici de Florencia, llamaron cerca de sí a sus conciudadanos —Bramante y Rafael de Urbino, Miguel Ángel de Florencia— para realizar sus grandiosos proyectos, y de este modo se continuó también en la época de la Roma barroca.

⁵⁸ Ello es también debido a la dilatada presencia de la antigüedad. Frente a la "vacuidad pomposa" de los edificios del último Ochocientos, lo mejor que puede hacerse es, sencillamente, apartar la vista de ellos.

No hay una razón clara que pueda explicar esta extraña situación. Podemos decir solamente que Roma no produjo muchos artistas eminentes, ni en el período renacentista ni en el barroco.

Pero no hay duda de que la atmósfera de la Ciudad Eterna, y la magnitud de la empresa papal, acuciaban la fantasía de los artistas que allí se reunían, les inspiraban a crear obras maestras de que no puede envanecerse ninguna otra ciudad de aquel tiempo. Roma, como París en los tiempos modernos, llegó a ser el centro en que se reunieron todos los ingenios. Produjese luego un proceso de cambios recíprocos: el talento de los extranjeros se exaltó en la atmósfera de la Urbe y, por otra parte, sus creaciones dieron a la capital romana una nueva expresión polifónica.

Dentro del fenómeno romano hay también una esperanza para un futuro aún imprevisible: el momento en que podrá resultar indispensable, para la existencia del mundo occidental, la creación de una nueva forma de administración central inspirada en principios espirituales. La Roma barroca nos muestra que esta situación no lleva necesariamente a prescindir de toda producción artística en una monotonía sin color, en un apagado gris internacional, antes, al contrario, nos demuestra que la acción combinada de fuerzas diversas puede dar origen a una nueva vitalidad.

La ciudad medieval y la del Renacimiento La obra de los Papas del Renacimiento

No es posible darse cuenta del verdadero significado del gran proyecto de **Sixto V**¹, sin dar al menos una ojeada a la herencia dejada por el medievo y el Renacimiento. Sixto no se entretuvo en buscar remedios fragmentarios. Dejó la Roma medieval intacta y concentró sus energías, desde el primer momento, hacia nuevos derroteros.

El despertar de Roma de su letargo medieval es un prodigio histórico, como la continuidad de su destino. En las otras partes de Europa (y en la Italia septentrional hasta el año 1000) se había producido un intenso resurgir de la vida ciudadana. Pero Roma permanecía

aletargada. Aun cuando el poder espiritual del Papa no había sido nunca tan fuerte como durante el medievo, la ciudad de Roma no era sino una sombra de su antiguo esplendor. En la Roma barroca las iglesias surgieron abundantemente, mientras que en la Roma medieval no se erige ninguna catedral nueva que ni remotamente pueda parangonarse tan siquiera con las levantadas en las ciudades libres del Norte. La misma afirmación puede aplicarse con respecto a la población. El cotejo que se hace a menudo entre la población romana del Doscientos —estimada en aproximadamente 17.000 almas— y la de Venecia, Londres o París, muestra cuán reducida fue aquélla.

La situación cambió lentamente con la vuelta del Papa del exilio avignonense, con la nueva ordenación en el Vaticano y con el acceso al solio pontificio de hombres mundanamente prudentes, como los Medici, o de otros, miembros de familias de origen mercantil o descendientes de *condottieri*, como Julio II.

El que primero transformó enérgicamente el incómodo centro medieval de Roma fue Sixto IV (1471-84). La zona habitada se introducía en un meandro del Tíber, frente al Castel S. Angelo, y era notoria por su clima insalubre: por tal razón fue repetidamente evacuada su población durante el antiguo Imperio romano. La Roma medieval iba, a medida de su desarrollo, apartándose lentamente de este centro, y de una manera caótica, en dirección al Capitolio y al Teatro de Marcelo, vecino al Tíber⁵⁹

La transformación de la ciudad comenzó hacia el exterior del núcleo medieval, en el Borgo Nuovo, la zona que unía el Vaticano con el Castel S. Angelo. Este castillo lo utilizaban los Papas para cámara del tesoro, prisión, y luego sirvió de refugio en tiempos de invasión o revueltas. Su posición dominante aparece clara en la planta de Juan Bautista Falda (fig. 26), que muestra también las calles paralelas construidas, durante el Renacimiento, en el Borgo Nuovo.

¹ ¿Quién fue Sixto V?

¿Qué sedes institucionales van a surgir “abundantemente” en este período?

⁵⁹ Pedro Tomei, *L'architettura a Roma nel Quattrocento*, Roma 1942.



Figura 26. La Roma medieval; desde el Castillo de S. Angelo al Puente de Sixto IV. Detalle del plano de Roma de J. B. Falda, 1676. El plano de Falda muestra muy claramente, cómo la mayor parte de la Roma medieval se adentraba en un meandro del Tíber, dominado por el Castillo de S. Angelo, con sus nuevos bastiones cuneiformes. Falda delinea también el corredor subterráneo que ponía en comunicación esta tesorería cárcel-refugio con el Vaticano.

El Puente de S. Angelo, que desde los tiempos de Adriano atravesaba el río según el eje de la fortaleza, y la Plaza del Puente en la desembocadura del mismo, constituye aquí la articulación de las principales arterias de la ciudad medieval. El trazado radial de calles que parten de esta plaza, realizado bajo el pontificado de Paulo III (1534-49), es el primero en este género.

¿A qué variable del CSC se refiere el autor en este párrafo?

El Ponte S. Angelo —sobre el eje del castillo— constituye el acceso más importante a la zona del centro, y da su nombre al barrio renacentista de los locales de negocios. Aquí estaba la Casa de la Moneda papal, y aquí se concentraban las Casas bancarias extranjeras y las grandes organizaciones mercantiles como las de los Chigi, los Médicis y los Fugger de Augusta. Aquí estaba, de hecho, la *Walt Street* de la Roma del Renacimiento; y en este reducido barrio tuvieron efecto deliberaciones y determinaciones que, en ciertos casos, decidieron el destino financiero, diplomático y eclesiástico de toda Europa. Comenzando por el tiempo de Nicolás V, los Papas estuvieron ocupados en edificar la plaza del extremo del puente —llamada *Forum Pontis* en la planta de Roma de Bufalini (1551) y *Piazza de Ponte* en la posterior planta de Falda (1676) (fig. 26)⁶⁰ —. Durante

⁶⁰ La mejor introducción para el estudio del desarrollo de Roma nos la ofrecen las excelentes reproducciones, realizadas por el P. jesuita 40 IHAUB. FAUD. UNC 2026

el Renacimiento, esta plaza se convierte en un punto focal del cual directa, o indirectamente, irradian las arterias principales a través de la ciudad medieval. Estas vías llevan nombres ambiciosos. Hallamos una *Vía Peregrinorum*⁶¹ que, uniendo entre sí muchas callejuelas medievales cortas e irregulares, conducía finalmente al Teatro de Marcelo. La *Vía Papalis*, de nombre aún más resonante, constituye una unión igualmente tortuosa con el Capitolio y después, más allá, con el Laterano. Una tercera arteria transversal importante es la *Via Recta*, en parte de origen antiguo⁶² que, no sin dificultad, establece una unión con la *Piazza Colonna* (de más reciente apertura) y el *Vorco* (*Via Lata*) (figura 27). Las vías *Peregrinorum*, *Papalis* y *dei Coronari* eran, todas ellas, en parte de origen medieval y en parte resultante de las mejoras realizadas en el Cuatrocientos. En el Edicto Papal de 1480, Sixto IV, el *Restaurador Urbis*, ordenaba que cualquier saliente de los edificios o

Francisco Ehrle, de los principales planos de las ciudades existentes en los siglos XVI, XVII y XVIII, en su tamaño original. Han sido todos ellos publicados por la Biblioteca Vaticana, y ostentan los siguientes títulos: Época de Julio III, Leonardo Bufalini, 1551; Roma antes de Sixto V, Du Pérac-Lafréry, 1577; Roma después de Sixto V, Antonio Tempesta, 1593; Roma durante el período barroco, Maggi, 1625, y Juan Bautista Falda, 1676; la Roma papal antes de su decadencia, Juan Bautista Nolli, 1748; el plano de Bufalini, una xilografía, es el primero que se dibujó sobre un preciso trazado de calles; los de Tempesta y Falda son notables por su claridad de representación; Nolli, como Bufalini, emplea el método moderno de colorear las calles, y la magnífica ejecución de este grabado lo asimila a una verdadera obra de arte. Para obtener más extensa información, véase C. Scaccia Scarafoni, *Le piante di Roma*, Roma 1939 ⁶¹Pedro Tomei, *Le strade a Roma e l'opera di Sixto IV*, en "Urbe", julio 1937.

⁶² Su parte más famosa, la *Via dei Coronari*, que debe su nombre a los vendedores de coronas del rosario, se halla actualmente en gran decadencia. Cualquiera que desee darse un paseo para contemplar la obra de Ludovico von Pastor, después de poco más de treinta años, no puede menos que quedar dolorosamente sorprendido ante la rapidez con que ha sobrevenido tal decadencia, a causa del abandono y de la transformación en sus edificios. Ver L. von Pastor, *Die Stadt Rom zu Ende der Renaissance*, III ed., Friburgo, 1916.

construcciones a la calle fuese eliminada. Ésta resultó la más eficaz disposición particular con vistas al mejoramiento de las condiciones urbanísticas de la ciudad.

Las calles en la ciudad del Renacimiento

Fue durante el último período del Renacimiento que los Papas, especialmente Paulo III (1534-49), completaron con buen éxito sus obras alrededor de la *Piazza di Ponte*, uniendo con calles breves y directas la plaza con las vías de traza medieval y renacentista que atravesaban la ciudad. Esta red de breves vías radiales es la primera en su género. Comprende la Vía Paola, que conduce a la bramantesca Vía Julia y la Vía Pánico que, en un determinado punto de su recorrido, penetra en la Vía dei Coronari.

Finalmente, una de las calles transversales más importantes de la Roma del Renacimiento, la Vía Trinitatis, nació en la Piazza di Ponte, atravesando la Strada di Tor di Nona, que limitaba al Norte la ciudad. También la Vía Trinitatis había sido iniciada por Paulo III y continuada por Julio III (1550-55). Está indicada en la planta de Leonardo Bufalini de 1551 como una larga línea recta que atraviesa muchas zonas aún no edificadas de la Roma del Renacimiento y termina cerca de la iglesia renacentista de la Trinitá dei Monti, al pie de la colina del Pincio; y aquí es donde entra en la esfera de la actividad de Sixto V.

Sixto V y su Pontificado.

Solamente miembros de la nobleza y de familias principescas italianas eran generalmente elegidos para el solo pontificio. Hubo, no obstante, excepciones, aun en épocas como a fines del Quinientos, en que los siempre creciente privilegios de la nobleza habían usurpado los derechos medievales del pueblo. **Así fue posible que Sixto V, hombre perteneciente a la más humilde clase social, fuese investido de la más alta dignidad del poder espiritual y temporal a que un hombre pudiera**

aspirar. Es un título en gran manera elogioso para la fuerza interior, para la vitalidad y para la intuición de las instituciones católicas, haber tenido el valor, en un momento de gran peligro, de elevar a tan suprema jerarquía a un hombre como Sixto V, a una persona, en fin, que, prescindiendo de sus antepasados, había evidentemente nacido para la acción.

Vida de Sixto V

Sixto V fue el hombre papal elegido por el hermano franciscano mendicante Félix Peretti, que había ingresado en la Orden a la edad de doce años. Había entrado al servicio de la Iglesia apenas con la edad del uso de razón, del mismo modo que un artista o un hombre de ciencia, que no sienta para ello vocación interior, se dedica a ambas ramas del saber mucho antes de que su cerebro se halle enteramente desarrollado.

Su padre, pequeño granjero y jardinero de origen dalmata, tal vez por un presentimiento del glorioso destino del hijo, le había dado el nombre de Félix. Y Sixto V —contrariamente a la costumbre de los demás Papas— no dejó nunca al margen este su nombre, y lo aplicó a dos de los proyectos de su particular predilección: la *Strada Felice* —la grandiosa arteria que atraviesa Roma de Noroeste a Sudeste— y el Agua Felice, el acueducto que dio su vitalidad a las colinas del Sudeste.

El Papa debe ser prudente, y entrado en años, porque es conveniente que su pontificado no sea demasiado prolongado. Este principio creó un trágico conflicto en cada uno de los grandes Papas, entre el deseo de llevar a término sus proyectos y el límite impuesto por la muerte. La vida de Sixto V es un ejemplo de esta trágica situación.

Tuvo una carrera rápida y espléndida hasta el cardenalato; su erudición teológica era profunda, su celo religioso sin límites, y como predicador cuaresmal era uno de los más inspirados. Como fraile, Félix había

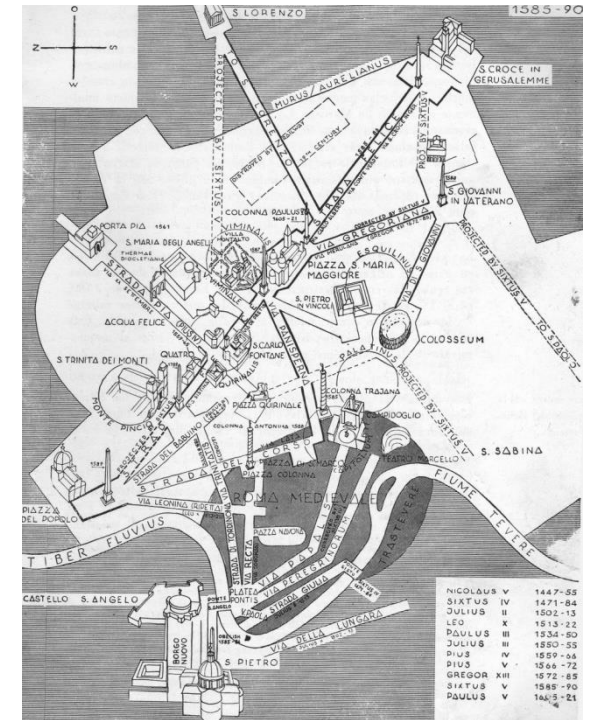


Figura 27. El plano regulador de la Roma barroca, de Sixto V. En esta planimetría esquemática hemos probado de poner en evidencia los programas de Sixto V en relación con cuanto existía anteriormente. Las calles de Sixto V están señaladas con trazos más visibles; el confín de la Roma medieval lo está por medio de un rayado más denso; y el contorno de la Roma bajo Marco Aurelio está indicado por la línea de la Muralla Aureliana. Resulta evidente que Sixto V proyectó sus calles orgánicamente, como una espina dorsal reforzada con nexos estructurales en todos aquellos lugares en que así lo requiera la topografía romana.

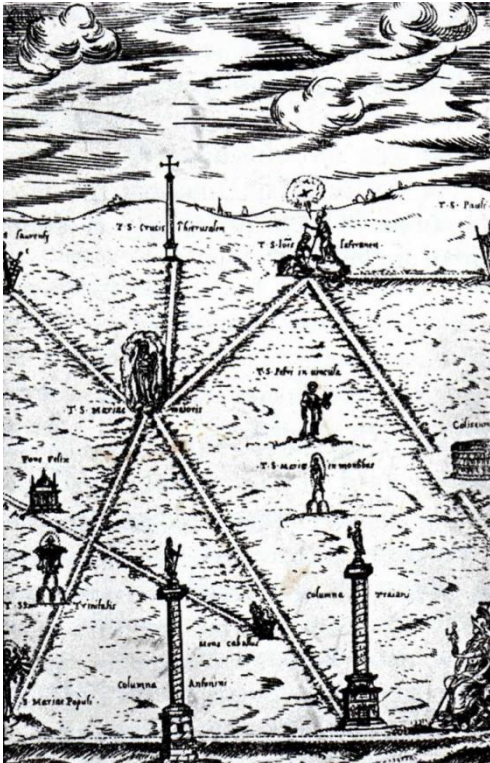


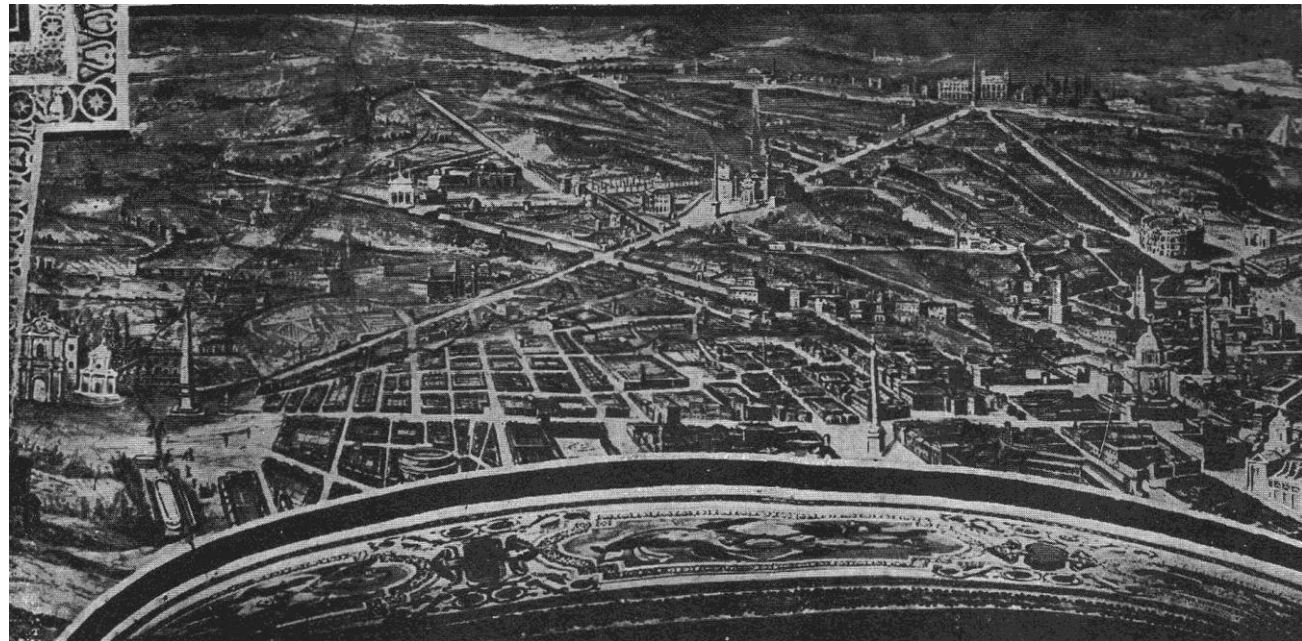
Figura 28. G.F. BORDINO, Esquema de las calles de Sixto V, 1588. Este contemporáneo bosquejo de la obra de Sixto y reduce su trazado vial a un sencillo sistema de enlace entre los lugares sagrados.

Figura 29. El plano regulador de la Roma de Sixto V. 1589, Fresco en la Biblioteca Vaticana. Este fresco está orientado de Noroeste a Sudeste. La Roma medieval y el Vaticano están ambos cortados fuera del arco de la puerta de la Biblioteca, así es que la vista está circunscrita a la obra de Sixto V'. La pintura está dominada por la línea recta de la calle Felice, que va desde la Plaza del Pueblo a la izquierda, pasada la "Trinita dei Monti", hasta Santa María la Mayor y, todavía más allá, hasta San Juan de Letrán. Obeliscos y columnas se alzan sobre sus plazas; y las fuentes del "Agua Felice" se perciben a media distancia, a la izquierda, sobre la calle Pía.

sido, a la edad de 35 años, el implacable inquisidor de la República de Venecia. Cuando a los 48 años obtuvo la púrpura, tomó el título de Cardenal Montalto, del nombre del pueblo en donde había ingresado en la Orden Franciscana, y que se halla junto a Grottammare, su país natal. Después de la muerte de su protector, Pío V, el cardinal quedó al margen de toda actividad durante el pontificado de Gregorio XIII, quien le era poco afecto.

porfía con la muerte fue más evidente que en la rapidez increíble con que ponía en ejecución su programa de construcciones. Repetidamente su arquitecto, Domingo Fontana, observa que nada quedaba realizado con la suficiente celeridad para poder satisfacer las ansias de su amado señor.

Al principio de su pontificado, Sixto V completó la *Strada Felice* en menos de un año (1585-1586);



Sixto V contaba 64 años cuando fue elevado al solio pontificio, y 69 cuando, debilitado por las largas luchas internas originadas por su enemistad con España, sucumbía, víctima de la malaria, entre los muros, no terminados todavía, de su Palacio sobre el Quirinal. Sólo cinco años y cuatro meses fueron concedidos a este gran organizador para poder realizar los inmensos cometidos que deseaba llevar a término, en política, en administración, en urbanística. En ningún otro campo su

y hacia el fin de su gran voluntad hizo que la cúpula de San Pedro (cuya terminación estuvo paralizada cerca de un cuarto de siglo) surgiese en un período de veintidós meses (1588-1590).

Jaime de la Porta y Domingo Fontana, que eran los encargados de continuar el proyecto de Miguel Ángel, tenían ochocientos operarios en la cantera día y noche, durante toda la semana, incluso en los días festivos.

El Cardenal Montalto había tenido que esperar mucho antes de poder actuar: trece años, y los mejores de su vida. Durante todo este tiempo había permanecido apartado, ignorado por Gregorio XIII, y al margen de la vida activa. En este período descubrió un lugar de retiro, un ambiente en el que le placía vivir y en el cual deseaba reposar para siempre. Era un lugar privado de agua y solitario, sobre el monte Esquilino, lejos de todo lugar habitado⁶³, pero vecino a la iglesia de Santa María la Mayor, tan amada por él.

El cardenal lo adquirió en 1581, y allí creó, juntamente con Domingo Fontana, la *Villa Montalto*, una propiedad con amplísimo jardín y una pequeña casa de campo, coronada por una torre, que llamó el *Palazzotto Felice* (fig. 35).

La organización de esta propiedad representa uno de los más felices ejemplos de colaboración entre arquitecto y propietario que se haya jamás producido. Esta unión excepcionalmente feliz estaba basada en una profunda afinidad interior. Domingo Fontana⁶⁴, como su comitente, poseía el talento de la organización precisa y eficiente.

Ello está suficientemente probado en sus descripciones de las medidas estudiadas por él para la difícil erección del obelisco vaticano. Menos espectacular, si bien más delicada, fue la remoción de la antigua capilla del "Presepio" en Santa María la Mayor, para trasladarle a

la nueva construida ex profeso (figura 36). Fontana pertenecía a la generación artísticamente mediocre de los arquitectos entre Miguel Ángel y el afianzamiento del barroco romano. Su gusto carecía de sabor, como el de su cliente. El Laterano, el Quirinal y el ala que los une al Vaticano se hallan entre los más grises palacios de Roma; pero el conjunto de la influencia de su obra condujo a resultados urbanísticos sin comparación posible en aquella época.

El Palazzotto de Pontana, en la propiedad de Montalto, era asimismo insignificante, pero el trazado del jardín (fig. 35), con su perspectiva lejana, representaba la anticipación de un siglo sobre los jardines en forma de tablero de ajedrez del Renacimiento.

En Montalto, el hijo de un granjero había hallado una porción de terreno enteramente suya, y aquí su antiguo deseo de contacto con la tierra, por largo tiempo comprimido, podía satisfacerse. Como cardenal, y como Papa, dedicó el máximo cuidado al cultivo de su propiedad, y plantó cipreses y olivos con sus propias manos.

En uno de los frescos existentes en un ala nueva añadida posteriormente — actualmente conservado en el Colegio Máximo — estos nuevos y pequeños árboles aparecen detrás de un muro con toda su sutilidad (fig. 33).



30. Roma. La zona entre el Coliseo y San Juan de Letrán, del plano de Antonio Tempesta, 1593. Este plano, realizado poco después de la época de Sixto V, no puede ser fácilmente confrontado con el otro, por su diferente orientación. Pero también así uno se da cuenta del inmenso cambio que se había operado durante tan pocos años. Una calle directa conduce ahora del Coliseo al obelisco situado ante el Palacio Lateranense, y de aquí una línea recta (la rectificadora Vía Gregoriana) lleva directamente, a través del plano, a Santa María la Mayor (fuera del límite del plano, a la izquierda). Ésta, el templo predilecto de Sixto V, fue unida por una calle, directa (parte de la calle Felice) también con Santa Cruz (al fondo, en el plano). Cercana al Coliseo puede observarse una gran actividad en la construcción, y la campiña se va poblando de edificios.

⁶³ Según su biógrafo, el barón. Hübner, el cardenal tenía necesidad de una escolta de cincuenta soldados cuando se retiraba a sus posesiones. Véase Hübert, obra cit., vol. I, pág. 234.

⁶⁴ Domingo Fontana fue uno de los primeros arquitectos que se instalaron en Roma procedentes del Norte, de Melida, situada en la orilla suiza del lago de Lugano. Es interesante hacer observar que también Carlos Maderno (arquitecto de las naves de la iglesia de San Pedro, y sobrino de Fontana, del cual fue en un principio ayudante), y Francisco Borromini, sobrino de Maderno, provenían ambos de poblaciones vecinas y pertenecían a la misma rama familiar. Ver Hugo Donati, *Artisti ticinesi*, Roma 1942.



32. Roma. Santa María la Mayor y la Villa Montalto, 1593. Del plano de Antonio Tempesta. Santa María la Mayor, con sus edificios conventuales, se alzaba sola en un lugar desierto y carente de agua, sobre el Esquilmo, cuando el cardenal Montalto (más tarde Sixto V) adquirió el terreno para su Villa Montalto. Sobre el plano de Tempesta la propiedad circundada de muros, con su palacete, la torre y dos sendas de apreses, se distingue claramente, como también la plaza nuevamente creada y el obelisco ante Santa María la Mayor, en tanto que detrás del templo la nueva calle de Sixto V, hasta San Lorenzo, pasa a través de la Muralla Aureliana. La calle Felice no es fácil de distinguir, porque Tempesta se vio obligado a curvarla, para adaptarla a la abrupta naturaleza del país.

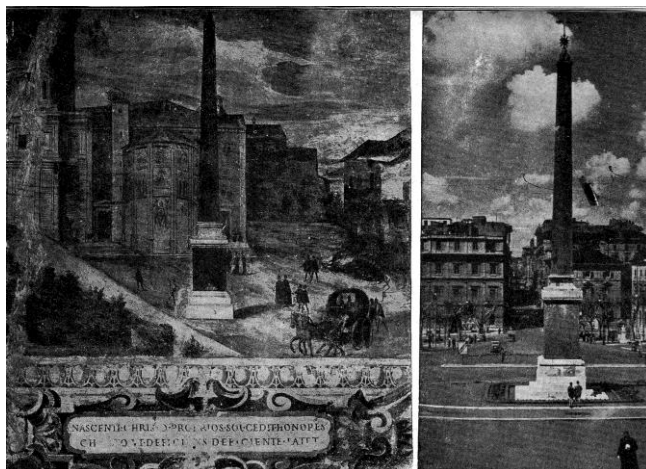
33. Roma. Santa María la Mayor y su obelisco, 1587, del fresco actualmente en el Colegio Máximo. Este fresco adornaba antes el edificio que Sixto V erigió para su, personal de servicio a la larga del confin de sus propiedades. En primer término, se ve una antigua carroza de altas ruedas, y a la izquierda, en toda su natural fragilidad, los jóvenes árboles que delimitan el terreno y que fueron plantados por sus propias manos.

34. Vista actual del obelisco, desde el lado opuesto. Esta fotografía está tomada desde Santa María la Mayor, en dirección hacia el Pindó, a lo largo de la calle Felice.

Planificación simultánea

En este lugar, en plena soledad, el Cardenal Montalto transcurrió la mayor parte de los últimos cuatro años anteriores a su acceso al solio pontificio. El aspecto quizá más apreciable de su actividad como Papa es el detalle de la simultaneidad con que fue capaz de ejecutar sus grandes obras, en las que puso mano desde el primer día de su pontificado. Su capacidad para llevar a cabo sus grandes proyectos en un tiempo tan breve había sido madurada durante los años de vida contemplativa transcurridos precisamente en aquel lugar, al que a menudo visita. La sincronización del trabajo fue llevada adelante con la infalible seguridad de un plano estratégico general. Eugenio Haussmann efectuó la transformación de París paso a paso — réseau por réseau—. Sixto V obró desde un principio de una vez, con simultaneidad asombrosa.

Existe aún un librito de memorias, llevado escrupulosamente, en el cual se hallan anotadas todas las pequeñas transacciones financieras del fraile mendicante Félix Peretti. Ya Papa, Sixto V ordenó introducir el mismo orden en los asuntos sociales y financieros del Estado Pontificio. Triunfó en ambos a la vez. En breve tiempo fueron completamente desorganizados los grupos de bandidos y de



aristócratas que se habían unido para aterrorizar al pueblo en el interior y en el exterior de la ciudad⁶⁵, y el tesoro papal del Castillo "Sant Angelo" se vio aumentado veinte veces más durante su breve pontificado. Las medidas tomadas por él en todos los campos lindaban con la crueldad. Unía la rígida moralidad de los puritanos contemporáneos suyos a la actitud despiadada de los inquisidores católicos. Citamos una frase del "Granduca" de Toscana: "Él trata con igual indiferencia a las construcciones que a los hombres."

Al mismo tiempo que ponía orden en el territorio, Sixto V llevaba adelante su "magnánima empresa", como la llamaba Domingo Fontana. En el primer año de su pontificado dio principio y fin a la *Strada Felice*; inició el transporte del obelisco situado ante San Pedro, los viaductos y los canales para el Agua Felice, el Palacio y la Basílica del Laterano, el aislamiento de la Columna Trajana y la desecación de las lagunas Pontinas (empleando dos mil obreros). Además de todo ello se aceleraban también con intensidad frenética los trabajos para la terminación de su antigua propiedad y de la suntuosa capilla de Santa María la Mayor. Estos ejemplos ofrecen una clara demostración de la simultaneidad de sus planes urbanísticos.

El gran plano de Roma

En el campo de la urbanística, Sixto V fue uno de aquellos excepcionales hombres que son capaces de organizar, de recoger los datos existentes, y de ejecutar el proyecto. Él partió de la obra de sus predecesores, la integró en su programa de planificación, y señaló el camino para su futuro desarrollo. No toleró ningún obstáculo a la realización futura. Sólo la muerte pudo detener — y demasiado pronto — sus energías sin límites.

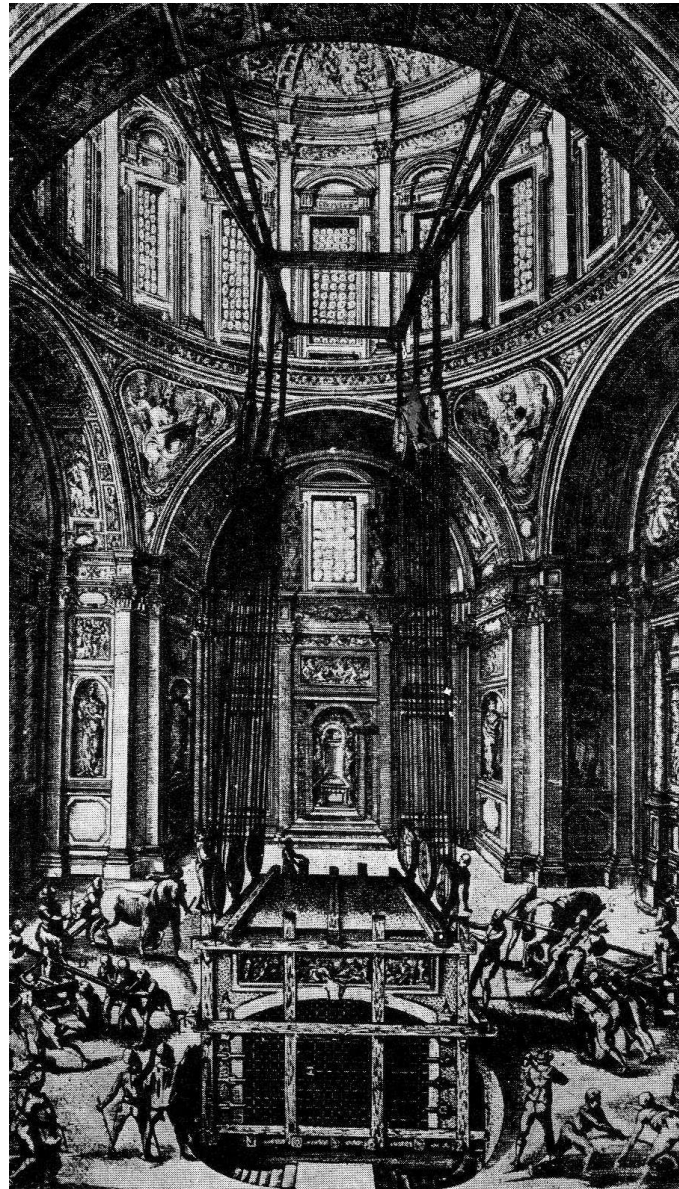
⁶⁵ Sübner. ob. cit., vol. I, expresa ampliamente su opinión con respecto a esta cruenta lucha.

Roma se desarrolla del oeste al este

Ya antes de los tiempos de Sixto se había producido en Roma un extraño fenómeno. En lugar de desarrollarse como la mayor parte de las ciudades, de Este a Oeste, la Roma moderna había crecido de Oeste a Este, o, más exactamente, de Noroeste (el Vaticano) hacia la más saludable zona montañosa del Sudeste.

Las subdivisiones de Roma a últimos del Renacimiento, antes de Sixto V

Entre el 1503 y el 1513 Julio II había trazado dos vías rectas sobre las riberas del Tíber: la Lungara, sobre la ribera derecha, y la Via Giulia, sobre la izquierda. Su sucesor León X (1513-1521) proyectó la Strada Leonina ("Vía Ripetta"), que es la situada más al Este de las tres que irradian de la Plaza del "Popólo", Paulo III (1534-1549) es el autor de la vía simétrica, la Via del Babuino, mientras que la central, sobre el eje, la Via Lata (hoy el Corso) era en la antigüedad la vía de acceso a Roma desde el Norte. Es característico que dos de las pocas iglesias renacentistas de Roma que se hallan en esta zona, "Santa María del Popolo", y sobre la cumbre del Pincio, "Trinitá dei Monti", fueran terminadas solamente bajo Sixto V. En este punto, el crecimiento de la ciudad se dirige resueltamente hacia el Sudeste. Desde la colina abandonada del Quirinal, Pío V (1559-1565) trazó en 1561 una línea recta de dos kilómetros hasta la inigualable "Porta Pia", puerta de Miguel Ángel. Esta calle, que en un principio se llamó, del nombre del Papa, Strada Pia, es ahora calle del Quirinal y calle XX de septiembre. Aquí nos hallamos ya en el centro de la zona comprendida en el programa de Sixto V. Finalmente el inmediato predecesor y antagonista de Sixto V, Gregorio XIII (1572-1585), mejoró en parte la antigua calle que unía Santa María la Mayor con la Basílica de San Juan de Letrán (figs. 30 y 31).

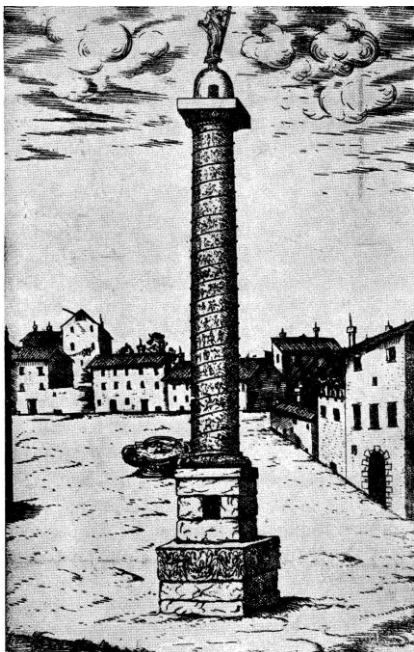


35. Roma. La Villa Montalto, de finales del Seiscientos, de J. B. Falda. "Los jardines de Roma", Nuremberg, 1695, Los jardines, con sus vistas axiales, tal como fueron trazados por Sixto V, un siglo después de los arriates rectangulares del Renacimiento. Las sendas de apreses permanecieron hasta que fueron devoradas, en la época del ferrocarril, por el desarrollo de las ciudades.

¿Por qué es tan grandiosa la obra de Sixto V?

36. DOMINGO FONTANA, El transporte de la capilla del Santo Pesebre (de Domingo Fontana, ob. cit.). El transporte de la capilla entera, conteniendo las reliquias del Santo Pesebre, de su lugar precedente, en el interior de Santa María la Mayor, hasta la nueva Capilla que Sixto V construyó para que les sirviese de tumba a él y a su bienhechor Pío V, fue empresa muy arriesgada, y puso de manifiesto ya gran capacidad de Fontana para las obras de ingeniería.

² ¿Por qué señala el autor que "Detrás de esta empresa podríamos vislumbrar signos de la contrarreforma..."?



37. Roma. La Columna Antoniana y la apertura de la Plaza Colonna, 1588 (de Bordin). Sixto V colocó sus obeliscos, como si se hallara guiado por una varilla de zahorí, en puntos donde en el futuro surgirían. espléndidas plazas. Aquí liberó la Columna Antoniana y el espacio situado a su alrededor, de las ruinas de siglos, fijando los límites que tendrán, su determinación arquitectónica sólo a últimos del Seiscientos. En los grabados de los Bordini los caracteres primitivos de las construcciones de entonces resultan más evidentes que en el fresco del Vaticano. Aún hoy la Plaza Colorina mantiene su antigua posición de centro de Roma.

³ Aspectos de CFE

⁴ Objetivo de la apertura de calles

Las determinantes eclesiásticas para el plano de Sixto V

A su acceso al pontificado, en 1585, Sixto V había hallado ya una serie de desarrollos fragmentarios con respecto a su extensión, en orden cronológico, de Oeste a Este. Él supo reunirlos conjuntamente en un programa unificado, que fue su gran plano regulador. El primer impulso que determinó esta nueva transformación fue principalmente de carácter eclesiástico. Comunicaciones viales tenían que unir las siete basílicas principales y los sagrados templos que los fieles debían visitar en una única jornada de peregrinaje. **Detrás de esta empresa podríamos vislumbrar signos de la Contrarreforma**² y la vitalidad nuevamente despierta de la Iglesia. El deseo de Sixto, según la expresión del Pastor, era hacer de toda la ciudad de Roma "un único sagrado templo".

Al clero y a los peregrinos el plano regulador de Sixto se les aparecía como una simple red de calles que uniese los lugares santos³. Existe un poema en exámetros latinos en loor de la obra de Sixto V, escrito por el padre Oratoriano Bordini (588)⁶⁶, cuando aún los trabajos estaban en curso de ejecución. El punto de vista eclesiástico viene ilustrado por una rudimentaria planimetría (fig. 28) en la cual se distinguen solamente las iglesias principales y las calles que las unen. Estas vías forman una estrella que irradia de la Basílica de Santa María la Mayor hacia las distintas iglesias, "*in syderis formam*". La planta en forma de estrella ha dado origen a un juicio erróneo por cuanto se refiere al verdadero objeto del proyecto, que era en realidad de naturaleza muy distinta. Por desgracia no poseemos ningún plano original del arquitecto: nuestras averiguaciones en tal sentido no han tenido éxito. Acaso tales planos no hayan existido nunca. Domingo Fontana hace pocas y breves observaciones sobre el proyecto

⁶⁶ Francisco Bordinus, *De rebus praeclare gestis a Sixto V*, Roma 1588. Ejemplar muy raro; existe una copia en la Biblioteca del Palacio Venecia, en Roma.

realizado por él bajo el pontificado de Sixto V, por cuanto considera las calles, al referirse a éstas, como a las "vías abiertas por Nuestro Señor". Sin embargo, aquí está por primera vez expresado el punto de vista que ha determinado la ordenación de las calles de la ciudad moderna, y ésta es una razón suficiente para citar algunas de las observaciones de Fontana; comienza presentando así el problema en general: "deseando aún Nuestro Señor facilitar el camino a aquellos que, movidos por la devoción o por votos, suelen visitar frecuentemente los más santos lugares de la ciudad de Roma, y en particular las siete iglesias tan celebradas por las máximas indulgencias, y reliquias"⁴ que allí existen, ha abierto en muchos lugares multitud de vías amplísimas, y muy rectas, de modo que pueda cada uno, sea a pie, a caballo o en coche, salir del lugar que desee de Roma y trasladarse, casi directamente, al templo que sea de su predilección para practicar sus devociones."

La red de calles fue llevada a cabo sin preocupaciones y a pesar de las muchas dificultades que se oponían, venciendo sin contemplaciones todos los obstáculos naturales y derribando cualquier estorbo. Al propio tiempo, empero, Sixto era buen conocedor de la maravillosa variedad de la topografía de Roma, y se sirvió de sus "varias y diversas perspectivas... para satisfacer los sentidos del cuerpo".

"Con dispendios verdaderamente increíbles, y de conformidad con el ánimo de tal Príncipe [Papa Sixto] ha trazado las citadas calles de un punto a otro de la ciudad, sin tener en cuenta los montes o valles que allí se atravesaban, pero haciendo explanar aquéllos y rellenar éstos, la ha transformado en dulcísima llanura y bellísimos sitios, descubriéndose, en la mayor parte de los lugares por donde ellas pasan, las más bajas partes de la ciudad con variadas y diversas perspectivas, así que, además de facilitar la práctica de la devoción, cautivan también con su belleza los sentidos del cuerpo." En pocas palabras, Fontana expresa la intención fundamental de Sixto. Dos tercios de la ciudad de Roma están comprendidos, como es sabido, entre la Muralla

Aureliana. La zona de las colinas, que disfrutaba del mejor clima, estaba prácticamente deshabitada, y en realidad apenas era habitable. En efecto, allí no se encontraban más que "unos pocos campanarios de la época medieval que se alzaban entre basílicas veneradas desde tiempos antiguos. Toda la región, tan solitaria, parecía destinada a ser para siempre un lugar de plegaria y de silencio.

Sixto estimuló la actividad constructora ofreciendo varios privilegios. Uno de sus biógrafos⁶⁷ recuerda cómo la hermana de Sixto, doña Camila, que era muy hábil en los negocios, construyó algunas tiendas en la parte del Esquilino vecina a Santa María la Mayor, para alquilarlas muy ventajosamente. La transformación de la ciudad fue tan grande y rápida, que un sacerdote, de regreso en Roma después de la muerte de Sixto V, observó que podía a duras penas orientarse, ya que "cada cosa se me presenta nueva, edificios, calles, plazas, fuentes, acueductos, obeliscos"⁶⁸.

La "Strada Felice"

Gran honor para Fontana fue, sin embargo, la *Strada Felice*, que llevaba el nombre del Papa y que fue iniciada y terminada en un año (1585-86). Esta gran avenida desciende desde la colina del obelisco delante de Santa María la Mayor (fig. 34) (ahora se llama: "Via Depretis" y "Via Quattro Fontane"); después trepa hasta la cima del Pincio y la "Trinitá dei Monti" (consagrada por Sixto en 1585)⁶⁹; de este modo, esta iglesia sobre el Pincio se halla unida directamente a Santa María la Mayor sobre el cerro Esquilino. El tramo final, que no fue

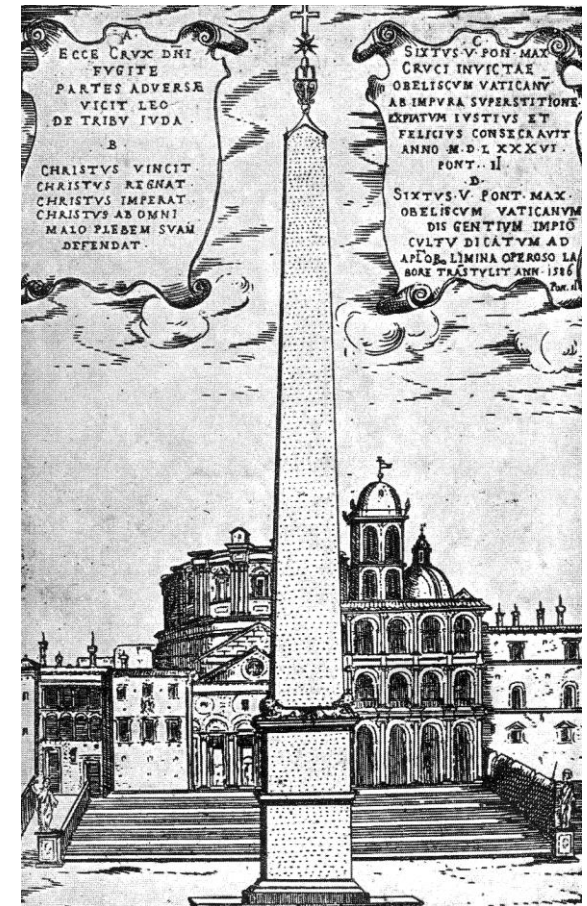
nunca completado, estaba destinado a conducir nuevamente hacia abajo, hasta el Obelisco de la Plaza del "Popolo", como se ve claramente en el fresco existente en el Vaticano (fig. 29). La escalinata de la Plaza de España, proyectada por Sixto como un puente que uniese la alta y soberbia "Trinitá dei Monti" con el centro de la ciudad, a través de la Via Trinitatis (hoy "Via Condotti"), debía esperar hasta el Setecientos antes de ser construida.

Desde el lejano emplazamiento de Santa María la Mayor la Strada Felice continúa en línea recta, sin desviaciones, hasta la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén: en la segunda mitad del Ochocientos este tramo de calle servirá luego como arteria central de uno de los barrios más fastidiosos y deprimentes de Roma, y diversos nombres les serán dados a varios tramos de la calle.

Fontana habla de la Strada Felice del modo siguiente: "la más célebre es la calle denominada "Felice", que parte de la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, y llega a la iglesia de Santa María la Mayor, y de allí sigue hasta la "Porta del Popolo", que en total recorre dos millas y media de espacio y es siempre recta, tirada a cordel, y ancha hasta permitir la circulación de cinco coches a un mismo tiempo"⁷⁰

Una calle que permitiera el paso de cinco carrozas a la vez, en otras palabras, una avenida para la anchura de diez ruedas, debió parecerles a los romanos algo excesivo, porque esto sucedía casi a principios de la transición, que se estaba operando, del caballo montado y de la silla de manos al coche y a la carroza⁷¹. Sixto no se olvida casi nunca de hacer representar, en sus frescos, una de las primitivas carrozas del tiempo, abiertas delante y detrás, con

¿El plan contempla adaptación al territorio o transformación del mismo?



⁶⁷ A. von Hübner, *Sixtus der Funfte*. Leipzig 1871, vol. II, pág. 173.

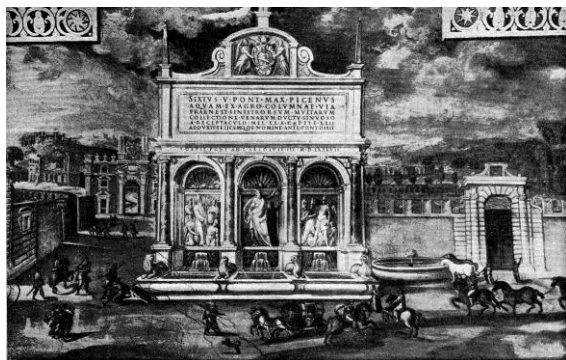
⁶⁸ *Lettere di Angelo Grillo*: Venecia 1612, citadas en: Antonio Muñoz, Doménico. Fontana, Roma 1944, pág. 39

⁶⁹ El obelisco situado frente a esta iglesia fue erigido en 1789, con arreglo al gusto clasicista del Papa Pío VII.

⁷⁰ Véase: *Della transportatione dell Obelisco Vaticano et delle fabbriche di Nostro Signore Papa Sisto V fatte dal Cavaliere Domenico Fontana architetto di Sua Santità*, Libro I, Roma 1590.

⁷¹ Ludovico von Pastor, *Sixto V, el creatore della nuova Roma*, Roma 1922, pág. 15.

38. Roma. El obelisco ante San Pedro, inmediatamente después de su colocación, 1588 (de Bordino). El transporte de este obelisco como también el traslado de la Capilla del Santo Pesebre, de Santa María la Mayor, son características de la virtud y del gran interés demostrados a fines del Quinientos ante difíciles empresas mecánicas, y son anuncio precursor de la sucesiva obra de Galileo.



39. Roma. La Fuente de Moisés, 1587, fresco en la Biblioteca Vaticana. Esta fuente de tres arcos, con Moisés, al centro, simboliza la entrada triunfal del "Agua Feliz" en la zona de las colinas de Roma, que habían permanecido privadas de agua durante más de mil años. Las anchas tazas de las fuentes constituían un aljibe para usos prácticos de sus habitantes, mientras que otro recipiente especial, situado a la derecha, estaba destinado a servir de abrevadero para los animales.

¿De qué elementos se valió Sixto V para añadir interés a la propuesta?

relativos caballos, como un signo de las mejoras que había introducido en tan breve período de tiempo.

El plano regulador de Sixto V no tiene forma estelar

Por muy aficionado que fuese Sixto V a la zona en torno a Santa María la Mayor, no pensó nunca en hacer de esta basílica el centro de una red de calles en forma de estrella, como en la "ciudad ideal" del Renacimiento. El suyo no era un plano concebido sobre el papel; Sixto V tenía a Roma, tal como era, en la sangre; él mismo había seguido fatigosamente, a pie, las calles que los peregrinos debían recorrer, y había tenido noción de la distancia entre los diversos puntos y, en marzo de 1588, cuando abrió la nueva calle que unía el Coliseo al Laterano, la recorrió toda a pie, con sus cardenales, hasta el Palacio del Laterano, entonces en construcción.

Integración de lo nuevo con lo antiguo

Sixto V extendió sus calles orgánicamente, como una espina dorsal, allí donde la estructura topográfica de Roma lo requería, pero fue, sin embargo, lo suficientemente prudente para incorporar, con gran cuidado, todo aquello que le fue posible de la obra de sus predecesores. Algunas veces llegó incluso a perfeccionarlas, como en la rectificación de la Via Gregoriana (fig. 30), abierta por Gregorio XIII, y al construir y nivelar la Strada Pía. Trazó su "Strada Felice" para formar un óptimo enlace con la "Strada Pía"⁷²: su encrucijada no forma un ángulo perfectamente recto, pero Domingo Fontana situó allí cuatro fuentes, alimentadas con el Agua Felice, de manera que disimulan la desviación y subrayan así más la importancia de la encrucijada. Añaden interés al lugar

⁷² Este enlace se demostró de gran utilidad después de 1870, cuando la construcción del barrio fue muy incrementada como consecuencia de la limitación dada a la autoridad papal del Vaticano, y a la confiscación de las propiedades inmobiliarias pontificias.

las vistas que se ofrecen en todas direcciones: la "Porta Pia" de Miguel Ángel, el Obelisco de Santa María la Mayor, la gigantesca estatua del último período romano de los Dioscuri ante el Quirinal y, en la lejana perspectiva de la "Strada Felice", arriba y abajo en las colinas, la "Trinidad dei Monti" y el Pincio⁷³.

El fresco del gran plano regulador, en la Biblioteca Vaticana

Sixto V integró su nuevo centro vial no sólo con tramos de calles existentes, sino también siguiendo las exigencias de la ciudad. El fresco que había hecho pintar en el cielo raso de la Biblioteca Vaticana, en 1589, está bien lejos de ser exacto, lo mismo por cuanto se refiere a la escala, como por sus detalles; pero indicando lo que Sixto V hubiera querido hacer si el tiempo se lo hubiese permitido, da, de su plano regulador, una idea mejor que la que extraemos de la planta de aquello que fue realmente llevado a cabo (figura 29).

En el fresco, a la izquierda, está el obelisco de la Piazza del Popolo. La línea recta de la "Strada Felice" conduce al obelisco de Santa María la Mayor y continúa a San Juan de Letrán. Desde aquí hay trazado un enlace en dirección a la lejana iglesia de "S. Paolo fuori le Mura", y, en dirección opuesta, hacia la vecina S. Croce in Gerusalemme. Habíamos hablado ya del tramo que une el Laterano al Coliseo.

Volviendo a Santa María la Mayor, hallamos otra calle que conduce directamente a Santa Cruz de Jerusalén y, cosa particularmente interesante para esta época, una vía de comunicación con S. Lorenzo fuori le Mura, que no hubiera debido detenerse en las antiguas murallas romanas. Finalmente, el contacto con la ciudad antigua está asegurado por una calle (*Via Panisperna*) que conduce directamente a la Columna Trajana y a la Plaza de San Marcos (ahora de *Venezia*). Una red de

⁷³ El obelisco situado frente a la "Trinidad dei Monti" fue erigido en 1787.

calles transversales confluye en esta arteria principal, pero no es éste el momento para entrar en mayores particularidades⁷⁴. Si el tiempo se lo hubiese permitido, Sixto V hubiera reconstruido la totalidad de Roma con calles, plazas, acueductos y edificios.

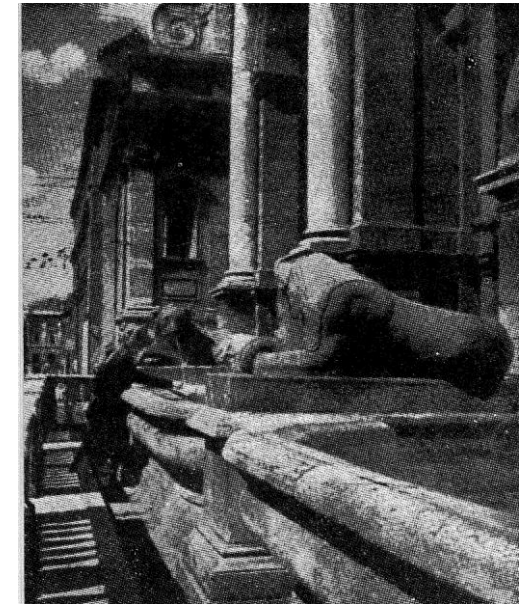
Las plazas y los obeliscos

Roma no había sido capaz de crearse soberbios centros ciudadanos que expresaran el espíritu cívico en forma monumental, como fueron construidos a su vez en Florencia, en Siena o en Venecia. Las plazas de Roma eran calles ensanchadas; por ejemplo, la *Piazza Navona*, que sigue el perímetro del Estadio de Domiciano. Estas plazas eran empleadas para mercados o celebrar en ellas fiestas populares, pero no poseían edificios de importancia social. Así el Capitolio, con toda su grandeza arquitectónica, ocupaba una posición más bien aislada. Sixto V dio un impulso mucho más enérgico que cualquier otro Papa anterior o posterior a él, a la creación de plazas en toda la ciudad. Muchas de ellas lo fueron en relación con alguna iglesia, pero no todas. Delante de los edificios construidos por él, el Laterano y el Quirinal, y en todos los puntos en que las calles se cruzaban, Sixto V procedió a establecer amplios espacios libres suficientes para desenvolvimientos futuros. Tenemos de ello un ejemplo en la ancha zona que reservó delante de las Termas de Diocleciano, sobre el límite con su propiedad de Montalto, que después se transformó en la *Piazza delle Terme*, que vino a ser la "Piazza della Stazione" en el Ochocientos. Aislando la Columna Antonina, y trazando el perímetro de la "Piazza Colonna" (fig. 37), en 1588 creó el actual centro de la ciudad. La Columna Trajana, vecina al Coliseo, con la vasta plaza que la circunda, fue

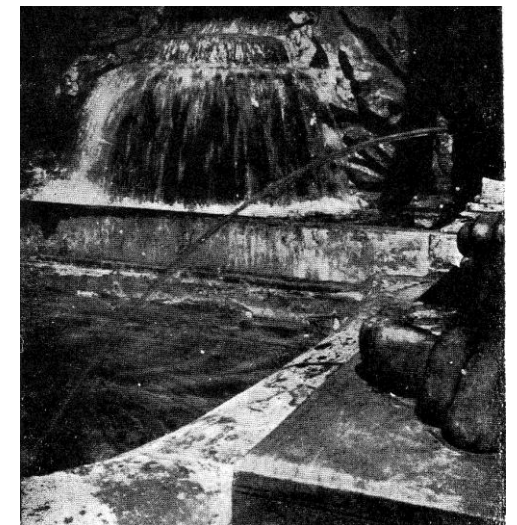
⁷⁴ Mucha información sobre la ejecución de algunas de las obras de Sixto V se puede hallar en los *Avisi di Roma*, algunos de los cuales fueron publicados por L. von Pastor, *Geschichte der Päpste*, vol. X, Friburgo 1926, págs. 591-609, y en: F. Orbaan, *The Sixtine Rome*, Roma, 1911.

concebida como un enlace" entre la antigua ciudad y la nueva. Como guiado por una vara magnética, Sixto V colocó su obelisco en el punto en que los siglos sucesivos habrían de desarrollar la más maravillosa plaza. De todas sus empresas, aquella que vino a ser la más sensacional y espectacular por más de un siglo fue el derribo, el transporte y la nueva erección del obelisco ante San Pedro (1585-86) (fig. 38). Era éste el único obelisco aún en pie, allí donde el emperador Calígula lo había colocado, en la *spina* del Circo de Nerón. Hasta Nicolás V, los Papas habían efectuado transportes y nuevas creaciones de obeliscos, sobre todo Gregorio XIII; pero ninguno había osado afrontar el problema de derribar y transportar un obelisco ya en pie.

Arquitectos cultos como Baltasar Peruzzi habían estudiado en sus dibujos también los obeliscos mutilados que yacían cerca del mausoleo de Augusto. Esto que Sixto V tenía en la mente realizar no era una invención, pero él tuvo el valor para afrontarlo. Italia poseía a fines del Quinientos la técnica más desarrollada, y sentía gran interés por las máquinas y por la mecánica. No obstante, más importante que la sensacional erección del obelisco es el nuevo significado artístico que Sixto V halló en el símbolo egipcio de los rayos solares, como eje de una nueva composición del espacio. El instinto urbanístico de Sixto V y de su arquitecto queda otra vez demostrado en la elección del punto donde erigir el obelisco a la distancia exacta de la catedral no terminada: como si Bernini mismo lo hubiese escogido como mágico centro para sus columnatas. El último de los cuatro obeliscos que Sixto V acertó a levantar es aquel que tiene quizá la posición más significativa. Situado en la entrada septentrional de la ciudad, señala la confluencia de tres calles principales (como así mismo la prolongación de la *Strada Felice*, repetidamente proyectada y nunca llevada a cabo). Dos siglos más tarde la *Piazza del Popolo* quedaría cristalizada en torno a ese punto. Solamente otro obelisco ocupa una posición tan dominante: el de la *Place de la Concorde* levantado en el año 1836.



40. Tazas de la Fuente de Moisés. Aún hoy estas tazas son siempre usadas por los habitantes del barrio.



41. Fuente de agua potable. Los leones egipcios continúan lanzando agua para los transeúntes sedientos.



Figura 42. La Fuente de Moisés, en la actualidad. Esta plaza, creada casi enteramente por Sixto V, conserva todavía hoy un carácter primitivo.



43. Roma. El lavadero de la Plaza de las Termas, fresco en el Colegio Máximo. Dos largos recipientes fueron instalados para el caso que alguien quisiera lavar su propia ropa. Existían también lavaderos cubiertos para preservarse de

Corte, Desfile y Capital

1. La posición del palacio

La construcción urbana barroca, en el sentido formal, era una encarnación del drama y del ritual predominante que se modeló en la corte; era, en efecto, un embellecimiento colectivo de los hábitos y modales de palacio. El palacio miraba en dos direcciones. Del lado urbano procedían las rentas, los tributos, los impuestos, el dominio del ejército y el control de los órganos del Estado; del lado rural procedían aquellos hombres y mujeres bien desarrollados, bien ejercitados y bien sexuados que formaban el grueso de la corte y que recibían los honores, emolumentos y gajes que el soberano otorgaba magnánimamente.

El poder y el placer, un árido orden abstracto y una sensualidad refulgente, eran los dos polos de esta vida. Marte y Venus eran las divinidades rectoras, hasta que, por fin, Vulcano dejó caer su astuta red férrea del utilitarismo sobre sus formas voluptuosas.

La corte era un mundo en sí mismo; pero un mundo en que todas las crueles realidades de la vida eran mostradas a través de una lente que disminuía sus dimensiones, en tanto que se exaltaban todas sus frivolidades. El placer era un deber, la ociosidad un servicio y el trabajo honrado la peor forma de degradación. Para hacerse aceptable en la corte barroca era necesario que un objeto o una función llevara el sello de su exquisita inutilidad. Las más poderosas ruedas hidráulicas del siglo XVII, en Marly —donde siguen funcionando—, y las grandes bombas de agua que figuraban entre sus principales adelantos técnicos eran utilizadas tan sólo para hacer funcionar las fuentes de los jardines de Versalles.

La bomba de vapor de Fischer Von Erlach, la primera que se utilizó en Austria, no fue aplicada a una mina sino a las fuentes de los jardines del palacio de Belvedere, en Viena; y ese significativo agente de producción que es la máquina de energía automática alcanzó su primer gran éxito aplicada a la fabricación de botones (la máquina estampadora), a las cintas (el telar automático angosto) y a los uniformes militares (la primera máquina de coser).

El ritual de la corte constituía una tentativa por confirmar el ilusionismo del poder absoluto mediante un teatro especial. No conozco mejor descripción del ambiente ni demostración más cabal de ilusiones que el panegírico que le dirigió Nicholas Bretón:

"Ah, la vida galante de la Corte, donde son tantas las opciones del placer, como si sobre la tierra estuviera el Paraíso del Mundo, la majestad del soberano, la sabiduría del Consejo, el honor de los Señores, la belleza de las Damas, la atención de los funcionarios, la cortesía de los caballeros, los servicios religiosos de la mañana y de la tarde, los discursos ingeniosos, eruditos, nobles y placenteros durante todo el día, la variedad de ingenios y la profundidad de los juicios, las comidas exquisitas, dulcemente aderezadas y pulcramente servidas, los vinos delicados y los raros frutos, con música excelente y voces adorables, mascaradas y obras de teatro, bailes y cabalgatas; la variedad de juegos, deliciosos para los fines del jugador; y los acertijos, las preguntas y las respuestas; los poemas, historias y extrañas invenciones del ingenio, para sorprender el cerebro de buen entendimiento; suntuosas vestiduras, preciosas alhajas, delicadas proporciones y buenos espíritus, coches principescos, caballos

Reedición a partir del libro

La ciudad en la historia.

Sus orígenes, transformaciones y perspectivas
Mumford, Lewis

Versión castellana E. L. Revol.

Buenos Aires, Argentina: Ed. Infinito 1979

Tomo II

Capítulo XIII

majestuosos, edificios regios y singular arquitectura, dulces criaturas y placer decoroso; y en el curso del amor un contenido tan rico como el que deposita el espíritu en el regazo del placer, que si me pusiera a hacer la alabanza de él durante todo el día, no habría llegado a enunciar todo su mérito al caer la noche."

No es necesario subrayar el contrapunto de las realidades: la conversación huera que pasaba por ingenio, los hijos indeseados que se colaban a través de las vallas de los anticonceptivos de moda, conocidos desde el siglo XVI por las clases superiores de Francia e Italia, la competencia educadamente implacable en pos de los cargos y las distinciones. Quedaba aún bastante plausibilidad en la meliflua composición aun cuando ya se justificaban las notas amargas. El lema escrito sobre el portón de la abadía de Thélème, de Rabelais, era: "Haz lo que quieras." Sobre los portales del palacio había una aclaración complementaria: "Mientras le plazca al príncipe." No obstante, corresponde agregar un hecho que, con excesiva frecuencia, se excluye de la concepción de esta vida barroca, ceremoniosa y sensual. Su ritual era tan tedioso que verdaderamente aburría a la gente hasta enloquecerla. La rutina cotidiana del príncipe y de su cortesano era comparable a la de un obrero de la industria del automóvil en una planta de montaje: cada detalle de dicha rutina estaba preestablecido tanto para el soberano como para su comitiva. Desde el momento en que los ojos del príncipe se abrían hasta el último instante, cuando su amante dejaba su cámara, estaba, por así decirlo, en la línea de montaje.

Tal vez este tedio invasor explica no sólo la esforzada trivialidad en la política del Estado barroco, sino también el elemento de pura travesura, como el estallido de los escolares que han estado bajo un control demasiado severo. En gran parte las intrincadas conspiraciones eran obra de hastiados virtuosos de la diplomacia, a quienes nada les complacía más que prolongar el juego mismo. Sin duda, el eterno estar de

pie, esperar, inclinarse y recoger —del que Taine ha dado una visión inolvidable en su descripción del Ancien Régime— debe haber sido hecho a contrapelo por hombres y mujeres bien alimentados. No ha de asombrar, pues, que las diversiones espectaculares desempeñaran un papel tan importante en su vida. Por desgracia, las mismas distracciones de la corte se convertían en deberes. El "desempeño del ocio" imponía nuevos sacrificios. Las grandes cenas, los bailes y las visitas formales, tales como los desarrollaron la aristocracia y quienes, después del siglo XVII, la remedaban, sólo daba satisfacción a aquellos para quienes la forma es más importante que el contenido. Ser "visto", ser "reconocido", ser "aceptado", constituían los deberes sociales supremos, a la verdad, la labor de toda una vida.

En su última triste vulgarización, en las noticias de las actuales columnas de chismes de sociedad, esta es la parte que todavía se desempeña en los clubes nocturnos y los estrenos teatrales. Una buena proporción de la vida descrita en *Vanity Fair* y en *Le Rouge et le Noir*, en un extremo del siglo XIX, y por Proust, en el otro extremo, consistía en hacer visitar y "hacer la corte": vacuas formalidades. Proust observó que fue en los tiempos de Louis XIV cuando se produjo un gran cambio en la vida de la aristocracia, que otrora había tenido responsabilidades activas, graves deberes y serios intereses: las únicas cuestiones que se trataban con seriedad moral eran las que se referían a modales. Como en tantas otras esferas de la vida, la corte barroca se adelantó en esto al ritual y a la reacción psíquica de la metrópoli del siglo XX. Una noria similar, un aburrimiento similar, y una tentativa similar por refugiarse en las "distracciones" de la tiránica opresión que se ha convertido en rutina y de la rutina que se ha convertido en una aplastante opresión.

2. Influencia del palacio sobre la ciudad

La corte barroca ejerció influencia directa sobre la ciudad en casi todos los aspectos de la vida: es incluso la progenitora de múltiples instituciones nuevas que la democracia reclamaría más tarde como suyas. No hubo una dominación paralela del castillo ni siquiera sobre la ciudad italiana medieval; en el mejor de los casos, las fuerzas circularon

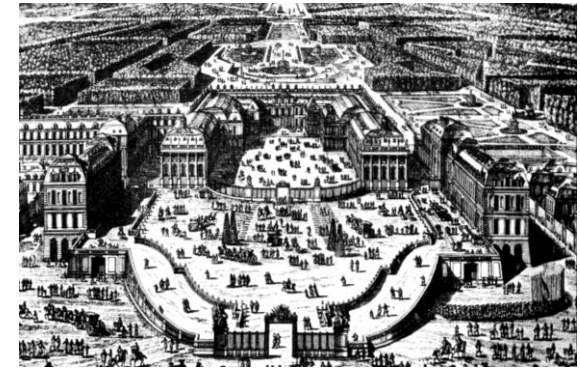
En dirección opuesta, y la nobleza feudal se hizo más urbana. Con el tiempo, a mucha distancia, el ideal democrático sería pervertido en masa bajo el capitalismo, en un esfuerzo por popularizar la imagen de la vida cortesana como la consumación deseable de la existencia humana y el sello final del "éxito": un lujo sofocante, el gasto para hacerse notar, el despilfarro hasta lo extravagante, un hartazgo de novedades y sensaciones, organizados en un carnaval de trivialidades, con el único propósito de mantener en funcionamiento una economía en expansión.

El precio final de estas economías en expansión, tanto en las cortes barrocas como en los hogares devoradores de mercadería de nuestra actual democracia, es una vida que se contrae: la del parásito hinchado, desvalido, dependiente, esclavo de su anfitrión.

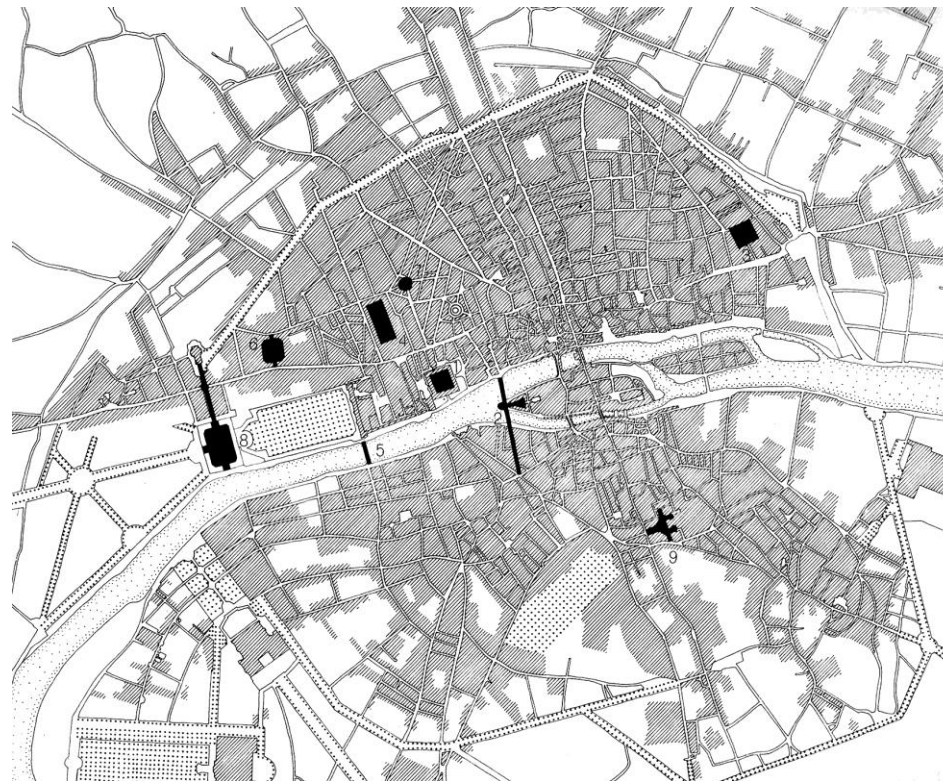
No hay que concebir el predominio del palacio en los términos de un solo edificio con sus funciones cortesanas: el estilo palaciego de vida se difundió por doquier; a decir verdad, la palabra **palazzo**, primero en Italia significa cualquier edificio magnífico, como el que un señor o un príncipe de los mercaderes podía ocupar.

Palaciego, en términos barrocos, equivale a espaciosidad y poder autónomo. El deseo de autonomía, a decir verdad, había aparecido en otra forma en el siglo XIV con la selva de torres rivales, torneadas y cuadrangulares, que convirtieron el horizonte de Lucca, Bolonia o San Gimignano en otras tantas almohadillas urbanas erizadas de alfileres. Allí el nuevo espíritu adoptó una forma cabalmente medieval para expresar el dominio. Pero, a partir del siglo XV, se subrayó la espaciosidad horizontal: el poder se extendió. Carente

de espacio en el centro, huiría a los suburbios, como Louis XIV, quien recordando cómo había sido obligado a huir de París ante una sublevación popular, en su juventud, se refugió en Versalles: una capital suburbana. Tan espaciosos eran los interiores de los nuevos palacios que una institución de la clase superior, igualmente nueva, el hotel, no sólo toma su nombre del palacio urbano, en Francia, sino que también desempeña una de sus funciones principales, la de brindar una hospitalidad aparentemente libérrima. . . aunque con una tarifa. La formalidad y el anonimato mismo de sus planes le dieron cierta flexibilidad como alojamiento, tanto más cuanto que estaba proyectado para que cupieran en él gran número de sirvientes y cortesanos. Hasta la fecha, muchos «le los mejores hoteles de lujo, en Roma, son antiguos palacios.



Palacio de Versalles



Ciudad de París

Roma y Padua fueron, de hecho, las primeras ciudades donde se edificaron los nuevos hoteles de uso comercial siguiendo el modelo palaciego.

El de Padua (que data de 1450, aproximadamente) tenía establos con capacidad para doscientos caballos. Los otros usos que también se dieron a estos antiguos palacios, como galerías de arte, museos, academias y edificios para oficinas, evidencian la relación orgánica entre el estilo barroco de vida y sus instituciones características.

Especialmente gracias al patrocinio de la aristocracia, el teatro adquirió en Londres, París y otras ciudades menores su forma moderna, que era una modificación de la antigua forma griega y romana. Siguiendo la iniciativa de Palladio en su teatro Olímpico, de Vicenza, el teatro era ahora un salón cubierto, en el que el auditorio se sentaba según su rango y sus posibilidades económicas; y donde, desde su posición fija, se convertían en los espectadores pasivos de un drama visto, por así decirlo, a través de una vidriera de tienda. Tan hondo calaba el teatro en el estilo de esta época que las disecciones anatómicas constituían representaciones públicas anuales, que se llevaban a cabo en 'teatros', que es como aún se denomina a veces a las salas destinadas a esos fines.

La nueva perspectiva espacial barroca se manifestó por primera vez en el teatro, en la escenografía de una calle (Serlio), y no en la ciudad real; y no por accidente los nuevos urbanistas, como Servandoni, Inigo Jones y Bernini fueron simultáneamente escenógrafos. A decir verdad, en sí misma la nueva ciudad constituía un ensayo de diseño escénico formal: un telón de fondo para el poder absoluto. Cuando las finanzas reales eran inadecuadas para llevar a cabo hazañas suficientemente grandiosas en la construcción con mármol, las apariencias se falsificarían con pintura y yeso; o bien una fachada monumental ocultaría ostentosamente al edificio insignificante que había tras ella.

Ante todo, fue en el aspecto del placer y las diversiones, de la representación teatral y los espectáculos públicos donde la influencia del palacio se ejerció con más energía. El "jardín de placer", como los Kanelagh Gardens de Londres, en el siglo XVII, y los jardines de Vaux-hall y Cremorne, en el siglo XVII y a principios del siglo XIX, fueron intentos de proporcionar los placeres más voluptuosos de la corte a la gente común, por un precio razonable por cabeza. El ulterior equivalente francés fue el Bal Masqué, y el paralelo alemán, el Biergarten, más doméstico y ordenado. Estos jardines eran populares en todas partes donde la vida cortesana era ostentosamente visible: los célebres jardines de Tivoli, en Copenhague, aún atestiguan este hecho, si bien las cervecerías de que Nueva York se enorgulleció durante el medio siglo posterior a la guerra civil, han desaparecido ahora. Los jardines estaban constituidos por un gran edificio central, a menudo con vistosas decoraciones, donde se bailaba y jaraneaba y donde podían celebrarse grandes festines; un gran edificio rodeado de jardines con glorietas y bosquecillos, por los que la gente podía vagar en una hermosa tarde, comiendo, bebiendo, flirteando, copulando, contemplando fuegos artificiales o juegos de luces: el alborozo y la licencia del carnaval, brindados diariamente. En *A Party at Vauxhall Gardens*, Oliver Goldsmith ha dejado buenas descripciones del escenario y del estado de ánimo.

Los columpios y los *carrousel*s hicieron su aparición en estos jardines de placer. Del mismo modo, a comienzos del siglo XIX, el amor aristocrático a la velocidad se manifestó en el más popular tobogán. Por lo que hace a la rotación circular de los caballitos de madera, su nombre francés, *carrousel*, revela a las claras su origen aristocrático; pues el *carrousel* era originalmente la exhibición diaria de caballos y carruajes, para los que, en un principio, se concibieron como marcos los círculos y *rond points* o vastas plazas. Con los caballitos de madera el populacho podía gustar los mismos placeres.

En el transcurso del siglo XIX la vieja elegancia barroca desapareció: a partir tal vez de las ferias internacionales, formas de diversión más ruidosas y distracciones más sobrecogedoras, como la Rueda de Ferris, pasaron a ocupar el primer plano y, al final, como en Coney Island, sólo quedó un resplandor chillón. Cabe recordar aquí las palabras de Rainer María Rilke respecto de Capri: "Cuando los hombres buscan el placer, el descanso o el goce, ¿los han visto alguna vez obtener resultados placenteros?"

Pero el punto de origen de la cultura urbana barroca es tan evidente como su propio camino descendente: el placer, para las masas de cualquier gran ciudad, o en el más remoto salón de baile suburbano, es aún placer barroco: espectáculo, brillo, gasto, excitaciones visuales con conquistas eróticas o posibilidades suberóticas, todo debidamente pagado, acompañado de comidas y copas en restaurantes y cafés necesariamente caros. Y cuando el jardín de placer desapareció como ente específico con la expansión y la congestión de la ciudad, el mismo elemento reingresó a la ciudad en barrios adecuados, como ser Broadway, Piccadilly, Soho, Montmartre y el Rembrandtplein.

Si el jardín de placer creció en una rama de la vida palaciega barroca, el museo creció aún más cerca del tronco mismo. Fue un producto de la economía de adquisición ilimitada, como el primero lo fue del consumo ilimitado. En el comienzo, sin duda, el museo procedía de motivos de curiosidad científica, como en el caso de las colecciones de Aristóteles; en tanto que, en la época medieval, bajo la influencia de la teología cristiana, el museo adquirió la forma de una colección de reliquias religiosas: el diente de un santo, una ampolla con sangre, una astilla de la verdadera cruz, que naturalmente se guardaban en las iglesias. Pero el museo en el sentido moderno comenzó nuevamente con la colección de monedas e inscripciones, práctica que ya era común en Italia en el siglo XV. Estas colecciones se adelantaron en unos cuantos años a las colecciones de historia natural de un Agripa von Nettesheim, un Paracelso o un Agrícola. Los escritos de este último,

dicho sea de paso, decidieron al elector Augusto de Sajonia a iniciar las colecciones que luego se convertirían en los museos de Dresde.

Con el tiempo, el propósito de estas colecciones de museo se amplió. Mercier, al escribir en *L'An 2000* (1770), una representación utópica del futuro, preveía un museo donde "todas las especies de animales, vegetales y minerales estarían colocadas bajo esas cuatro grandes alas y se las advertiría de un solo vistazo". Sobre la fachada de este edificio había la siguiente inscripción: "Abreviatura del Universo." La ambición era admirable; pero el resultado, lo hemos aprendido con pena, puede ser una invitación a indigestarse, en la medida en que se respeten las normas barrocas de adquisición, consumo y exhibición ilimitados.

Al comienzo, el amor por el arte antiguo y por las curiosidades y monstruosidades recién descubiertas, pareció igualmente ávido. Evelyn describe un palacio veneciano, repleto de estatuas romanas, pero que también contenía "cosas petrificadas, nueces, huevos cuyas yemas sonaban como cascabeles, una pera, un trozo de carne con los huesos, un puerco espín entero". También era éste el estilo de la época. Por doquier tenía lugar una búsqueda al acaso de tesoros artísticos enterrados y de maravillas naturales: era una especie de primitiva "economía recolectora" del espíritu, antes de que se alcanzara el cultivo organizado.

Las grandes colecciones de arte que forman el Museo Vaticano, el Louvre, la National Gallery, el British Museum e instituciones análogas se formaron como resultado del deseo principesco de traer a casa el botín de las conquistas hechas en el extranjero y de adquirir por compra o patronazgo lo que no se podía obtener por la superioridad de las armas. Aquí también la corte y la aristocracia desempeñaron un papel fundamental. Pero la apertura del British Museum, en 1759, después de la donación de sir Hans Sloane, constituyó una piedra miliar en la cultura popular; pues, cuando la exhibición dejó de ser meramente una satisfacción

privada del poseedor, tuvo la posibilidad de convertirse en un medio de instrucción pública. El crecimiento mismo de la colección apresuró este cambio. Por lo que hace a la galería de arte, servir de marco para el arte estaba en la naturaleza misma del palacio. Sólo era necesario eliminar las funciones domésticas y nombrar un guardián burocrático para que quedara efectuada la transformación. A veces, este cambio se produjo por pura autodefensa. Por ejemplo, Rafael pintó el Galateo para el salón comedor de la residencia del banquero Agostino Chigi. Pero tanta gente acudía a ver el cuadro que, bajo esta presión, en vida del propietario se convirtió la sala en galería de arte. A fines del siglo XIX, cuando la señora de Jack Gardner, en Boston, o el señor Henry Frick, en Nueva York, hicieron edificar sus mansiones, ya preveían que tal sería el uso final de sus colecciones: desde el comienzo actuaron como guardianes provisionales de edificios públicos.

A mitad de camino entre el placer y la curiosidad se encuentra un último legado del palacio, a saber, el jardín zoológico. La posesión de animales salvajes, en especial de los más feroces o exóticos, era todavía un atributo de los monarcas en la Edad Media, si bien la costumbre se remonta, según los datos con que contamos, a los tiempos más antiguos de la monarquía. La ampliación de estas colecciones de animales vivos, con el establecimiento de instalaciones permanentes y lugares de exhibición, formó parte del mismo movimiento general que promovió el desarrollo del museo. Como el museo, el jardín zoológico proporcionaba un destino adecuado a los hallazgos del explorador y a los trofeos del cazador. El rey por derecho divino todavía representaba su papel de cazador arquetípico, proveniente de sus antepasados de la nueva Edad de Piedra.

He aquí otra contribución a la ciudad: un recordatorio de aquel estado salvaje que el hombre urbano, bajo la ilusión de que ha conseguido conquistar felizmente la naturaleza, olvida con excesiva facilidad. Las morisquetas juguetonas del mono, la imperturbabilidad

del hipopótamo, los movimientos suaves y alegres de las focas, todos estos ejemplos de la creatividad inagotable de la naturaleza, por más que no pusieran al hombre de la ciudad en contacto con ella, tenían, por lo menos, un efecto sedante sobre el yo urbano hipertenso. No sólo daban placer a los niños, sino que mantenían vivo el niño en el adulto. Hasta reliquias barrocas tan apolilladas como el oso o el monito del organillero introdujeron a menudo un toque de vivacidad animal en la grisácea calle del siglo XIX. ¿Es accidental que estos emblemas residuales de la vida cortesana barroca fueran presididos casi siempre por un italiano?

Una a una, estas instituciones palaciegas registraron su presencia en el nuevo plano urbano. A veces aparecían bajo auspicios privados; a veces con el apoyo regio o municipal; siempre llevando en la imagen dorada el sello original de la corte y el palacio. Pero he guardado la contribución más bella para lo último. Me refiero a la apertura del parque real; rasgo tanto más necesario debido a la edificación sobre los campos de recreo y de juego, más pequeños, que antaño rodeaban la ciudad medieval. La reelaboración y extensión del vasto parque paisajista en el corazón de la ciudad fue, tal vez, la más feliz contribución que hizo el palacio a la vida urbana. Nada ha contribuido más a salvar los centros de Londres, París y Berlín de la congestión sofocante y la desintegración final que St. James's Park, Green Park, las Tullerías y el Tiergarten. Aunque el espacio ocupado por estos parques quizá podría haber sido distribuido mejor por toda la ciudad, si no se los hubiera proyectado para comodidad del monarca, sino para el vulgo, el hecho es que, por lo menos, mantuvieron constantemente a la vista el concepto aristocrático de espacio y verdor como parte fundamental de la vida urbana; y no se los cubriría sin causar un perjuicio biológico, al par que un estado de pesadez estética y de depresión.

Pero hasta en la creación de parques el espíritu de la época se manifestaría en un momento dado. Así, cuando la Corona proyectó Regent's Park, en Londres, el mismo parque fue estimado abiertamente como un recurso

para aumentar el valor de los terrenos vecinos, que eran propiedad de la Corona. Sin embargo, ni siquiera fueron capaces de aprender esta lección los especuladores comerciales que, en tan amplia medida, controlaron el ramo de la construcción en el siglo XIX. Éstos conservaron el deseo barroco de lucro, sin hacer justicia al amor barroco por el placer y la belleza, el que podría, por una parte, haber refrenado su rapacidad y, por la otra, haber dado mayor seguridad y duración a sus inversiones. A la larga, los extravagantes propietarios aristocráticos demostraron ser mejores hombres de negocios, e incluso mejores ciudadanos.

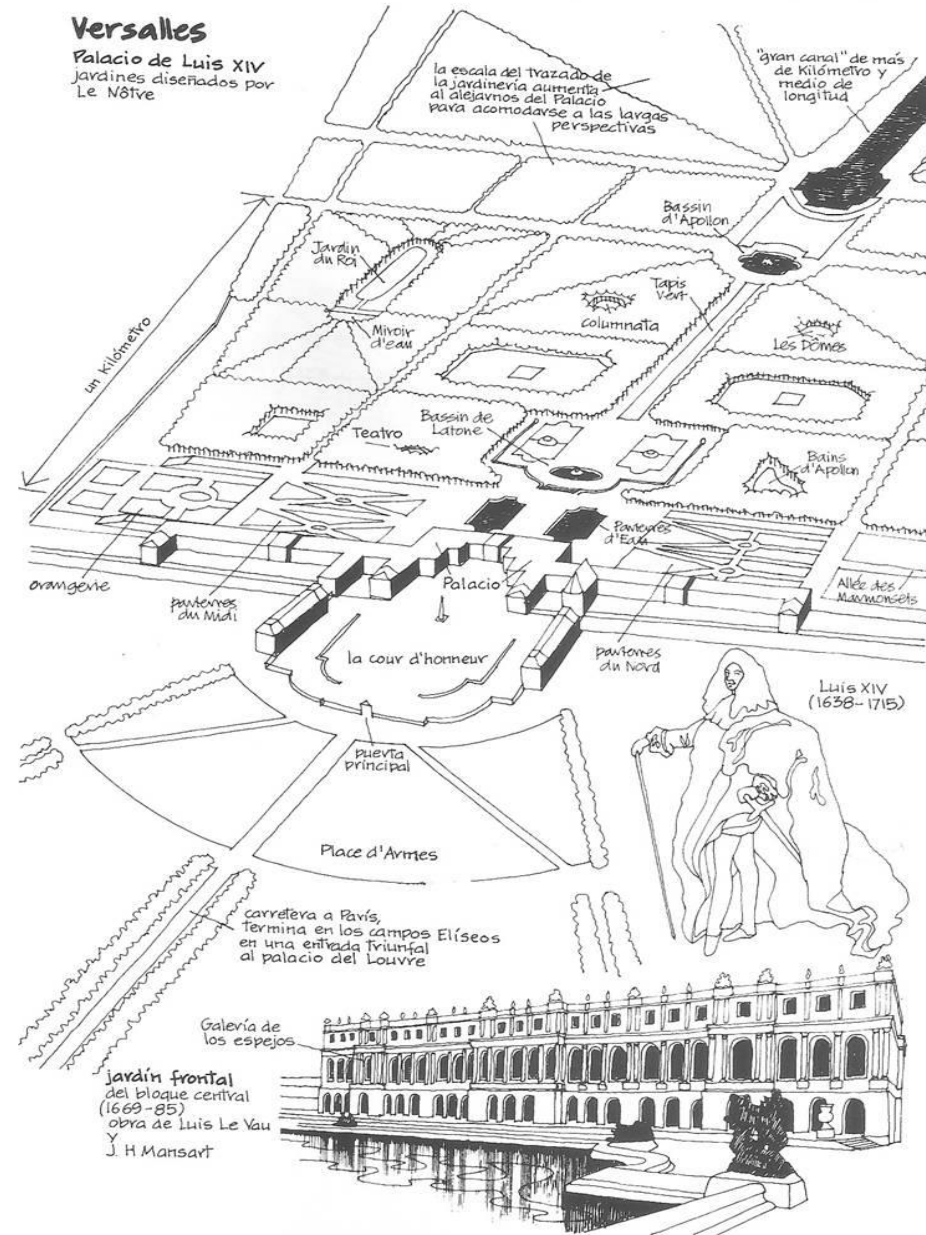


Gráfico extraído de:
Risebero, Bill. *Historia dibujada de la arquitectura*

Extractos de los capítulos 5 y 12 del libro:

Ciudades precolombinas

Jorge Enrique Hardoy

Ediciones infinito.

Buenos Aires 1999

1ra edición en castellano. 1962

Jorge Enrique Hardoy se graduó de arquitecto en la Universidad de Buenos Aires, y completó sus estudios de doctorado en Harvard, con estudios sobre Iberoamérica y las ciudades.

En particular, su interés por las ciudades precolombinas lo llevó a orientar su tesis sobre las ciudades que habitaron las civilizaciones indígenas en América hasta el momento de contacto con los españoles, en las primeras décadas del siglo XVI, estudios que dieron origen a este texto.

Ciudades precolombinas es el primer libro que escribe Hardoy. Fue publicado por primera vez en 1962, por la editorial que el mismo fundara, con Carlos Méndez Mosquera. El título inició la Biblioteca de planeamiento y vivienda, que ambos dirigieron, junto a José R. Pastor.

Es hoy un texto clásico, que fue revisado y ampliado en la edición póstuma de 1999, sobre la que hemos realizado este recorte.

Hardoy ha realizado innumerables aportes a los estudios sobre el urbanismo, y desde su mirada latinoamericana y argentina, su obra representa un valioso y vigente legado, para aquellos que inician sus estudios sobre el urbanismo y la historia de la arquitectura.

Se han seleccionado parte del texto correspondiente a los capítulos 5 y 12, reconstruyendo fielmente el texto y los gráficos originales, intentando mantener el estilo y las intenciones originales del libro.

Se mantienen las citas bibliográficas en su redacción y posición originales, para que puedan ser consultadas en las referencias del libro.

Jorge Enrique Hardoy

Tenochtitlán

Durante los siglos XIII, XIV y XV se produjo en el valle central de México un intenso proceso de urbanización que alcanzó su culminación hacia el año 1500⁷⁵. Durante esos tres siglos no sólo se desarrollaron algunos de los antiguos centros urbanos originados durante los periodos preclásico y clásico como Azcapotzalco, si no que, como consecuencia de la formación de nuevos estados, fueron re-ocupadas antiguas ciudades y fundadas nuevas ciudades entre las cuales Chalco, Xochimilco, Culhuacán y especialmente Tlatelolco, Tenochtitlán y Texcoco fueron las más importantes.

Por distintas razones Tenochtitlán fue un caso único entre las ciudades de la América precolombina. Posiblemente ninguna ciudad de Sudamérica o de Mesoamérica tuvo durante el período precolombino una población tan numerosa o tal extensión y, como veremos más adelante, ninguna ciudad de este continente adquirió, antes de la llegada de los españoles, características y funciones tan definidamente urbanas como las que se concentraron en la capital azteca.

⁷⁵ En realidad, la urbanización que se produjo durante los siglos XIII, XIV y XV en el valle central de México constituye un tercer período urbanístico para la región. El primero se prolongó durante los siglos clásicos y se interrumpió hacia el siglo VII d.C.; el segundo coincidió con el desarrollo de la influencia tolteca en la meseta central de México, y el tercero, la más importante urbanísticamente, ya que no hay seguridades de que coincidiese con un máximo desarrollo demográfico, correspondió a la expansión azteca. Durante los siglos de la colonia, la población del centro de México fue inferior a la existente durante los siglos prehispánicos.

Hacia el año 1510, cuando el reino de Moctezuma II estaba en su apogeo, Tenochtitlán era una de las ciudades más pobladas del mundo. Las ciudades más importantes de Europa durante el siglo XV eran París, Florencia, Milán,

Venecia y posiblemente alguna de las ciudades comerciales de la liga hanseática. Pero en todas ellas, como en las ciudades menores, se sentían aún los efectos de la gran plaga del año 1348 y de las que se repitieron alrededor de 1365, 1390 y 1462, con plagas intermedias menos severas, las que produjeron una contracción de los mercados y modificaciones substanciales en la distribución de la población, no sólo de Europa, si- no del mundo comercialmente vinculado a los centros europeos. Los efectos de las plagas, como consecuencia de las altas densidades urbanas, se sintieron más en las ciudades que en el campo. Florencia perdió en poco tiempo a casi la mitad de sus 135.000 habitantes y durante siglos, a pesar de su preeminencia cultural y comercial, nunca pudo recuperar su población anterior; en 1470 contaba con 70.000 personas. Milán, la ciudad que Leonardo trató de descentralizar para evitar las consecuencias de la peste, contaba en el año 1500 con menos viviendas que las encontradas por un viajero a fines del siglo XIII⁷⁶. En Italia, por ejemplo, las plagas afectaron de tal modo a las

⁷⁶ Véase la descripción de Milán en 1288, en "The medieval Town"; J.H. Mundy y Peter Riesenber; D. Van Nostrand Co. Inc.; New York, 1958.

ciudades comerciales del centro y norte de la península que en la época del descubrimiento de América carecían ya del empuje industrial y comercial que tuvieron durante el siglo XIII y primera mitad del siglo XIV. A principios del siglo XVI el máximo esplendor de Venecia ya había pasado y hacia el año 1510 solamente vivían en Roma 50.000 habitantes escasos. Recién comenzaba en Roma el período de los Papas constructores y promotores de las artes que hicieron del Vaticano, y por lo tanto de su ciudad, el núcleo cultural y artístico del barroco italiano.

Del millón de habitantes que poblaban los densos barrios de Constantinopla en su momento de apogeo sólo quedaban 100.000 en el siglo XV (Hackett, 1950). Y sólo a partir del siglo XVI, como consecuencia del establecimiento de las capitales de las monarquías respectivas en Londres, París y Lisboa, se produjo el crecimiento de esas ciudades. Muy distinto era, urbanísticamente, el siglo XV en España, comparado con los años de esplendor del Al-Andalus, cuando Córdoba contaba con seiscientas mezquitas y novecientos baños para los habitantes de sus doscientas mil casas. Por eso es lógica la sorpresa de los hombres de Cortés cuando desde lo alto de las sierras que rodean el valle central de México vieron brillar a lo lejos, en el medio de la tranquila laguna, las pirámides coloreadas y blancas del centro ceremonial de una ciudad con una extensión desconocida para ellos. La mayoría de esos hombres nunca habrían visto otras ciudades que las reducidas aldeas castellanas y extremeñas que en pleno siglo XVI aún conservaban sus características medievales intactas, o jamás habrían transitado por otras calles que las estrechas y pobladas vías de las ciudades islámicas de Andalucía. Su contacto con poblaciones de trazado regular se reducía a las noches pasadas en los campamentos militares, como Santa Fe, o en alguno de los pequeños y ordenados poblados de la frontera. Aun sus primeros contactos con los indígenas de las islas del Caribe no

les depararon otra cosa que modestas aldeas de chozas construidas con ramas y troncos.

Si bien es necesario considerar a las cifras y a las descripciones de los españoles con reservas, y los errores como lógicos, debido a las dificultades de una correcta apreciación y al deseo, humano por cierto, de exagerar el valor y la importancia de lo que veían y conquistaban, Tenochtitlán, Tlatelolco y Texcoco debieron ser para ellos un espectáculo inigualado por su ubicación en el centro del fértil valle, manchado de oscuras arboledas de cedros y robles y salpicado por las aldeas blancas junto a la gran cuenca lacustre y por el movimiento de la gente en las calles y mercados de sus ciudades.

La población de Tenochtitlán

Es difícil precisar con cierta exactitud la población de Tenochtitlán. Contamos, por un lado, con los cálculos de los primeros conquistadores y cronistas favorecidos por la observación directa de la ciudad antes de su destrucción y existen, por otra parte, las estimaciones de varios autores modernos basadas en cálculos aproximados de la constitución de la familia indígena en el momento de la conquista y derivadas de interpretaciones frecuentemente arbitrarias del texto de los cronistas.

Tenochtitlán era una ciudad de considerable población y extensión. Veamos algunos comentarios. Dice brevemente Cortés en la segunda de sus Cartas de Relación dirigida al emperador Carlos I de España: "Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba" (Cortés, 1961). Antes que una comparación directa con las mencionadas ciudades hispánicas, creo que el conquistador, que nunca había abandonado la península hasta su paso a las Indias Occidentales en el año 1504, intentó un paralelo con lo que a su juicio era superlativo entre las ciudades que conocía. Y luego, al referirse a la plaza del mercado de Tlatelolco que ocupaba buena parte de uno de los barrios de la

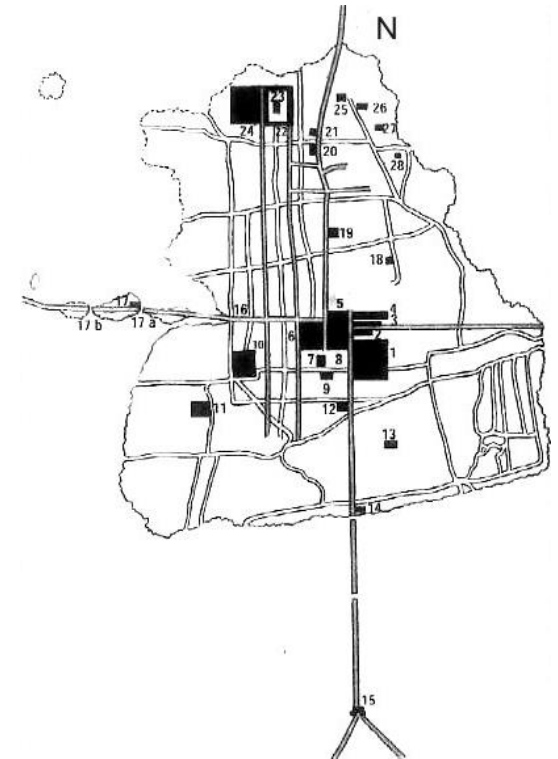


Figura 13- Reconstrucción de Tenochtitlán por Orozco y Berra. El mercado (24) y el templo (23) de Tlatelolco estaban originalmente separados por un canal natural del Gran Teocalli o templo mayor (5) de Tenochtitlán. El plano muestra como habría sido Tenochtitlán pocos años de la llegada de Cortés. (Orozco y Berra, Colección Biblioteca del Congreso Washington DC).

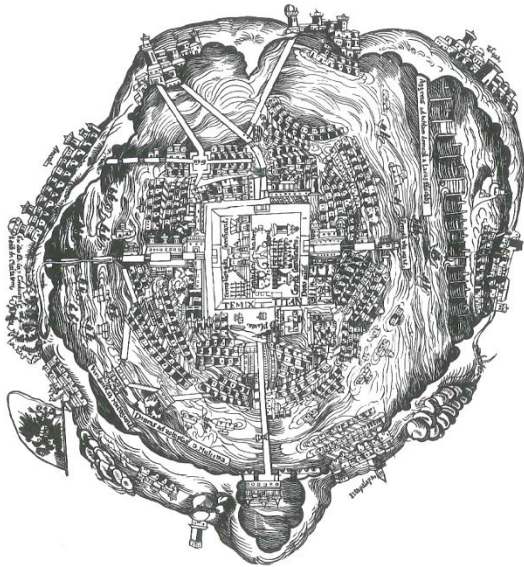


Figura 14- Reproducción del plano de Tenochtitlán atribuido a Cortés. El Gran Teocalli ocupa en el plano una superficie desproporcionada a la realidad, en el centro de la ciudad. Puede observarse un poco más arriba y a la izquierda, el espacio ocupado por el mercado de Tlatelolco. El plano abunda en interesantes detalles y son claramente visibles las calzadas con sus respectivas cortaderas, el dique de defensa de las aguas a la derecha, la plaza de Tenochtitlán y la ubicación de las principales ciudades de tierra firme. (Marquina I., "Arquitectura Prehispánica").

ciudad azteca, agrega "... hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan..."

El cronista de la conquista de México, Bernal Díaz del Castillo, se asombró de la concurrencia que asistía al mercado:

"... unos comprando e otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua, e entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, e en Constantinopla e en toda Italia e Roma, e dijeron que plaza tan bien acompasada e con tanto concierto e tamaño e llena de tanta gente no la habían visto..." (Díaz del Castillo, 1955). Una vez más aparece la dudosa comparación con aquellas ciudades que habían provocado la admiración de los compañeros del cronista pero que, como ya hemos visto, no tenían a comienzos del siglo XVI el esplendor de los siglos anteriores y al producirse la conquista debieron ser inferiores en población, extensión y riqueza a Tenochtitlán.

Pero la concurrencia a un mercado no es la mejor forma de calcular la población de una ciudad indígena y, en el mejor de los casos, sólo puede servir para apreciar la importancia comercial de un determinado centro y su radio de influencia. Era y sigue siendo costumbre, entre los habitantes de las pequeñas ciudades y aldeas, viajar distancias considerables para concurrir a determinados mercados en los días fijados por la costumbre y al mercado de Tlatelolco, por ser el más famoso de México en esos años, sin duda llegaban numerosos extraños e incluso extranjeros.

Ahora bien, tomando siempre como ejemplo de la densidad general la del sector localizado en el plano en papel de maguey, tendríamos la siguiente relación; el plano representa a una superficie aproximada de

242.000 metros cuadrados, o sea, en medidas generales, unas 24 hectáreas, y en él se han localizado hasta 400 solares con sus respectivas viviendas (Toussaint, Gómez de Orozco y Fernández, 1938). Calculando, como se ha hecho en apreciaciones anteriores, que cada familia indígena estaba compuesta de cinco miembros, tendríamos a 2.000 personas ocupando una superficie de 24 hectáreas, o sea una densidad de 83,3 habitantes por hectárea. Y suponiendo, aunque evidentemente no fue así, que esa densidad de 83,3 habitantes por hectárea era válida para la ciudad entera, tendríamos que en las 750 hectáreas ocupadas por las ciudades gemelas de Tenochtitlán-Tlatelolco vivirían 62.475 habitantes en los tiempos de Moctezuma II. Es decir, una población levemente superior a un quinto de la generalmente aceptada por los cronistas hispánicos y los autores modernos.

Pero es difícil precisar cuál fue el área de la ciudad ocupada por las chinampas. Para intentarlo debo ensayar un rodeo. El plano atribuido a Cortés es el más antiguo documento cartográfico que se conoce sobre Tenochtitlán, pero como carece de una escala gráfica y fue dibujado con una falta total de escala visual, resulta una representación interpretada (figura 14). Una posibilidad es que el plano haya sido dibujado durante la primera estadía de Cortés en la capital azteca, la que se prolongó desde su entrada a la ciudad, en noviembre de 1519 hasta el momento de su precipitada partida hacia la costa para enfrentar a las fuerzas de Pánfilo Narváez, en mayo de 1520 (Toussaint, Gómez de Orozco y Fernández, 1938).

El plano atribuido a Cortés complementa la Carta de Relación que envió al rey en la que describe la capital azteca. Es lógico entonces que haya buscado enfatizar el magnífico y sorprendente centro ceremonial de Tenochtitlán, la plaza y los palacios vecinos y el centro religioso y comercial de Tlatelolco, y no las modestas casas de adobe o las chozas construidas sobre las

chinampas, las que sin duda constituirían la mayoría de las viviendas de la ciudad. Era, además, una práctica cartográfica frecuente durante el siglo XVI valorizar visualmente los elementos principales de un plano urbano.

El plano representa con lujo de detalles los elementos de la ciudad que tenían carácter militar. No sólo aparecen el fuerte Xoloc sobre la calzada sur, la ubicación del embarcadero de canoas al este de la ciudad, y las ciudades vecinas en la periferia del lago, sino detalles de la ubicación de los canales y de los fosos o cortaduras que seccionaban las calzadas, con sus correspondientes pasarelas, el acueducto que venía de Chapultepec y una serie de construcciones menores de difícil interpretación en el plano. Todos estos aspectos de Tenochtitlán posiblemente tuvieron para Cortés un valor estratégico o tal vez ya previese las dificultades que ocasionaría su captura o defensa si las circunstancias lo obligaban a hacerlo, como efectivamente ocurrió.

Cuando Cortés salió para la costa nada podía hacerle pensar en los acontecimientos que iban a precipitarse a los pocos días de su partida debido a la cruel y poco diplomática actitud de Alvarado, encargado por el conquistador de los asuntos de la ciudad durante su ausencia.

Entre el 30 de junio de 1520, fecha en la que Cortés ya de regreso en Tenochtitlán decidió abandonarla, y el 13 de agosto de 152, fecha en la que después de setenta y cinco días de sitio cesó la resistencia azteca y la ciudad pasó definitivamente a poder de los españoles, el único objetivo de Cortés fue la conquista de la capital.

Bien puede haber sido hecho el plano en los meses que transcurrieron entre el abandono de la ciudad y el 30 de octubre de 1520, cuando Cortés dio por finalizada su segunda Carta de Relación, la que sólo fue despachada el 5 de marzo de 1521, como él mismo

dice en su carta tercera, debido al mal tiempo y a tres naufragios sucesivos (Cortés, 1961).

Es posible que el plano haya sido remitido al mismo tiempo que la segunda Carta de Relación, pero con seguridad fue enviado a España antes del 15 de mayo de 1522, fecha en la que Cortés finalizó su tercera carta mientras residía en Coyoacán^{77,3} ya que el plano es mencionado en la misma. Por lo tanto, si el plano atribuido a Cortés fue dibujado durante los trece meses y medio que duró la guerra entre los aztecas y los españoles, se trataría de una reconstrucción realizada sobre la base de los recuerdos del conquistador y de sus hombres y de los datos que le pudieran suministrar sus colaboradores y espías indios. Ya se trate de un plano militar o de un plano meramente ilustrativo, se han hecho resaltar en él intencionalmente, los elementos más importantes de la ciudad, como eran, por ejemplo, el gran teocalli o centro ceremonial de Tenochtitlán, con su plaza y palacios vecinos, y el teocalli y construcciones que formaban el centro de Tlatelolco. Ambos conjuntos ocupan en el plano una superficie equivalente a tres quintas partes de la superficie total de la ciudad, o sea a unas cuatrocientas cincuenta hectáreas de las setecientas cincuenta calculadas para las ciudades gemelas. En cuanto al gran teocalli ocupaba en la realidad únicamente un cuadrado apenas superior a los cuatrocientos metros de lado, o sea de 17,6 hectáreas, que constituía solamente el 2,3% de la superficie de la ciudad, mientras que en el plano atribuido a Cortés ocupa el 11,2% de la superficie de la misma.

⁷⁷ Cortés residió en Coyoacán, una ciudad sobre el lago al sur de Tenochtitlán, mientras se procedía a la limpieza de las ruinas y a la reconstrucción de la nueva capital de la colonia. Cerca de Coyoacán nacía una de las secciones de la calzada sur que comunicaba la costa del lago con Tenochtitlán.

Con respecto a la población total de la ciudad me inclino a creer que los 62.475 habitantes anteriormente mencionados son pocos, ya que por las descripciones de los cronistas y por las consideraciones expuestas resulta evidente que un considerable porcentaje de la superficie de Tenochtitlán era verdaderamente urbana y por lo tanto con densidades más elevadas que la de los barrios de chinampas. Pero tal vez los 300.000 habitantes generalmente aceptados sean demasiados. Aún si aceptamos la muerte de 150.000 indios durante el sitio de la ciudad, como afirma Clavijero y con quien coincide aproximadamente el historiador mexicano Nicolás de León⁷⁹, es lógico pensar que una buena parte de los muertos pertenecían a los grupos que acudieron a la defensa de la capital desde otras ciudades aliadas o sojuzgadas.

Los planos de Tenochtitlán

El plano atribuido a Cortés es fundamental para conocer los lineamientos generales de la ciudad. Además de existir dudas sobre la fecha de su realización, tampoco se sabe a ciencia cierta quién fue su autor. Sin embargo, suele coincidir en que no fue Cortés sino posiblemente uno de los pilotos de alguna de las naves que transportó su expedición a México o algún conquistador que supiese dibujar (Toussaint, Gómez de Orozco y Fernández, 1938), y no habría que descartar entre los posibles autores a Alonso García Bravo, el geógrafo que delineó el trazado de la ciudad colonial por orden de Cortés, quien había llegado a las costas de México pocos meses antes con el grupo de Pánfilo de Narváez.

El plano de Tenochtitlán atribuido a Cortés es el más antiguo de la ciudad y el más antiguo plano conocido de una ciudad de América. Fue publicado por primera

vez en Nuremberg en el año 1524 ilustrando la edición latina de las Cartas de Relación segunda y tercera. Ese mismo año se realizó una edición italiana de las cartas y poco después aparecieron sucesivas ediciones españolas que no incluyeron el plano (Toussaint, Gómez de Orozco y Fernández, 1938). La segunda Carta de Relación fue publicada individualmente en Sevilla a fines de 1522, pero tampoco en ella se incluyó el plano. Desde entonces ha sido frecuentemente reproducido, aunque no siempre con fidelidad. En el plano se representa a la ciudad de Tenochtitlán con forma casi circular y con el gran teocalli o Templo Mayor en su centro; resaltan en el mismo las calzadas que unían a la ciudad con tierra firme. El autor le ha dado al lago Texcoco una forma también circular con Tenochtitlán en el medio y a distancia equidistante de las ciudades y poblados indígenas construidos en la costa. Pero Tenochtitlán no estaba ubicada en el medio del lago Texcoco sino en una especie de golfo o ensanche en el ángulo sudoeste del mismo (Figura 15).

Por este ensanche se comunicaban hacia el sur las aguas del lago Texcoco con las del lago de Xochimilco y a través de éste con las del lago Chalco. Los islotes donde fueron construidas Tenochtitlán y Tlatelolco estaban relativamente cerca de tierra firme y pudieron ser unidos por el norte, oeste y sur con sendas calzadas.

Cortés dice al respecto: "esta gran ciudad de Temixtitán está fundada en esta laguna, y desde la Tierra Firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquier parte que quisiesen entrar en ella, hay dos leguas" (Cortés, 1961). Hubo por parte de Cortés un error de apreciación, ya que por el oeste y el norte de la tierra firme estaba a unos tres kilómetros y a casi nueve por la calzada del sur, o sea a dos leguas escasas. Dado que Cortés penetró por la calzada de Ixtapalapa, o sea la del sur, es comprensible el error.

⁷⁹ 5. Referencia tomada de la obra de Ángel Rosenblat, "La población indígena y el mestizaje en América" (Rosenblat 1954)



Figura 16. El plano de Tenochtitlán atribuido a Cortés fue reproducido con frecuencia. El primer Atlas que lo incluyó fue el de Benedetto Bordone, editado en Venecia en 1528. La copia de Bordone es una simplificación de la atribuida a Cortés.

La distancia hasta la costa este, a través del lago, era mucho mayor. Por eso se estableció un puerto para canoas que permitiese el tráfico de personas y productos con las ciudades ubicadas al naciente del lago, entre ellas Texcoco, que estaba a unos 24 kilómetros en línea recta, y Chimanuacán. Estas dos ciudades fueron representadas en el plano atribuido a Cortés, las otras partiendo del naciente y siguiendo el sentido de las agujas del reloj, son: Ixtapalapa, Churubusco junto al lago de Xochimilco y Coyoacán al sur; Tacubaya, el bosque y la fuente de Chapultepec y Tacuba, al poniente; y Azcapotzalco y Tepeyac, al norte (Toussaint, Gómez de Orozco y Fernández, 1933)⁸⁰. El plano incorpora una representación del zoológico o casa de los animales que formaba parte del palacio de Moctezuma.

El autor del plano llama a la ciudad Temixtitán, que fue el nombre empleado por el conquistador en sus Cartas de Relación (Cortés, 1961). El cronista Díaz del Castillo se refiere siempre a la ciudad de México (Díaz del Castillo, 1955), pero igualmente modifica y simplifica la ortografía de las ciudades, dioses, personas y de todo aquello que en su Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España llevase nombres indígenas. El plano atribuido a Cortés pasó a formar parte de las frecuentes colecciones de planos y cartas marinas que se publicaron en Europa a partir del siglo XVI. El primer Atlas en incorporar una reproducción de este plano (figura N° 16) fue el de Benedetto Bordone, publicado en Venecia en 1528 y titulado "Libro di Benedetto Bordone. Nel quale si ragiona de tutta l'isole del mondo con li lor nomi antichi y moderni". En realidad, se trata de una copia simplificada del mismo que nada agrega al conocimiento de la ciudad en el momento de la conquista. Una variante de este plano fue incluida en el tercer volumen de la obra "Delle Navigationi et

Viaggi" de Giovanni Battista Ramusio⁸¹, publicada en Venecia en 1556. Tanto en el plano de Bordone como en el Ramusio, por un error en la confección del grabado, la orientación norte quedó a la izquierda del dibujo y no a la derecha, como estaba en el plano original y como era en la realidad.

El plano de Ramusio introdujo ciertas variantes con respecto a los anteriores siendo la más importante la forma correcta de representar el sistema de lagos. Con el nombre de Lago Dolce introdujo Ramusio en la cartografía de la cuenca central del valle de México a los lagos Zumpango y Xaltocán y a sus islotes, que estaban al norte del lago Texcoco. Pero una vez más la ciudad ocupaba la superficie casi entera del lago Texcoco y una posición central con respecto a sus orillas. (Figura No 16).

Variantes de los tres planos mencionados, el atribuido a Cortés y los de Bardone y Ramusio, aparecieron posteriormente con frecuencia. El conjunto constituye la única prueba gráfica encontrada hasta hoy de la capital azteca tal como fue vista por los españoles por primera vez. A partir del plano en colores que forma parte del Islario General de Alonso de Santa Cruz y que es de mediados del siglo XVI, comienza la extensa cartografía de la ciudad de México correspondiente al período colonial (Carrera Stampa, 1949; Toussaint, Gómez de Orozco y Fernández, 1938).

El segundo plano en importancia para un estudio urbanístico de la capital azteca es el plano en papel maguey que está depositado en el Museo Nacional de México (figura No 17).

Representa a un distrito de chinampas que ha sido localizado al norte de la ciudad y a pocos cientos de

⁸⁰ Véase el plano atribuido a Cortés (figura N° 16)

⁸¹ De los tres volúmenes de la colección de Ramusio el tercero es el único dedicado a América.

metros al este del lugar que ocupó el centro de Tlatelolco (Toussaint, Gómez de Orozco y Fernández, 1938). El plano fue realizado después de la conquista y se ha señalado como posible fecha de su ejecución el período comprendido entre los años 1557 y 1563, período que corresponde al gobierno de don Cristóbal de Guzmán, quien aparece representado (Toussaint, Gómez de Orozco y Fernández, 1938). Otro autor sugiere que el plano fue comenzado una generación antes y finalizado durante los años mencionados, notándose en el dibujo variantes que permiten suponer la intervención de dos manos (Lenz, 1949).⁸²

El plano tiene un inmenso interés ya que permite reconstruir y verificar cómo serían los barrios de chinampas que posiblemente constituyeron la parte más extensa de la ciudad.

En cada lote aparece representado un sector de cultivos y una figura que simboliza a una vivienda. Los lotes son de forma regular, casi cuadrados, alternándose en lados paralelos los canales y los senderos que se cruzan entre sí formando ángulos rectos. Los únicos lotes irregulares son los atravesados por alguna de las calzadas o canales que cruzaban diagonalmente el sector en el plano. Creo que el trazado de este sector de chinampas puede tomarse como ejemplo del sistema de subdivisión de la tierra que predominó entre los aztecas y sus vecinos en las ciudades de la costa del lago y posiblemente entre sus predecesores en circunstancias parecidas.

Como he dicho en otra parte de este capítulo, la ciudad fue ensanchándose mediante la construcción de nuevas chinampas. Dos razones apoyan mi hipótesis de que las otras ciudades indígenas construidas sobre la costa del lago tendrían también un esquema regular

similar al de Tenochtitlán; primero, porque la construcción en chinampas era costosa y estaba destinada a producir alimentos o flores con el máximo rendimiento posible y por lo tanto los ángulos agudos, por ser desaprovechables, debieron ser eliminados⁸³.

La segunda razón se relaciona con el transporte de los productos a los mercados de Tenochtitlán y de las otras ciudades de la costa del lago que se realizaba mediante canoas. Diariamente, desde las poblaciones menores y desde las chinampas vecinas a las principales ciudades, productos y personas se movían en millares de canoas de todo tamaño. Dice el cronista Herrera: "Hai en México, solo para proveer la Ciudad, i traer, i llevar gente, casi cinquenta mil (canoas)" (Herrera, 1945). Pueden imaginarse los problemas de circulación que se habrían producido si una circulación masiva de cargadores y canoas, como indudablemente existió, no se realizaba por un esquema de calles y canales rectilíneos y ordenados.

Existen algunas reconstrucciones del trazado general de Tenochtitlán. La de Orozco y Berra es de fines del siglo pasado y reproduce a la ciudad durante el reinado de Moctezuma II ⁸⁴. De acuerdo con esta reconstrucción, cuando los islotes de Tenochtitlán y Tlatelolco fueron unidos mediante el relleno del canal que los separaba habrían formado con el agregado de sus respectivos distritos de chinampas, una isla de bordes irregulares y de forma trapezoidal, algo más ancha hacia el sur, de unos 3.600 metros, que en el norte, de sólo 2.100 metros, y con un estrechamiento en el centro.

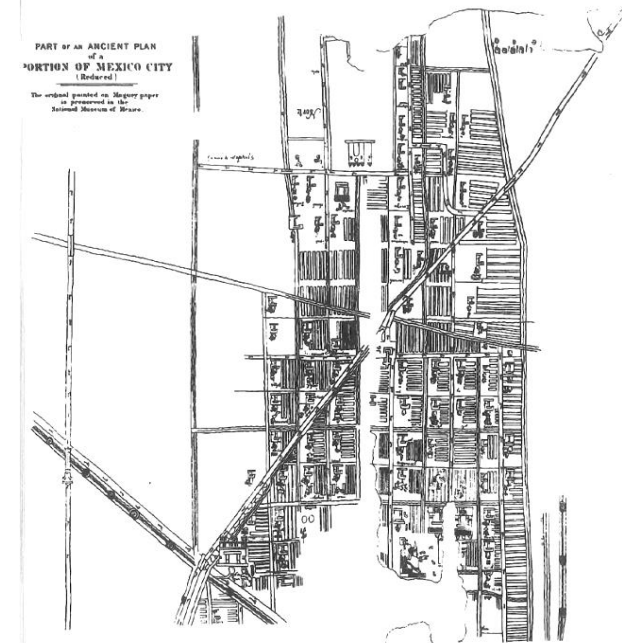


Figura 17- Plano en papel maguey cuyo original se guarda en el Museo Nacional de México. Reproduce un sector de Tenochtitlán al norte del gran Teocalli y al sudeste del mercado de Tlatelolco. Se trata de un barrio de chinampas. Obsérvese cómo alternan los canales, simbolizados por tres líneas paralelas, con los caminos, representado mediante las pisadas en el medio con una doble línea. También puede distinguirse el tamaño y la forma de cada lote. (Maudslay A., "The Valley of México").

⁸² "El plano original puede haber sido una copia con algunos cambios de un mapa anterior a la conquista o de un manuscrito del período inmediatamente posterior a la conquista dibujado de nuevo" (Lenz, 1949).

⁸³ Estúdiense los nuevos distritos recuperados al mar por los holandeses y se tendrá una comprobación de esa ley inmutable.

⁸⁴ Véase la figura N° 13.

El origen de la ciudad

Es bien conocido el relato legendario de la fundación de Tenochtitlán y las razones que motivaron la elección del sitio. El emplazamiento original era tan particular que la forma general de la ciudad, su trazado y las etapas de su desarrollo fueron fuertemente condicionados por él.

"Vinieron (los aztecas) buscando y mirando si hallarían algún lugar que fuese acomodado para poder hacer asiento, y andando de esta manera por unas partes y por otras entre la espadaña y carrizales, hallaron un ojo de agua hermosísimo, en la cual fuente vieron cosas maravillosas y de gran admiración; lo cual los ayes y sacerdotes lo habían antes pronosticado al pueblo por mandato de Huitzilopochtli, su dios" (Durán, 1939). Los aztecas habían llegado a Chapultepec, pero aún les faltaba la última etapa de su larga peregrinación.

Una noche, Huitzilopochtli, el dios colibrí, dios de los aztecas y de la guerra, se presentó en sueños a Cuauhtloquetzqui, uno de los sacerdotes y quien de acuerdo con la tradición guió la peregrinación de su raza. El dios anunció al sacerdote que sobre un tunal encontraría a un águila; luego denominó ese lugar Tenochtitlán. Allí determinó que se edificara "la ciudad que ha de ser reina y señora de todas las demás de la tierra y a donde hemos de recibir a todos los demás reyes y señores y a donde ellos han de acudir como a suprema entre todas las demás" (Durán, 1939).

En medio de la laguna, sobre un pequeño islote, los aztecas hallaron su lugar prometido. Con palos, lodo y "zacate" construyeron una simple cabaña que sirvió como santuario de Huitzilopochtli, y a su alrededor fueron surgiendo las primeras chozas (Alcacer, 1935). El sitio tenía indudables ventajas que compensaban su aridez y la falta de buena agua.

En el siglo XIV la cuenca central de México estaba formada por cinco lagos que durante la época azteca

y hasta bastante avanzado el período colonial estuvieron unidos entre sí. Con sus 23.000 hectáreas, el lago Texcoco era el cuerpo de agua central y también el más extenso. El conjunto de lagos ofrecía una pesca abundante, la caza existía aún en la costa y la poca profundidad de los bordes y de algunas partes del lago facilitaba los cultivos en chinampas. El favorable medio ambiente físico del valle central de México atrajo a sucesivas culturas a lo largo de varios milenios de modo que, al llegar a él los aztecas, encontraron que una población numerosa habitaba en las ciudades y aldeas diseminadas en la extensa y sinuosa costa. Suele aceptarse que Tenochtitlán fue fundada en el año 1325 por los aztecas que se refugiaron en los islotes del lago, después de haber sido obligados a dejar el bosque y la fuente de Chapultepec por las poderosas tribus vecinas. Los aztecas eran aún poco numerosos y como carecían de aliados, sin poder. Pocos años después, en el año 1327 o en el 1337, otro grupo azteca fundó Tlatelolco en un islote vecino.

Los comienzos fueron difíciles. A las precarias relaciones con las tribus se unían los continuos esfuerzos para obtener el mínimo sustento.⁸⁵ Durante un siglo los aztecas esperaron su momento. Finalmente, durante el reinado de Izcoatl (1428-40) y especialmente durante el de Moctezuma I (1440-69), los aztecas alcanzaron preeminencia en el valle gracias a su alianza con los señores de Texcoco. Desde entonces Tenochtitlán se desarrolló y enriqueció a medida que crecía el poder y prestigio de sus habitantes. En pocos años sus expediciones militares los llevaron a Puebla, a Veracruz y a los Estados vecinos.

Moctezuma I se preocupó por mejorar las condiciones de la ciudad. Para solucionar el abastecimiento de

⁸⁵ La primera obra de cierto volumen de la que tengo noticias es un precario acueducto que unía Chapultepec con Tenochtitlán. Fue construido por orden de Chimalpopoca, el tercer rey de la dinastía azteca.

agua dulce ordenó la construcción de un acueducto de doble caño que por el oeste comunicaba la isla con el manantial de Chapultepec. "Traían los Mexicanos esta agua por dos mui gruesos caños, hechos de Tiena mui pisada, tan fuerte como piedra, i nunca venía sino por el uno de los dos caños; porque quando el uno estaba sucio, i legumoso, hechaban el Agua por el otro, i así corría el Agua más clara que el cristal. De esta fuente bebe toda la Ciudad, i se proveían todos los Estanques, i Fuentes, que havia muchas por las Casas principales, i de ciertos Caños de madera, por donde corría sobre las Acequias. Muchos indios recogían Agua en sus Canoas, que vendían a otros: i este era su trato, por el qual pagaban ciertos derechos a su Rei" (Herrera, 1945). El reino de Moctezuma I coincidió con el de Nezahualcoyotl en Texcoco. Ambos se pusieron de acuerdo para construir entre Atzacualco e Ixtapalapa un dique o albardón de más de quince kilómetros de largo con el objeto de proteger a las aguas vecinas a la capital de la gran salinidad características del lago Texcoco.

Es posible que los lineamientos de la ciudad que conocieron los españoles comenzasen a definirse durante el gobierno de Moctezuma I. El templo ocupaba ya el centro simbólico de Tenochtitlán, de donde partían dos calles principales que cortaban a la ciudad en cuatro sectores. La construcción de la inmensa pirámide que sirvió de base a los templos gemelos de Huitzilopochtli y Tlaloc fue iniciada por Tizocicatzin, o simplemente Tizoc, que reinó entre 1481 y 1486. El templo fue inaugurado por Ahuizotl, hermano y sucesor de Tizoc, en el primer año de su reinado. El acontecimiento fue celebrado con grandes fiestas que fueron presenciadas por los jefes de las tribus aliadas o subordinadas a los aztecas. Miles de prisioneros y esclavos adquiridos con ese propósito fueron sacrificados en honor a Huitzilopochtli, el dios de los aztecas.

El trazado de la ciudad

Contemplada contra la superficie tranquila de la laguna y las líneas recortadas del lejano círculo de picos nevados semicubiertos por las nubes, entre los que sobresalían el Popocatepetl y su vecino menor el Iztaccihuatl, la ciudad se mostraría, a principios del siglo XV, como una extensa superficie chata salpicada por los árboles alineados a lo largo de los canales y de bordes barrocos e indefinidos en continua extensión.

Un siglo después, Tenochtitlán o por lo menos el centro de Tenochtitlán, había sido objeto de una transformación radical. En el medio del área ocupada por el islote principal, atrayendo todas las miradas, se elevaba hasta 30 metros de altura el volumen piramidal del Templo Mayor, construido dentro del recinto del Gran Teocalli. Más allá sobresalía el templo de Tlatelolco, recientemente terminado⁸⁶, y por toda la ciudad, pirámides menores indicaban los centros de los veinte barrios en que se dividía la capital de los aztecas. La impresión general sería la de una ciudad que gradualmente había adquirido un ordenamiento adecuado, aunque incompleto de su trazado urbano. Los planos mencionados, las excavaciones realizadas en distintos sectores de la actual ciudad, los hallazgos fortuitos ocurridos durante la construcción de las modernas obras públicas y las crónicas e historias del siglo XVI, señalan la existencia de una ciudad trazada en forma bastante rudimentaria, pero en la que se pretendía imponer gradualmente un ordenamiento general y un sistema de circulación claro y práctico, que satisficiera las necesidades de una concentración de tamaño considerable y cuya circulación interna

⁸⁶ Los aztecas de Tenochtitlán conquistaron Tlatelolco en el año 1478 destruyendo su templo mayor. Una generación después comenzaron a reconstruirlo y fue terminado pocos años antes de la llegada de los españoles (Peterson, 1959).

estaba exclusivamente formada por el movimiento de peatones y canoas.

Coinciden los relatos de los primeros españoles que la vieron. Dice Cortés, al describir la ciudad en su segunda Carta de Relación: "Son las calles della, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas destas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles, de trecho a trecho, están abiertas, por do atraviesa el agua de las unas a las otras, e en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes, de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas dellas pueden pasar diez de caballo juntos a la par" (Cortés, 1961).

El Conquistador Anónimo también se acuerda de "las calles hermosas y anchas" que eran una de las características de Tenochtitlán y de "todos los demás pueblos que hemos dicho estar en este lago en la parte de agua dulce". La falta de referencias sobre las calles secundarias no cambia mi impresión de que el trazado de la mayor parte de la ciudad era regular, alternando canales con senderos o calles de tierra construidas sobre terraplenes, y justificado por la necesidad de aprovechar al máximo los terrenos que escaseaban y que eran difíciles de ganar al lago. Piénsese también en la lógica y equitativa distribución de que serían objeto las chinampas en una sociedad que responsabilizaba ante su clan a la cabeza de cada familia de la producción de la parcela que se le había adjudicado.

El trazado de Tenochtitlán carece de precisión en sus grandes lineamientos y también en los detalles del trazado de sus barrios mejor construidos, pero probablemente se debió a la falta de instrumentos de medición adecuados o a un desinterés por alcanzar una mayor exactitud en las medidas, antes que al desconocimiento de un esquema que les permitiese el

máximo aprovechamiento del escaso terreno disponible.

A pesar de sus sobresalientes conocimientos astronómicos y aritméticos, las civilizaciones indígenas no pudieron subsanar la carencia de materiales inmutables con los que pudiesen repetir con exactitud ciertas medidas. En un plano distinto, las composiciones axiales fueron frecuentes en Mesoamérica y los arquitectos indígenas sobresalieron en el diseño de grandes conjuntos construidos en terrenos planos, donde gradualmente fueron tomando forma urbana grupos de edificios simétricamente dispuestos con indudable exactitud. Aun en los centros ceremoniales construidos sobre los terrenos accidentados de Chiapas y del Petén, los arquitectos mayas emplearon cuadrángulos para disponer los grupos de templos y edificios principales.

El empleo de ejes parciales fue frecuente en esos conjuntos, así como el uso de grandes ejes de composición para relacionar entre sí a los grupos que formaban un centro ceremonial. Tikal es un claro ejemplo de este principio y el mismo sentido se observa en Nakum, Yaxhá, Naranjo y en otros centros ceremoniales de menor importancia. La culminación de este proceso tal vez se encuentra en Tulum, cuando ya en plena decadencia y en un sitio alejado de sus centros clásicos, los mayas adoptaron lo que pienso fue su primer trazado general urbano planeado.

Todas las culturas que para asegurar su subsistencia e impulsar su desarrollo económico dependieron desde épocas tempranas de su evolución del cultivo intensivo de la tierra mediante obras de irrigación o de drenaje, comprendieron muy pronto la importancia de los trazados regulares con el objeto de alcanzar un máximo aprovechamiento del terreno. Los primeros trazados urbanos regulares en gran escala que se conocen aparecieron en el Oriente Medio y en el Cercano Oriente, entre culturas que se desarrollaron en valles fluviales. Y sin duda en América, la lógica

evolución que se produjo en las soluciones adoptadas por las distintas culturas indígenas para enfrentar las exigencias del medio ambiente, provocó gradualmente soluciones similares a las aparecidas varios milenios antes entre las culturas fluviales del Indo y de la Mesopotamia.

Tenochtitlán no fue una excepción. Un esquema espontáneo, aunque suficientemente regular, fue extendiéndose por todos los nuevos barrios que periódicamente se iban agregando a la ciudad, o en los sectores que probablemente se remodelaban y redistribuían después de las periódicas inundaciones que asolaban a los barrios periféricos. Pienso que así fue siendo reemplazado el trazado original, probablemente más desordenado que el visto por los españoles. Y así también se fueron relacionando los barrios de Tenochtitlán, siguiendo los lineamientos generales impuestos por las calzadas, las que determinaron dos grandes ejes de composición, y por la planta regular del recinto central ocupado por los templos, a partir del cual la ciudad se desarrolló. No se trató de una cuadrícula precisa como el que desarrollaron los incas en sus nuevas ciudades. Nos encontramos, más bien, ante un criterio adoptado en forma progresiva y a medida que era necesario agregar una nueva extensión a la ciudad.

Tenochtitlán tenía dos vías o ejes principales que se cruzaban en el medio de la ciudad, en un punto ubicado a los pies de la escalinata del Templo Mayor. En realidad, dos vías o calles se interrumpían frente a las puertas del teocalli o recinto sagrado que encerraba en su interior al Templo Mayor. Estas dos calles eran la continuación, ya dentro del terreno firme de los islotes originales, de las calzadas que servían para cruzar el lago y salvar los pantanosos sectores suburbanos de chinampas. Las calzadas vinculaban a la ciudad con los centros poblados de tierra firme y

también servían como diques de contención de las inundaciones.

Uno de los ejes cruzaba la ciudad de norte a sur y se dividía a su vez en una sección sur y otra norte. La calzada que partía desde el recinto sagrado hacia el sur era la de Ixtapalapa y por ella penetraron en Tenochtitlán Cortés y sus hombres. Era la más larga y estaba formada por dos ramales que nacían junto a las ciudades de Ixtapalapa y Coyoacán los que se unían en una sola vía a poco menos de dos kilómetros de la costa. Desde este punto hasta la costa sur de la isla y de la ciudad había unos seis kilómetros y medio y ocho hasta el centro de la ciudad⁸⁷. La calzada de Ixtapalapa habría sido construida hacia el año 1429 por orden del rey Izcoatl (Galindo y Villa, 1955).

Desde el recinto sagrado hacia el norte partía la calzada de Tepeyac. Era menos recta que la anterior y cruzaba la ciudad entre el distrito del mercado de Tlatelolco y el sector representado en el plano en papel de maguey. A los dos kilómetros aproximadamente de su punto de origen la calzada se desviaba hacia el noreste, coincidiendo con los últimos distritos de chinampas en ese sector de la ciudad, y luego de cruzar el lago terminaba en la ciudad de Tepeyac, a unos cuatro kilómetros de distancia.

La tercera calzada, sin duda la más importante, era la de Tlacopán, que desde el centro se dirigía hacia el poniente. También estaba formada por dos ramales que partían de las proximidades de las ciudades de Tacuba y Tacubaya para unirse a poco más de un

⁸⁷ La calzada de Ixtapalapa tenía dos canales laterales de 8 a 10 metros de ancho. Sobresalía la corona 1,30 metros sobre el nivel del lago y el ancho de la calzada oscilaba entre los 15 y 20 metros de ancho. La calzada no estaba pavimentada y la superficie estaba hecha con una mezcla de material volcánico y de tierra apisonada (González Rul y Mooser, 1961).

kilómetro de la costa. Sobre ella fue construido el acueducto que traía desde el manantial de Chapultepec el agua dulce que consumía la ciudad. Estas tres calzadas fueron fundamentales para determinar el trazado de la ciudad española, ya que las actuales calles de la República Argentina y del Seminario coinciden con el eje norte-sur de la ciudad azteca y la calle de Tacuba con la calzada oeste. Una cuarta calzada partía desde el centro de la ciudad hacia el naciente y se interrumpía al terminar la isla. Allí se estableció el ya mencionado puerto de las canoas.

Las calzadas llamaron la atención de los españoles. Menciona Cortés que la ciudad "tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas" (Cortés, 1961). Y Díaz del Castillo relata que, rumbo a Tenochtitlán, al salir de Ixtapalapa, "íbamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha a la ciudad de México, que me parece que no se torcería poco ni mucho" (Díaz del Castillo, 1955).⁸⁸

Todas las calzadas estaban defendidas con canales o cortaduras que las atravesaban de trecho en trecho y que sólo podían atravesarse mediante puentes levadizos, los que al mismo tiempo servirían para regular el nivel de las aguas del lago dulce, formado artificialmente entre la costa y la calzada norte-sur. La calzada de Ixtapalapa habría tenido una sola cortadura, la provocada por la acequia que limitaba hacia el sur a las casas nuevas de Moctezuma II y a la plaza principal de Tenochtitlán; en cambio estaba

⁸⁸ Las medidas que menciona Bernal Díaz del Castillo son sensiblemente inferiores a las citadas por González Rul y Mooser (ver nota 13). En cambio, Galindo y Villa da medidas superiores: 30 varas de ancho (25,98 metros) y dos varas de altura sobre el nivel de las aguas (1,72 metros), (Galindo y Villa, 1955).

defendida por "un baluarte de piedra... con dos torres a los lados" (Herrera, 1947). Junto a esas "torrecillas", como las llama Bernal Díaz del Castillo, y que en realidad eran el fuerte de Xoloc que figura en el plano de Cortés, se produjo el encuentro del conquistador español con el rey azteca.

Los dos ejes principales determinaron el sentido de las calles y canales de mayor importancia de la ciudad. Según la reconstrucción de Orozco y Berra, el centro de Tlatelolco y la calzada de Tlacopán estaban unidos a pocos metros al poniente del Gran Teocalli por dos calles paralelas entre sí y con respecto a la calzada de Tepeyac.

Tenochtitlán tenía pocas calles, pero los canales la cruzaban en todas direcciones, especialmente en la periferia de la ciudad. En cambio, en el centro y en los distritos más antiguos y densamente poblados, las calles de tierra duran alternaban con los canales manteniendo un paralelismo a todas luces intencional. Cabe preguntarse si reflejaba Tenochtitlán la forma de vida urbana que comenzaba a desarrollarse nuevamente en la meseta central de México y si el trazado y los elementos urbanos de la capital azteca fueron repetidos en las poblaciones menores del valle, o si fue Tenochtitlán una excepción, debido a su emplazamiento y tamaño, a su rápido desarrollo e importancia política.

Independientemente de las condiciones impuestas por el emplazamiento de Tenochtitlán, existen razones para creer que los aztecas llegaron a desarrollar ciertos principios de planeamiento físico general con el objeto de lograr un eficiente sistema de ordenamiento urbano. Considero esta posibilidad basándome en las líneas de un conocido historiador mexicano: "Cuando se escogía un punto para edificar un pueblo, se trazaban dos líneas cruzadas perpendicularmente, una dirigida de norte a sur y la otra de oriente a poniente. En el cruzamiento de estas líneas se reservaba un espacio

cuadrangular, se cercaba de muros dejando cuatro puertas que quedaban en cada uno de los cuatro principales puntos cardinales, a cuyas puertas iban a desembocar cada una de las cuatro calles principales. Estas calles eran trazadas a cordel, lo más rectas posible"; y luego agrega: "En el centro de este patio se levantaba una pirámide truncada, el lado poniente se reservaba a la escalinata principal" (Alcocer, 1935). Motolinia ha dejado una descripción sobre las ciudades indígenas en la que abundan detalles de interés: "Llámanse estos templos teocallis, y hallamos en toda esta tierra, que en lo mejor del pueblo hacían un gran patio cuadrado; en los grandes pueblos tenía de esquina a esquina un tiro de ballesta y en los menores pueblos eran menores los patios. Este patio cercábanle de pared, y muchos de ellos eran almenados; miraban sus puertas a las calles y caminos principales, que todos lo hacían que fuesen a dar al patio, y por honrar más sus templos sacaban los caminos muy derechos por cordel, de una y de dos leguas que era cosa harto de ver desde lo alto del principal templo, como venían de todos los pueblos menores y barrios los caminos muy derechos e iban a dar al patio de los teocallis"; y agrega más adelante: "En los grandes teocallis tenían dos altares, y en los otros uno, y cada uno de estos altares tenía sus sobrados ... Delante de estos altares dejaban grande espacio, adonde se hacían los sacrificios ... " Luego de referirse a la altura de los teocallis de México y Tezcoco (Texcoco), Motolinia explica las características de los centros comerciales secundarios de las grandes ciudades: "En los mismos patios de los pueblos principales había otros cada doce o quince teocallis harto grandes, unos mayores que otros; pero no allegaban al principal con mucho. Unos tenían el rostro y gradas hacia otros, otros las tenían a Oriente, otros al Mediodía, y en cada uno de éstos no había más de un altar con su capilla, y para cada uno había sus salas y aposentos adonde estaban aquellos Tlamacazques o ministros, y que eran muchos y los que servían de traer agua y leña; porque delante

de todos estos altares había braseros que toda la noche ardían, y en las salas también tenían sus fuegos. Tenían todos aquellos teocallis muy blancos, y bruñidos, y limpios, y en algunos había huertecillos con flores y árboles" (Motolinia, 1941).

La capital azteca no fue la única a la que podía dársele categoría de ciudad. Aún con criterios contemporáneos Texcoco, Cholula, Coyoacán y muchas otras podían ser consideradas como verdaderas ciudades, pues tenían las características físicas, la extensión y la población suficientes y eran para la época y lugar activos centros de transformación de materias primas y mercados de gran influencia y atracción.

Fue así informado el rey Carlos I de España: "E llámase esta ciudad Tezcoco (Texcoco), y será de hasta treinta mil vecinos. Tienen, Señor, en ella muy maravillosas casas y mezquitas, y oratorios muy grandes y muy bien labrados. Hay muy grandes mercados... "(Cortés, 1961). Si interpretamos que treinta mil vecinos pueden haber sido otros tantos jefes de familia, Texcoco habría tenido alrededor de ciento cincuenta mil habitantes en 1520.

A pocos kilómetros estaban, así lo relata Cortés, las ciudades de Acurumán y Otumpa, con tres a cuatro mil vecinos cada una, o sea entre quince y veinte mil habitantes. No son las únicas; el cronista Herrera adjudicó seis mil casas a Coyoacán, cinco mil a Huicilopuchco y cuatro mil a Mexicaltzingo (Herrera, 1945). Y junto al lago estaba Ixtapalapa, gobernada por un hermano de Moctezuma II, una ciudad que tenía entre doce y quince mil vecinos, o sea unos sesenta a setenta y cinco mil habitantes que vivían "la mitad dentro del agua y la otra mitad en tierra firme" (Cortés, 1961). Es obvio suponer que, dada su localización, el sistema de chinampas, con sus esquemas rectilíneos de canales y calles, existió en esta ciudad como posiblemente en las demás poblaciones ribereñas.

Tlaxcala, la capital de los aliados de Cortés, fue considerada por el conquistador como de mayor tamaño, más poderosa y poblada que Granada al tiempo de su conquista por los Reyes Católicos en 1492, con un mercado en que "todos los días hay en él de treinta mil almas arriba vendiendo y comprando" (Cortés, 1961).

Al entrar en Cholula las calles y azoteas se llenaron de gente deseosa de ver "hombres como nosotros" y caballos (Díaz del Castillo, 1955). Y dice Herrera sobre la misma ciudad: "Era (Cholula) Ciudad muy populosa, en un hermoso llano, con veinte mil Casas, i otras tantas fuera, en lo que llaman Estancias, con muchas Torres en los Templos, que hacían hermosas vistas, que según se afirma eran tantas como Días tiene el Año..." (Herrera, 1945).

En las cartas de Cortés, en la crónica de Díaz del Castillo y en los relatos de los primeros cronistas e historiadores de las Indias, abundan las frases de admiración sobre la calidad de las casas, el tamaño de los templos, la buena disposición de los edificios, la variedad y el orden de los mercados, la limpieza de las calles, la abundancia de los víveres y la excelencia de los servicios. Son todos elogios a una sociedad disciplinada y responsable que paulatinamente había buscado, mediante programas y leyes, el eficiente cumplimiento de disposiciones urbanas. Concretando sus ideas en diseños esquemáticos que no serían muy distintos, en su dibujo y presentación, de los mostrados en el plano en papel de maguey, y mediante el empleo de modelos en barro en los que abundarían los detalles ornamentales, es casi seguro que los arquitectos aztecas proyectaron y guiaron, por lo menos parcialmente, la construcción de sus ciudades.

Un conjunto de la magnitud y del equilibrio como el que encontraron los españoles en el centro de Tenochtitlán no es obra del azar. La calle "ancha, derecha, i muy hermosa, con Casas por ambas aceras

por la que entraron los españoles" (Herrera, 1945), era indudablemente parte de un esquema urbano preconcebido, por lo menos en sus lineamientos principales. Es difícil probar el grado de perfección que alcanzó el planeamiento urbano entre los aztecas. Sería necesario estudiar con mayor detalle a los cronistas y a los códices y verificar las descripciones que pudieran existir sobre otras ciudades indígenas que mantuvieron su aspecto original durante un período más prolongado que la capital.

Nada queda de Tenochtitlán. La ciudad fue destruida durante el asedio que precedió a la conquista final. Con los restos de las casas se llenaron durante la lucha los canales para facilitar el movimiento de la caballería; concluida la guerra, los templos y palacios indígenas fueron sistemáticamente arrasados y reemplazados con las iglesias y casonas de la colonia. Pero las líneas principales del trazado de la ciudad azteca fueron respetadas y sobre esa base surgió la cuadrícula del México colonial que aún subsiste en la actualidad.

No solo el trazado de la ciudad perduró a lo largo de los siglos. El uso del suelo y la importancia religiosa, administrativa y cívica de la parte central de Tenochtitlán se ha mantenido; la plaza colonial sobre la plaza del mercado azteca la catedral sobre el Templo Mayor y el palacio nacional sobre las casas nuevas de Moctezuma II.

Tal vez sea posible reconstruir algún día el plano de Texcoco y Cholula, de Ixtapalapa y Tacuba, de las ciudades que los aztecas encontraron, planearon y remodelaron para ajustarlas a su sentido del ordenamiento urbano. Sólo entonces podremos verificar la estructura urbana de esas ciudades cubiertas por las construcciones de cinco siglos.

Sugiero, a manera de hipótesis, que hacia principios del siglo XVI el planeamiento urbano en la meseta central de México habría decaído notablemente con respecto al puesto en práctica durante el período

clásico y se encontraba nuevamente en una etapa elemental y de experimentación. Se buscaban esquemas muy generales de trazado que corresponderían a principios aceptados. Así se iban determinando la dirección de una calzada o el área de ampliación de un centro ceremonial o la superficie de un mercado. Los detalles del diseño urbano eran desarrollados en relación con la arquitectura y la arquitectura sólo aparecía en los centros religiosos principales y secundarios de la ciudad, en los palacios y en las casas de los distritos con características urbanas.

En Tenochtitlán y en las poblaciones ribereñas del lago Texcoco, el sistema de chinampas impuso gradualmente un esquema urbano de líneas regulares. No creo que haya ocurrido lo mismo en las ciudades del interior donde los cultivos en chinampas eran imposibles y las áreas irrigadas relativamente escasas. Dice Herrera que en Tlaxcala "la población iba repartida por Barrios, pequeños trechos, sin orden, contra nuestro uso,

i a un tiro de piedra muchas Casas juntas, i entre ellas muchos callejones angostos, i torcidos... "(Herrera, 1945).

Para el que no conociese una ciudad azteca, le habría sido imposible identificar a los simples barrios semilacustres de la periferia de Tenochtitlán o a las miserables chozas de una ciudad del interior, con las costosas y enormes construcciones religiosas o los amplios palacios habitados por la nobleza azteca. La diferencia de jerarquía, en cuanto a la disposición de los barrios dentro de la ciudad estaba relacionada con la estructura de la sociedad azteca y ha sido confirmada por los pocos relatos que se poseen de los cronistas, en los cuales se alude, aunque brevemente, a la diferencia de tamaño, de calidad y de materiales que existía entre las casas de los nobles y de la población en general.

La ciudad incaica. Cusco

"Entonces dijo nuestro Inca a su hermana y mujer: En este valle manda Nuestro Padre el Sol que paremos y hagamos nuestro asiento y morada, para cumplir su voluntad. Por tanto, reina y hermana, conviene que cada uno por su parte vamos a convocar y atraer esta gente, para los doctrinar y hacer el bien que Nuestro Padre el Sol nos manda."

Garcilaso de la Vega (Comentarios Reales)

Cualquier ciudad que llega a convertirse en la capital de una entidad política de cierta importancia suele reflejar en su localización y en el trazado y disposición general de su distrito central, las inciertas etapas iniciales de su desarrollo. La mayoría de las capitales de los grandes imperios preindustriales no fueron originalmente establecidas con ese propósito y es evidente que los primeros habitantes de Roma, Londres, Cusco y Madrid no pudieron imaginar el futuro desarrollo de agrupamientos que durante varias generaciones tuvieron características tan modestas. Sólo al concentrarse en ellas las funciones propias de una ciudad capital de un imperio en expansión, se produjo su crecimiento demográfico y físico como consecuencia de la gradual importancia política y comercial que adquirieron y que las llevaría a destacarse entre las demás ciudades de los respectivos estados. En otras palabras, la evolución de un imperio y de su capital suelen coincidir, y los nuevos distritos que van agregando reflejan con frecuencia las limitaciones del sitio original y el espontáneo desarrollo urbano a que esas ciudades se ven sometidas impulsadas por la cambiante fortuna de los estados.

Además, la más o menos rápida y exitosa expansión territorial de un Estado con las características de los

señalados, con seguridad se reflejará durante cada período de su evolución, en la estructura física de su capital y en los elementos generales de diseño que se introduzcan. No puede entonces llamarnos la atención que la capital de un imperio en continuo desarrollo no represente el mejor ejemplo que en materia de planeamiento urbano puede exhibir esa entidad política.

Cusco

La ocupación Inca del área de Cusco está vinculada a las leyendas transmitidas oralmente y recogidas por algunos entre los primeros historiadores españoles de la colonia. La versión que más ha circulado es la de Sarmiento de Gamboa, quién vinculó los orígenes de Cusco al mito de los cuatro hermanos Ayar y de sus cuatro hermanas, quienes luego de un lento peregrinaje llegaron desde el sur al valle de Cusco, un área poblada en la que se les permitió establecerse (Sarmiento de Gamboa, 1947).

Simbólicamente, Cusco quedó fundado hacia el año 1200 al decidir Manco Capac hacer de ese sitio el centro de las actividades educadoras que, de acuerdo con la leyenda, su creador, el Sol, le había encomendado. Esto haría de Cusco la ciudad continuamente habitada más antigua de Sudamérica y posiblemente del hemisferio occidental (Rowe, 1944)

Durante los primeros dos siglos a partir de su fundación, Cusco fue una modesta aldea rodeada de terrenos pantanosos (Betanzos, 1968). Sobre sus características poco o nada ha revelado la arqueología. Según Sarmiento de Gamboa, Manco Capac y los cuatro Incas que le sucedieron vivieron y murieron en la Casa del Sol o "Hindicancha" (Sarmiento de Gamboa, 1947) que casi seguramente fue la principal construcción durante esos años. A mediados del siglo XIV: durante el gobierno de

Inca Roca, el sexto de la dinastía, ocurrieron dos acontecimientos de importancia para la ciudad. Inca Roca conquistó Caitamarca, a cuatro leguas de Cusco, y "encañó las aguas de Hurinchacán y las de Hananchacán, que es como decir las 'aguas de arriba' y las 'aguas de abajo' de Cuzco, con que hasta el día de hoy se riegan las sementeras del Cuzco" (Sarmiento de Gamboa, 1947). Inca Roca fue también el primero en romper con la costumbre de habitar la Casa del Sol y construyó su propia casa "hacia lo alto de la población".⁸⁹

Desde entonces todos los Incas construyeron un palacio que habitaron junto con los miembros del ayllu real del que eran cabeza a partir del momento de su coronación. "No queriendo vivir el hijo en las casas que había vivido su padre antes, las dejaban en el estado que eran al fallecimiento del padre, con criados, deudos y aïllo (ayllu) y sus heredades, para que los tales se sustentasen y los edificios se reparasen" (Sarmiento de Gamboa, 1947).

La ciudad que vieron los tres embajadores de Pizarro, a mediados de 1533, fue la que había ordenado reconstruir Pachacuti, el noveno Inca, quién habría dirigido personalmente las obras (Betanzos, 1968)⁹⁰. Los trabajos comenzaron poco después de asumir el poder en el año 1439 y sin duda procuraron el embellecimiento y expansión de la ciudad, antes que la transformación de su organización general, desplazando

a los habitantes allí instalados a una zona que rodeaba la ciudad. "Hizo las calles principales que tenía cuando los españoles entraron en el Cuzco, y repartió los solares para casas de comunidad, públicas y particulares, haciéndolas edificar de cantería muy pulida" (Sarmiento de Gamboa, 1947).

Además, Pachacuti resolvió agrandar y enriquecer la Casa del Sol salvándola de la aparente negligencia con que había sido tratada por los Incas anteriores. Las obras de Pachacuti no terminaron ahí; hizo construir numerosas terrazas en las laderas de los cerros y valles vecinos para aumentar la producción agrícola o para realzar el emplazamiento de algunos conjuntos de edificios, y ordeno desecar un pantano cruzado por el río Saphy, al norte del antiguo sitio de residencia de los primeros Incas, en donde paulatinamente fue formándose una gran plaza ceremonial denominada Huacapata. En ese lugar, ubicado a unos quinientos metros al norte del templo del Sol, se fue desarrollando una gran plaza ceremonial de forma trapezoidal. A su alrededor los Incas ordenaron, construir sus palacios. Al oeste de la Huacapata, existía una segunda plaza llamada Cusipata utilizada para reuniones sociales.

El centro

Después del remodelamiento de la ciudad emprendida por Pachacuti, el centro de Cusco quedó determinado por la ubicación de los edificios públicos y de los palacios de los sucesivos Incas quienes, siguiendo la costumbre iniciada por Inca Roca, se establecieron rodeando o en las inmediaciones de la nueva plaza o Huacapata⁹¹.

El primero fue el palacio de Inca Roca o Cora Cora al norte de la plaza; el segundo Kiswarcancha, el palacio

⁸⁹ Cusco estaba dividido en la ciudad alta, o Hanan Cusco, y la ciudad baja, o Hurin Cusco. Seis Incas construyeron sus palacios en la ciudad alta, siendo el último Huayna Capac.

⁹⁰ Ante la presión de Pizarro, Atahualpa decidió mostrar su buena voluntad permitiendo que algunos españoles viajasen a Cusco para verificar el estado de tranquilidad que reinaba en el país y acelerar el envío del rescate que iba a devolverle su libertad. Tres españoles viajaron por orden de Pizarro y regresaron hacia junio de 1533 confirmando los relatos que corrían entre los españoles sobre la riqueza y población de la ciudad. Una vez ejecutado Atahualpa, el 29 de agosto de ese año, Pizarro y su ejército marcharon hacia cusco donde penetraron en la mañana del 15 de noviembre "a la hora de misa mayor" (Sancho, 1938).

⁹¹ Los primeros "soberanos" de los Incas pueden haber sido los fundadores de sucesivas *panaqa* o *ayllus* reales vinculados con la división de la sociedad de los *hanan* y los *hurin*, la mitad de arriba y la mitad de abajo respectivamente (Zuidema, 1964).

de Viracocha Inca, al este; el tercero Cassana, el palacio de Pachacuti, junto a Cora Cora, y al sur fueron construidos los palacios de Topa Inca, o Hatuncancha y de Hayna Capac o Amarucancha. El Acllahuasi o Casa de la Vírgenes del Sol o Mujeres elegidas estaba ubicada al este de la plaza, entre los palacios de Topa Inca y de Huayna Capac, y la escuela para los nobles o Yachahuasi estaba al oeste, detrás de los palacios de Inca Roca y de Pachacuti.

Tal vez la denominación de palacios no sea correcta. Se trataban de recintos rectangulares o *kanchas* de considerable tamaño, construidos en piedra y sin otra abertura exterior que algunas puertas de acceso. En el interior de la *kanchas* se ordenaban tres, cuatro o más edificios ubicados simétricamente alrededor de un patio. Los edificios o *kallankas*⁹² eran de planta rectangular y una sola habitación; carecían de ventanas, las que eran innecesarias debido al clima frío y luminoso del altiplano. Los techos de paja tenían, por lo general, una pendiente pronunciada.

No ha sido aclarado aún el origen de estas dos formas principales de la arquitectura inca. Los recintos rectangulares o *kanchas* habrían sido introducidos por la cultura wari (Hyslop, 1990) y los edificios de planta rectangular o *kallankas* serían propios de la región de Cusco cuyas culturas también habrían sido influenciadas por la cultura wari (Kendall, 1976). En cambio, en la excelente calidad de la mampostería de piedra que fue utilizada en la construcción de los edificios más representativos de Cusco, de los centros administrativos principales y hasta de algunos andenes, se notaría la influencia de la arquitectura de Tiahuanaco (Gasparini y Margolies, 1977). "Yo he oído afirmar a indios", escribía Cieza de León a mediados del siglo XVI, "que los ingas hicieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla o pared que se ve en este pueblo (Tiahuanaco)" (Cieza de León, 1945).

⁹² *Kallanka* denomina a una forma arquitectónica que pudo cumplir funciones variadas.

La riqueza de los palacios se vería en el fino trabajo de la piedra, perfectamente labrada y asentada, y en la sobria decoración interior conseguida mediante tapices y objetos de oro y plata. Por lo general, las paredes eran dejadas sin revocar y sólo la presencia de nichos trapezoidales quebraba la lisa superficie. Los palacios, y seguramente todas las obras públicas, eran proyectados por ingenieros mediante el empleo de modelos de arcilla o de piedra y luego construidos por obreros especializados. Ejemplos de los modelos empleados pueden verse en los museos; son muy simples y por lo general no sobrepasan el tamaño de cualquiera de las piezas comunes de cerámica que se exhiben en las vitrinas. Constituyen una precisa síntesis de los elementos básicos necesarios para guiar una construcción, como ser el volumen del conjunto, la posición de las aberturas, de los cercos y muros, la forma de las torres, etc. (Pardo, 1936).⁹³

Aún quedan en pie algunos de los muros exteriores e interiores de esos palacios y en su mayoría son ejemplos de la clase de mampostería en piedra que prevaleció durante las etapas finales del Incanato. Las sobrias paredes estaban formadas por bloques de piedras de forma regular, por lo general rectangulares; la piedra era de distinta calidad y color según el destino del edificio. Una piedra oscura y pardusca, casi negra, fue utilizada en el Templo del Sol y en los palacios, mientras que en las obras generales y en las fortificaciones se emplearon piedras comunes, como la diorita y la piedra caliza, que eran mucho más fáciles de obtener que la anterior. En las construcciones públicas de menor importancia se usaron grandes bloques de adobe, con frecuencia rematando una pared cuyas primeras hiladas habían sido construidas en piedra. Las construcciones en adobe fueron más frecuentes en Pisac, Yucay y otros

⁹³ Refiere el Conquistador Anónimo, en su Crónica de la Conquista del Perú, que estando de Soto en Caxas, un pueblo grande a donde había llegado como avanzada de las fuerzas de Pizarra, llegó hasta los españoles un capitán enviado por Atahualpa con presentes, entre ellos "dos fortalezas muy fuertes hechas de barro, diciendo que otras había adelante como aquéllas" (Conquistador Anónimo, 1938). Xerez confirma este hecho (Xerez, 1985).

centros vecinos a Cusco y en edificios que, por las funciones a que estaban destinados, con seguridad habrían sido en piedra, de haber sido edificados en la capital del imperio. Lo que más asombra de la albañilería en piedra de los incas es la perfección de las juntas y la generalizada costumbre de enfatizadas rebajando los bordes de los bloques. Eran éstos los únicos elementos decorativos de paredes que de lo contrario hubieran sido completamente lisas, y cuya belleza, tal como las vemos en la actualidad, reside en la nobleza del material empleado.

Es posible imaginar el aspecto sobrio de Cusco incaico al comprobar la simplicidad de los elementos arquitectónicos y urbanísticos que se emplearon en el diseño y construcción de la ciudad. Una plaza incaica como la Huacapata, era simplemente un espacio delimitado por los muros lisos de las construcciones sobre los que sobresalían los techos inclinados de paja⁹⁴.

La mayoría de las calles eran corredores estrechos y empinados y no del todo derechos, entre paredes de piedra que aun hoy tienen seis o más metros de altura. Estos eran los distritos centrales de la ciudad, los de mejor trazado y construcción, los que podemos considerar como urbanos para Cusco, ocupados por los palacios donde residían los ayllus reales.

Cusco fue para los españoles, a pesar de su simplicidad, una ciudad poco común. En una carta se la describe: "Esta ciudad es la mejor y mayor que en la tierra se ha visto, y aún en Indias, y decimos a V.M. que es tan hermosa y de tan buenos edificios que en España sería muy de ver..."⁹⁵. Otro conquistador habla de las "muchas casas buenas" (Ruiz de Arce, 1933) y Cieza de León, que recorrió el Perú hacia 1547 cuando los efectos de la conquista y de la española no habían podido ocultar completamente a la arquitectura incaica

de Cusco, describió así la ciudad "Y en ninguna parte de este reino del Perú se halló forma de ciudad con noble ornamento si no fue este Cuzco que era la cabeza del imperio de los ingas y su asiento real" y luego agregó: "el Cuzco tuvo gran manera y calidad debió ser fundada por gente de gran ver" (Cieza de León, 1945). Garcilaso la comparo con Roma "Roma hizo ventaja al Cuzco" (Garcilaso, 1961). Y Estete elogia el trabajo en cantería "de esta ciudad (que) hace gran ventaja a las España" (Estete, 1938).

A principios de siglo XVI Cusco era un caso único entre las ciudades del Tawantisuyu por su movimiento, población, calidad de las construcciones y acumulación de riquezas allí concentradas. Sin embargo, como iremos viendo a medida que se desarrolla este capítulo, no puede ser comparada ni por su arquitectura, ni por su trazado, ni por su movimiento con las grandes ciudades de las civilizaciones mesoamericanas.

Formando un segundo semicírculo alrededor del distrito central, existían terrenos sin construir formando una zona intermedia entre los palacios que rodeaban la plaza y los barrios externos, tal vez mantenida como reserva para futuros Incas.

Existía por lo tanto una división urbana que definía a los Incas de Cusco Alto o Hanan Cusco, de los incas de Cusco bajo o Hurin Cusco. El sector central estaba ocupado por los palacios que ocuparon los Incas de Cusco alto y los ayllus reales. Alrededor del centro de la ciudad, determinado desde el reino de Pachacuti por la plaza de Huacapata, vivía la realeza formada por las *panacas* de los últimos Incas, encargadas de preservar la momia del Inca muerto, y los miembros del ayllu del soberano reinante.

⁹⁴ Los techos de las casas de los barrios externos, así como los de las habitaciones que formaban los palacios, eran igualmente de paja. La diferencia de rango se vería en la calidad del trabajo. Los incas no conocieron la teja, tal como lo hacen notar cronistas y historiadores.

⁹⁵ Acotado de William H. Prescott, *The conquest of Peru*, edición The Modern Library nota 35 del capítulo VIII.



Los barrios externos

"El templo del Sol o Inti Cancha, levantado en el bajo Cuzco, fue el punto céntrico del que partieron para trazar la circunferencia de la ciudad" (Valcárcel, 1925). Siguiendo esta organización radial y circular se formaron los barrios externos o internos que se diferenciaban entre sí por el carácter semirural de los primeros y el carácter más urbano de los segundos, en parte representados por una arquitectura en adobe o en piedra, respectivamente.

En los barrios céntricos se establecieron los ayllus reales; los barrios externos estaban ocupados, según las orientaciones, por la gente común o por algunos grupos pertenecientes a los pueblos conquistados, de acuerdo con la posición geográfica que ocupaba cada uno de ellos dentro del imperio; los que venían del poniente ocupaban un sector al poniente de la ciudad y así sucesivamente.

Es lo que Harth Terré llamó con acierto la "imagen urbana de una geografía". El análisis de los nombres,

Figura 45. Plano de Cuzco en la segunda mitad del siglo pasado. La ubicación de los barrios, formando un círculo alrededor de la Huacapata, responde a la descripción de Inca Garcilazo.

Iglesias: 1. San Cristóbal; 2. Santa Ana; 3. Los Nazarenos; 4. San Antonio; 5. San Blas; 6. Beaterio Arcopata; 7. Jesús María; 8. La Catedral; 9. Capilla del Santiago; 10. San Francisco; 11. La Merced; 12. La Compañía; 13. San Agustín; 14. Hospital de Hombres; 15. Santa Clara; 16. Santa Catalina; 17. Beaterio de San Andrés; 18. Beaterio Santa Rosa; 19. Santo Domingo; 20. Beaterio Ahuacpinta; 21. Santiago; 22. Belén; 23. Iglesia del Panteón; 24. Universidad; 25. Prefectura; 26. Municipio; 27. Prisión; **Ruinas Incas:** A. Templo del Sol; B. Palacio de la Virgen del Sol, C. Palacio del Inca Tupac Yupanqui; D. Palacio del Inca Yupanqui; E. Palacio del Inca Roca; F. Palacio del Inca Viracocha; G. Palacio de Yachahuasi, o Escuelas; H. Palacio del Inca Pachacutic; I. Palacio de Huayna Capac, J. Palacio de Manco Capac; K. Casa de Garcilazo de la Vega; L. Intahnatava, o Gnomon del Sol; M. Ruinas de construcciones incas; N. Chingana cámaras en la roca; O. Cámaras rocosas talladas; P. Camino del Inca, nivelado, conduciendo a las canteras; Q. Pila, o Baño, de los Incas. Líneas negras muestran muros del antiguo Inca.

El orden que se sigue corresponde al sentido de movimiento de las agujas del reloj.

De acuerdo con Garcilaso, "el primer barrio, que era el más principal, se llamaba Collcampata" (Garcilaso, 1961). Tomando como centro de la ciudad el sitio donde se estableció Manco Capac, que es donde se construyó el templo o Casa del Sol⁹⁶ el barrio de Collcampata estaba ubicado al noroeste, en la ladera de la colina de Sacsahuaman; era el granero y depósito donde se guardaban los impuestos y los tributos. Al naciente del Collcampata estaba el barrio de Cantutpata, donde se cultivaban las clavelinas, que eran las flores preferidas por los incas; aparentemente era un barrio poco poblado. Siguiendo hacia el este estaba el barrio de Pumarcucu, donde eran atados a grandes vigas y domesticados los leones que se regalaban al Inca. Vecino a este barrio se encontraba el de Tococachi, que corresponde al actual vecindario de San Blas; fue un barrio bien poblado durante el Incanato. Al este del templo del Sol existían dos barrios; uno se llamaba Munaycenca, y aún más al mediodía se encontraba el barrio donde se realizaban las asambleas y que era llamado Rimacpampa.

Casi al sur estaba el barrio de Pumapchupan, en el sitio donde el río Huatanay, al unirse con el Tuyumayo, deja una lengua de tierra con forma de cola de león; de ahí su nombre. Al oeste de este barrio, y ya fuera del área que formaba Cusco propiamente dicho, había un pueblo llamado Cayaucachi, que luego de la conquista quedó integrado dentro de la ciudad y actualmente corresponde al barrio y plaza de Belén. También al sudoeste estaba el barrio de Chaquillchaca, que como el de Cayaucachi figura en el plano de Squier (Squier, 1877) a pocos cientos de metros del centro de Cusco incaico. Pero al decir de Garcilaso estaba alejado unos

⁹⁶ La casa o templo del Sol, sobre cuyas ruinas se levantó el convento de Santo Domingo durante la colonia, estaba ubicado a unos 500 metros al sudeste del actual emplazamiento de la catedral de Cusco

mil pasos de la ciudad; el barrio de Chaquillcacha habría quedado integrado dentro del área urbana de Cusco varias décadas después de la llegada de los españoles y corresponde en la actualidad al barrio y plaza de Santiago.

El barrio incaico de Pichu es en la actualidad un distrito muy popular y en sus terrenos existieron antiguamente intensos cultivos en terrazas. Estaba ubicado hacia el oeste del templo del Sol. Entre el actual emplazamiento de la iglesia y el convento de San Francisco y las primeras elevaciones al noroeste de la ciudad había una zona o barrio agrícola llamado Quillipata. El barrio de Carmenca quedaba un poco más al norte, parcialmente ubicado en las partes más altas de las mismas elevaciones que ocupaba el barrio de Quillipata; en la actualidad es el barrio de Santa Ana. Finalmente, entre el cauce del Huatanay y el sitio de Collcampata, estaba el último de los doce barrios que formaban Cusco incaico. Era llamado el barrio de Huacapuncu y su nombre, traducido literalmente, quiere decir Puerta del Santuario; posiblemente señale el emplazamiento de algún acceso simbólico a la ciudad. Ese distrito está ocupado por el baño de Saphi de Cusco actual. Los barrios de Huacapuncu y Collcampata estaban ubicados en la ladera baja de la colina donde había sido construida la fortaleza de Sacsahuaman. De este modo, como dice Garcilaso, "queda hecho el cerco entero" (Garcilaso, 1961).

Varios de los barrios externos estaban ocupados por los Incas de privilegio, grupo constituido por los curacas o gobernadores y por la nobleza extranjera que residía en la capital rodeada de numerosos privilegios a cambio de su subordinación total. El rey de Chan Chan, por ejemplo, residía en Cusco mientras su hijo gobernaba a su pueblo como representante del Inca de Cusco. E incluso existieron príncipes extranjeros que se casaron con princesas del ayllu reinante en un acto de consolidación política.

Sin tener la categoría de los palacios ocupados por los linajes reales es indudable que las casas de los curacas tenían la categoría que correspondía a miembros prominentes del imperio que se veían obligados a residir durante largas temporadas en Cusco. Dice uno de los conquistadores: "La causa por donde son tan buenas (las casas) es que el señor de la tierra mandaba a todos los señores de ella que hiciesen casas en la ciudad y cuatro meses del año viniesen a residir en la ciudad donde él estaba, que era Cusco. Había señor que tenía su tierra de allí seiscientas leguas, y le hacía venir a residir, como dicho es. Tenía los señores, aquellos que tenían lejos, esta orden: de sus tierras hacían venir gentes y poblaban un pueblo cerca del Cuzco, para que los sirviesen, estando él en la corte" (Ruiz de Arce, 1953)⁹⁷.

Creo que las consideraciones de Ruiz de Arce son exageradas y dudo que la visita anual fuese obligatoria para los curacas y nobles extranjeros originarios de los distritos más remotos del imperio. Aun suponiendo que un príncipe de un pueblo subordinado al Inca, al que se le hubiese otorgado el no muy frecuente privilegio de viajar en una litera con portadores, realizase una marcha, por cierto, nada despreciable para el sistema de transporte imperante, de veinte kilómetros diarios, necesitaría cerca de cien días para ir de algún principado alejado de Cusco hasta la capital del imperio y otros tantos días para regresar.

⁹⁷ La frontera norte del Inca nato estaba a menos de dos mil quinientos kilómetros de Cusco. La indefinida frontera sur era la más distante y por el camino real de los Incas estaría a unos tres mil kilómetros de la capital. Entre Quito y Talca, al sur de Santiago de Chile, pasando por Cusco, había una distancia aproximada de 5.200 kilómetros por el camino de los Andes. El camino de la costa era más directo y posiblemente más rápido, pero su extremo norte era Tumbes, a varios cientos de kilómetros al sur de la frontera norte del imperio. Entre Tumbes y Talca había una distancia de unos 4.000 kilómetros. La actual ruta Panamericana que recorre el Perú de norte a sur a lo largo de la costa, es paralela, en muchas partes, al camino del Inca (von Hagen, 1958). Las distancias son considerablemente más cortas a vuelo de pájaro.

El Inca, a pesar de sus medios, realizaba etapas de doce a quince kilómetros diarios. Claro está que los viajes del Inca eran casi siempre de inspección cuando no lo impulsaban razones militares. Lo lógico es pensar que la visita anual fuese solamente ordenada a los príncipes o gobernadores de las provincias relativamente próximas a la capital ya que sería contrario a la eficiencia buscada por los Incas provocar, a algunos de sus súbditos más importantes, pérdidas de tiempo tan grandes como las ocasionadas por viajes prolongados. Cieza de León se refiere también a esta costumbre de indudable razón política impuesta por los Incas: "De todas las provincias venían a tiempo los hijos de los señores a residir en esta corte con su servicio y aparato" (Cieza de León, 1945).

Si bien los Incas de privilegio y sus servidores ocuparían una buena parte de los barrios externos, era la clase humilde de la población la que habitaba en los distritos suburbanos en un acto que pretendía simbolizar la unidad del imperio, pero que en realidad tenía como fin concentrar a la mano de obra necesaria para las actividades artesanales que requerían los grupos dirigentes y para la ejecución de las obras públicas que continuamente se realizaron en Cusco durante sus últimos cien años como capital del Incanato.

Hasta el reinado de Pachacuti, la mayoría de la población que habitaba en los sectores del valle vecinos a Cusco estaría constituida por los miembros de los ayllus que durante generaciones habitaron en los alrededores del sitio donde se estableció Manco Capac. Cusco careció durante mucho tiempo de una fisonomía urbana y sin duda se trataba de una simple y no muy numerosa aglomeración vecina al templo del Sol. A poco de ser coronado Inca, y una vez que hubo delineado las obras de la ciudad, Pachacuti "despobló todos los pueblos que estaban dos leguas en torno del pueblo. Y las tierras de los pueblos que despobló aplicólas para el Cuzco y para sus moradores, y los que despobló echólos a otras partes. Con lo cual contentó mucho a los

ciudadanos del Cuzco, porque les daba aquello que les costaba poco, y así hacía amigos con hacienda ajena" (Sarmiento de Gamboa, 1947).

Así, aparentemente, se produjo la expansión territorial de Cusco, ocupando las tierras de los débiles pueblos vecinos. Otras tierras fueron paulatinamente incorporadas a medida que se expandía el imperio y luego ocupadas por el excedente de los grupos que primitivamente se habían concentrado junto al primer sitio de la ciudad y mediante el aporte de las tribus vencidas encabezadas por sus jefes. En cierto modo, Cusco incaico fue la consecuencia del sistema de los "mitimaes" y por cierto el mejor ejemplo de los resultados políticos, técnicos y económicos que se buscaban mediante ese programa.

De este modo quedaron formados los barrios externos de Cusco hasta rodear a la plaza de Huacapata en un amplio círculo. El significado y propósito de esta división en barrios es claramente explicado por Montesinos:

"... porque si sobreviene algún motín en la ciudad no simbolizaren los ánimos y para que, estando así divididos en diversos barrios y gobiernos, se pudiera tener mejor cuenta y noticia de la gente, y para que cuando el rey los hubiese menester, o para la guerra o para alguna obra pública y otra cualquier cosa o para la paga de tributos se pudiese, sin confusión, tener..."

Las plazas y las calles

"Luego que fueron acabadas las fiestas (de la coronación) trazó (Pachacuti) el pueblo por mejor orden que solía tener, y hizo las calles principales que tenía cuando los españoles entraron en el Cuzco, y repartió los solares para casas de comunidad públicas y particulares, haciéndolas edificar de cantería muy pulida" (Sarmiento de Gamboa, 1947).

La plaza de Huacapata fue uno de los resultados de este nuevo trazado. La plaza inca era bastante más extensa que la actual Plaza de Armas que data de los años de la colonia. Tenía unos 550 metros en su lado

más largo, el lado noreste-sudoeste, y 250 metros en su lado menor, que era el noroeste-sudeste. La superficie libre de la plaza era superior a las diez hectáreas. El cauce del río Huatanay cortaba la plaza en el sentido noroeste-sudeste formando dos sectores con forma de trapecio, con funciones distintas. Al norte del Huatanay estaba el menor de los dos trapecios con la forma y superficie aproximadas de la actual Plaza de Armas; era llamado Huacapata y utilizado en aquellas ceremonias que el Inca presidía desde una plataforma especial y que por lo general eran actos colectivos de importancia, como el saludo de la salida del Sol, los matrimonios colectivos, los desfiles militares o religiosos, la simbólica distribución de la chicha y el pan; también se realizaban mercados. Al sudoeste del río estaba el mayor de los dos trapecios, llamado Cusipata o Andén de la Alegría, en donde se celebraban los bailes y fiestas de carácter popular. Tenía dentro de sus límites andenes cultivados con maíz. Este sector quedó muy fragmentado al producirse en octubre de 1534 el primer reparto de solares entre los conquistadores españoles. Con el tiempo, dentro de los límites de la Cusipata, encontraron cabida las actuales plazas de San Francisco, al sudoeste, y del Regocijo, en el centro, y varios bloques de viviendas que datan de la época colonial (figura 46).

El edificio más suntuoso de Cusco era el templo del Sol o Curicancha, "que fue de los ricos de oro y plata que hubo en muchas partes del mundo" (Cieza de León, 1945). El templo del Sol y los edificios vecinos habitados por los sacerdotes constituían el centro religioso del imperio y el modelo para otras construcciones religiosas. Allí estuvieron enterrados los primeros Incas hasta el día en que Pachacutec los hizo desenterrar y, luego de ofrecer en su memoria fiestas y sacrificios que duraron cuatro meses, los cubrió de joyas de oro y los ubicó en nichos ricamente decorados. "Con lo cual les dio tanta autoridad, que los hizo adorar y tener por dioses de todos los forasteros que venían a verlos" (Sarmiento de Gamboa, 1947). Sobre los muros del templo incaico,

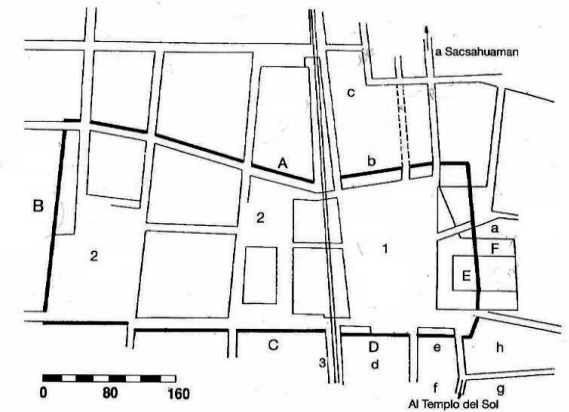


Figura 46- Plano de la Plaza de Cusco incaico. Las líneas finas señalan el trazado del centro de la actual ciudad, originado en los primeros años de la colonia.

Construcciones Incaicas: a- Palacio de Viracocha Inca, b- Palacio de Pachacuti, e- Escuela de los nobles, d- Palacio de Amarucancha, e- Palacio de Huascar, f- Acla Huasi, g- Palacio de Huascar, h- Hatun Cancha, 1- Aucaipata (Plaza de Armas), 2- Cusipata, 3- El cauce del Huatanay

Construcciones coloniales: A- El Cabildo, B- San Francisco, C- La Merced, D- La Universidad y la Campaña, E- La Catedral, F- La Sagrada Familia. Reconstrucción de Harth Terré E.

aprovechando los bloques de piedra con que estaba construido, los españoles levantaron el templo de Santo Domingo, y apoyándose sobre una hermosa pared curva que había servido de base a algún adoratorio surgió el ábside del templo cristiano.⁹⁸

En el interior existió un pequeño jardín abastecido por canales y fuentes (Garcilaso, 1943). El templo del Sol era el centro geográfico del sistema zeque de los incas, o sistema radial de líneas que determinaban el sistema ritual.

Palacios y templos formaban el centro de la ciudad, pero a lo largo de los accesos principales "había grandes depósitos de munición, para los indios de guerra, de lanzas, flechas, porras y tiraderas. Había galpones llenos de maromas tan gruesas como el muslo y como el dedo, con que arrastraban las piedras para los edificios; había galpones de barretas de cobre, llenos, atadas de diez en diez, que eran para las minas; había grandes depósitos de ropa de todas maneras y depósitos de coca y ají y depósitos de indios desollados" (Trujillo, 1953).

La ciudad tenía dos ejes principales que se cortaban en el lado sur de la Huacapata. Ese lado dividía a la ciudad en dos áreas, el *hanan* (alto) Cusco y el *hurin* (bajo) Cusco, que correspondían a la división de la sociedad inca. Los dos ejes aún subsisten y continúan señalando el sentido de las calles secundarias. Las calles menores eran largas, estrechas y con pendientes necesariamente bruscas debido a la irregularidad topográfica del terreno por donde se expandió la ciudad.

⁹⁸ Describe así Garcilaso el templo del Sol: "La techumbre era de madera muy alta, porque tuviese mucha corriente; la cubija fue de paja, porque no alcanzaron a hacer teja. Todas las cuatro paredes del templo estaban cubiertas de arriba debajo de planchas y tablones de oro. En el testero, que llamamos altar mayor, tenían puesta la figura del Sol, hecha de una plancha de oro, al doble más gruesa que las otras planchas que cubrían las paredes. La figura estaba hecha con su rostro en redondo, y con sus rayos y llamas de fuego, todo de una pieza, ni más ni menos que la pintan los pintores. Era tan grande, que tomaba todo el testero del templo de pared a pared" (Garcilaso, 1961).

Un interesante plano que pretende representar Cusco a la llegada de los españoles y cuyo original se encuentra en el Museo Británico de Londres, reproduce un trazado de perfecta regularidad para toda la ciudad; incluso los sectores vecinos a la plaza de Huacapata habrían sido, de acuerdo con ese plano, un damero perfecto. Pero este plano también está muy lejos de representar la realidad de la ciudad incaica.⁹⁹

No sólo un trazado regular perfecto habría sido dificultado por la topografía, sino que, de haber existido, esa regularidad habría quedado evidenciada, ya que poco después de la llegada de los españoles varios de los muros de piedra incaica quedaron definitivamente incorporados como determinantes de las calles que se seguirían empleando a lo largo de la colonia y aún hasta nuestros días. Además, el actual trazado del sector central de Cusco ha mantenido aproximadamente las mismas características que el que tuvo la ciudad colonial durante los siglos XVII y XVIII, y por lo tanto los restos de los muros incaicos conservados denunciarían la existencia de un trazado en damero. Sin embargo, existió en el sentido que quiso imponerle Pachacuti al trazado de la ciudad, un deseo ordenador mediante la introducción de elementos que pretendían ser regulares.

El río Huatanay, que en la actualidad atraviesa entubado el centro de Cusco, quedó convertido en el eje principal de la ciudad, y su dirección noroeste-sudeste determinó desde entonces el sentido de las tres calles principales de la época preincaica, las que partiendo desde la plaza de Huacapata llegaban hasta el templo del Sol.

⁹⁹ Se trata de un plano de 11 x 15 pulgadas, presumiblemente del siglo XVII o XVIII, cuya copia fotostática del original he encontrado en la Biblioteca del Congreso de Washington. Una leyenda en el mismo dice: "En esta disposición se hallaba la Ciudad del Cuzco y su gran plaza, quando a ella llegaron nuestros españoles Al tiempo de la Conquista." El original se encuentra en el Museo Británico de Londres.

Características de la capital incaica

¿Fue Cusco una ciudad de acuerdo con el criterio empleado en este trabajo para definirla?

Evidentemente es más difícil establecer un criterio con respecto a Cusco que con respecto a Teotihuacán, a Tenochtitlán, a los centros mayas, o a Chan Chan. En comparación con el tamaño y la población que caracterizaban a otros centros urbanos del área andina anteriores a la dominación inca, es indudable que Cusco fue un caso único. Si incluimos dentro del área urbana de Cusco a algunos de los pueblos o suburbios más cercanos, como Cayancachi y el barrio de Chaquillchaca, que habrían sido de los más alejados, tendríamos que la capital incaica ocupaba una superficie no menor a un kilómetro de radio con la plaza de Huacapata en su centro.

Allí viviría una población cuyo número es difícil de precisar. Un testigo de la conquista, Juan Ruiz de Arce, calculó que Cusco "tendría cuatro mil casas de aposento" (Ruiz de Arce, 1953), y el padre Vicente Valverde, uno de los tres religiosos dominicos que llegaron al Perú con Pizarro, confirmó en una carta escrita en 1539 el número de tres o cuatro mil casas para la ciudad en el momento de ser ocupada por los españoles, y en quince o veinte mil las viviendas de los suburbios.

¿Pero hasta dónde se extendían los suburbios? ¿Eran exclusivamente los barrios externos o incluía también a otras aldeas del valle? Pedro Sancho (1938) menciona la existencia de cien mil casas en el valle y otros conquistadores calcularon en cuarenta mil el número de vecinos que vivían en la ciudad, o sea unas doscientas mil personas: si aceptamos el paralelismo que el significado de vecino y cabeza de familia tenía entre los españoles, y que otras doscientas mil estaban diseminadas en un radio de cincuenta a sesenta kilómetros. Con esos datos es imposible precisar la densidad, aunque sea aproximada, de una ciudad cuya ocupación ininterrumpida desde hace ocho siglos, hace de Cusco un ejemplo único en América.

Los españoles pensaron trasladar la ciudad al cercano valle de Yucay, por encontrar que su clima era más templado (Cieza de León, 1945; Herrera, 1945), pero también en este caso mantuvieron su criterio de habitar las ciudades indígenas ya existentes por razones políticas y de gobierno, para no invertir el dinero y el esfuerzo que demandaba la construcción de una nueva ciudad, y también para aprovechar la mano de obra indígena que ya estaba concentrada y cuyo aprovechamiento fue básico para la economía colonial. En Cusco fueron concentrados por orden del Inca artesanos y técnicos de todo el imperio, que unidos al numeroso grupo de administradores de menor categoría que vivían y trabajaban en la ciudad constituyeron un porcentaje importante de especialistas en relación el número total de los habitantes urbanos.

Por encima de este grupo eminentemente urbano por su calificación, estaban los miembros de la clase dirigente formada por la nobleza, con quienes gobernaban los Incas. Pertenecían a ella los nobles, que descendían de sucesivos Incas y los "Incas por privilegio", un grupo de burócratas especialmente entrenados. Existió sin duda, una diferencia entre la forma de vida y las tareas que desempañaba ese grupo urbano formado por los artesanos más destacados y los administradores de menor categoría, y la que se veían obligados a cumplir la gran masa de los habitantes de Cusco, quienes siguieron siendo agricultores y con frecuencia soldados u obreros encargados de la construcción de las obras públicas, cuando las exigencias del expansionismo incaico así lo requerían.

La población de Cusco, como la de todas las ciudades indígenas de América, estaba parcialmente dedicada a la agricultura, pero a medida que creció la ciudad, especialmente después del reinado de Pachacuti, comenzó a depender de los valles para su aprovisionamiento. Paralelamente aumentó la importancia del grupo administrativo y artesanal. Es posible que los artesanos estuviesen organizados de

algún modo, ya que durante el Tawantisuyu se puso énfasis en la producción masiva de objetos utilitarios, aunque de calidad inferior a los manufacturados por los artesanos y artistas de las antiguas culturas peruanas y aun de algunas de las culturas contemporáneas incorporadas al estado Inca durante el siglo XV.

La plaza de Huacapata era un espacio urbano donde se desarrollaban actividades que por su variedad y complejidad sólo ocurrieron en las ciudades principales del Tawantisuyu. Espacialmente urbanas eran también las calles, cuyo trazado respetaron los españoles y en parte continúa en uso. Las calles delimitaban, por lo menos en el centro de la ciudad, un tejido formado por manzanas regulares, entre las que predominaban las de formas trapezoidales y alargadas, ocupadas por los palacios reales y los edificios religiosos. Entre las ciudades del Tawantisuyu, eran esas características típicamente urbanas que sólo podían encontrarse en los centros administrativos principales del imperio y en las poblaciones especialmente planeadas.

En esa ciudad ordenada, sin lujos ni ostentaciones, vivía una sociedad jerarquizada que mantenía sus niveles respectivos de acuerdo con costumbres aceptadas por toda la población. Se nacía Inca de sangre o se nacía miembro de la realeza de provincia, en cuyo caso podía aspirar a algún cargo oficial en la administración o en el ejército inca, o se pertenecía a la inmensa masa anónima. En Cusco, aunque manteniendo sus niveles, coexistían miembros de todas las provincias del imperio y de las distintas clases sociales si esperar cambio alguno en sus respectivas posiciones. El indio nacía y moría dentro de una comunidad y desde su casamiento se convertía en un tributario.

Cusco fue el centro de irradiación de la civilización inca. Como ocurrió entre los aztecas, ambos imperios y sus respectivas capitales tuvieron un desarrollo común y un destino común. Desde Cusco partió el experimento social y económico más completo que se haya intentado en

América y el mejor programa de colonización y urbanización ensayado durante el período indígena en este continente. Los objetivos del Tawantisuyu eran bien precisos y han sido analizados en un capítulo anterior. En Cusco se planteaban esos objetivos y se arbitraban los medios para alcanzarlos.

Es posible que entre los miembros de su ayllu el Inca Pachacuti encontrase los encargados de la expansión y del remodelamiento urbano de Cusco. Tal vez se trató del intento de organización de la primera comisión de obras públicas de Sudamérica.

¿De qué otro modo, si no era delegando responsabilidades, podía el Inca cumplir con sus innumerables responsabilidades? Durante el reinado de Pachacuti la capital fue totalmente transformada y obras de envergadura, como la canalización del río Huatanay, que según algún cronista se extendía por varias leguas fuera de los límites de la ciudad, requerirían sin duda un cuidadoso proyecto y una constante supervisión.

El nivel cultural alcanzado por la civilización inca exigió la creación de ciertas instituciones y en ningún lugar mejor que en Cusco podía ubicarse la escuela o *yachalwasi* donde eran educados los miembros del ayllu real y los futuros administradores del imperio. Era una enseñanza práctica impartida por los amautas u hombres sabios (Garcilaso, 1943). También fue Cusco el centro de la iglesia del Estado y posiblemente de otras instituciones típicamente urbanas.

En síntesis, poco sabemos sobre los barrios externos contruidos modestamente y con materiales perecederos y sobre la forma de vida de la población que vivía en ellos, pero sin duda, para llegar al centro de la ciudad por cualquiera de los cuatro caminos principales, debía atravesarse un extenso y desordenado suburbio que se extendía por las laderas de los cerros inmediatos y en dirección al valle. En cambio, el aspecto general del centro de la ciudad sería urbano y abarcaría por lo

menos la zona ocupada por los palacios de los Incas, por el templo del Sol, por el gran rectángulo de 260 por 70 metros que ocupaba la Casa de las Vírgenes o Acllahuasi, y por las otras construcciones de carácter público que rodeaban la plaza central. Urbanísticamente, el centro era también muy distinto y formado por grandes manzanas rectangulares o trapezoidales, rodeadas perimetralmente por altas murallas de piedra, casi sin aberturas, detrás de las cuales vivían los ayllus reales. Delimitadas por los muros estaban las angostas, largas y utilitarias calles empedradas que convergían en la gran plaza.

El trazado de Cusco careció de monumentalismo y creo que en ningún momento existió la intención de buscar visuales o de aprovechar los desniveles naturales para lograr sensaciones distintas. El peatón que transitaba por las calles altas y descendía hacia la plaza de Huacapata, encontraría un mínimo de simples experiencias y las secuencias indispensables que lo acompañaban por el estrecho y prolongado espacio de la calle hasta la plaza, exageradamente amplia, pero de dimensiones lógicas para las funciones que cumplía. Por encima de los muros de piedra y los techos de paja, el peatón vería las montañas formando un majestuoso anfiteatro alrededor de la ciudad. Las sensaciones que experimentaría serían tan simples como las que sentimos al transitar por un pueblo indígena del altiplano en nuestros días.

Los materiales han cambiado, los ritmos se han acelerado algo, pero la misma cualidad de orden y de continuidad visual ha sido mantenida.